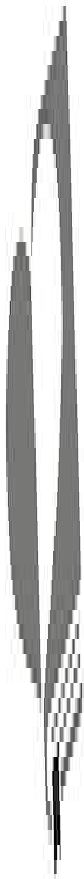
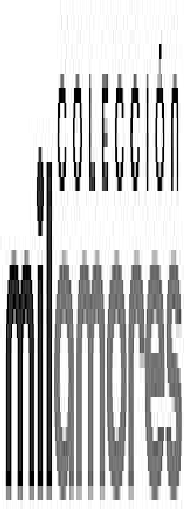
EL VIAJE
DE MILA
ARLETTE GENEVE

El viaje de Mila

Arlette Geneve




COLLECTION
MANOWS

El viaje de Mila

ISBN: 9788419542908
ISBN ebook: 9788419542984

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Arlette Geneve
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Mar y Rafi, dos buenas amigas que viajaron conmigo mientras creaba la historia de Milagros y su largo viaje.

Capítulo 1

Argüeso, Cantabria, abril de 1952

El despertador sonó a las 5 a.m., como todos los días. Al poner un pie en el frío suelo de piedra, Mila escuchó el canto del gallo en el corral y el aullido de un lobo en la lejanía. Se frotó los ojos con fuerza un segundo antes de buscar las cerillas para encender el candil. No había electricidad en su pequeña vivienda ubicada en el Cerro de la Peña. La casa había sido, en el pasado, una cuadra para guardar animales y herramientas, pero su padre la había restaurado como vivienda, aunque no tenía agua corriente ni electricidad. A pesar de todo, Mila no se quejaba, ya que se sentía afortunada de tener un lugar donde vivir. Muchos otros no tenían un techo bajo el que cobijarse ni un hogar al que considerar propio.

Se abrochó el batín acolchado sobre el camisón de algodón y sujetó el candil con la mano derecha hasta llegar al centro de la única habitación. Lo dejó sobre la rústica mesa de madera mientras caminaba hacia el aguamanil. Al llegar, cogió la jarra de agua y vertió un poco para lavarse el rostro con agua fría. Después, vertió más agua y se enjabonó las manos para asearse. Sacó un vestido del minúsculo armario, unas medias gruesas negras, un sostén y un viso fino de color marrón. Mientras se vestía con ademanes mecánicos, pensó en su hijo, Miguel, que estaba lejos de ella. Una sonrisa de amor genuino curvó sus labios e iluminó sus ojos. Lo extrañaba mucho, pero se sentía feliz por él, ya que era el mejor hijo del mundo y también el más inteligente. Mila había sufrido mucho para sacarlo adelante, pero su hijo había podido estudiar y ahora tenía un buen trabajo, aunque lo mantenía lejos de ella.

Encendió la estufa de leña y puso una olla al fuego, donde hervía agua a la que agregó cebada tostada. Cortó dos rebanadas de pan y las colocó en una sartén, la cual posicionó sobre la estufa. Le gustaba mucho el pan caliente. Mientras la cebada reposaba y el pan se

calentaba, salió de la vivienda ya vestida, pero cubierta por su bata. La brisa de marzo le puso los pelos de punta y agitó su cabello, que aún no había sido recogido. Se dirigió al pequeño corral cercado y, una vez dentro, buscó los huevos de sus dos gallinas y les dio de comer. También suministró alfalfa fresca a sus conejos. Miró a la pequeña cabra y frunció los ojos. La cabra madre había muerto semanas atrás, pero su cría ya podía comer sola

Regresó a casa y se frotó las manos porque las tenía heladas. Caminó hasta la estufa y abrió las palmas para recibir el calor. El pan olía a recién hecho. Se dirigió hacia la fresquera y dejó los huevos que había recogido, sacó el bote de leche condensada y la mantequilla que ella misma elaboraba, y los llevó hasta la mesa. Minutos después, Mila disfrutaba de un buen desayuno al que añadió dos de los cuatro huevos que había recogido. Debía alimentarse bien porque era la única comida que tomaba durante todo el día.

Se afanó en dejarlo ordenado y, cuando sus ojos contemplaron lo limpio que estaba todo, se puso el abrigo, se colgó al hombro el pequeño bolso, donde sacó el pañuelo de cabello bien doblado, y se lo colocó sobre el pelo que se había recogido en un moño. Metió las llaves, un pañuelo de mano limpio y una foto en blanco y negro que le había enviado su hijo Miguel desde tierras lejanas, y lo cerró con un clip. Respiró hondo y abandonó la vivienda cálida. No cerró la puerta con llave ni se preocupó por apagar la estufa; cuando llegara por la noche, seguiría conservando todavía algo de calor.

Cuando salió de su casa hacia su lugar de trabajo, el reloj marcaba las seis de la mañana. Mila se esforzaba por hacer su trabajo lo mejor posible, y se afanaba porque durante muchos años su trabajo había sido la única fuente de ingresos para ella y su hijo Miguel. Además, le gustaba tener las cosas bien organizadas y brillantes. Avanzaba por el camino de montaña con paso firme, disfrutando de la tranquilidad y la belleza del entorno. En su cabeza, repasaba la lista de tareas que debía realizar durante el día y se animaba al pensar en las sonrisas y las gratas palabras de los huéspedes cuando vieran lo bien que había trabajado. La jornada sería larga, pero ella estaba acostumbrada a trabajar duro y siempre con una sonrisa en el rostro.

Mila era muy querida por todos en la aldea, no sólo por su trabajo en la hospedería, sino también por su amabilidad y bondad. Era una mujer trabajadora y dedicada, y sus esfuerzos y sacrificios eran apreciados y reconocidos por todos los que la conocían. La gente la

admiraba por su fortaleza y por la forma en que cuidaba a su hijo, a pesar de estar sola. Era una madre amorosa y una trabajadora incansable, y su presencia y su espíritu eran una bendición para todos los que tenían la suerte de conocerla.

***

Emilio Padilla era el veterinario del pueblo. Tenía sesenta y dos años y había enviudado meses atrás. Su mujer había sido una buena persona, pero una larga y terrible enfermedad se la había llevado para siempre. En el pueblo, todo el mundo lamentó la pérdida, sobre todo ella, pues la había ayudado a encontrar el trabajo que tenía actualmente: su jefa era la única sobrina de Dolores. Cuando la mujer emprendedora anunció que iba a destinar la casa que había heredado de sus padres como hospedería, la mitad del pueblo se llevó las manos a la cabeza, pero nadie logró hacerle cambiar de opinión. Además de ser una trabajadora dedicada, Mila tenía una gran curiosidad por la historia y la cultura de su pueblo. Le encantaba escuchar las historias antiguas de los nobles y guerreros que luchaban y morían por defender a sus familias. Argüeso era conocido por sus castros prerromanos y su castillo de San Vicente, que en el pasado fue uno de los puntos estratégicos y fuertes del Señorío de la Vega. Su titular había sido doña Leonor de la Vega, madre del ilustre marqués de Santillana, y Mila disfrutaba mucho aprendiendo sobre la historia de su lugar de residencia.

Soltó un suspiro largo y aceleró el paso. La hospedería El Cruce estaba ubicada a la salida del pueblo, en una zona tranquila y arbolada. Lola estaba pensando en construir una piscina para la época de verano, pero en Argüeso no hacía tanto calor para eso.

¡Una piscina! Mila no había visto nunca una, pero Lola argumentaba que sería un reclamo para recibir más turistas. Justo cuando divisaba el edificio de dos plantas, comenzó a llover y Mila apuró el paso, pero la lluvia la caló entera antes de introducir la llave en la cerradura, y lo hizo con mucho cuidado para no despertar a los huéspedes que dormían en sus respectivas habitaciones.

Mila se despojó del chubasquero mojado y colocó el paraguas en el paragüero. Luego, encendió la cafetera y salió a la cocina para preparar el desayuno de los huéspedes y comenzar su jornada laboral.

Que Argüeso estuviese tan cerca de la ruta hacia Santander había

sido el motivo para que Lola Ruiz se decidiera a reformar la propiedad de sus padres y fundar su negocio de hospedería.

En silencio, se dirigió hacia la amplia cocina, que era el sueño de Mila. Accionó el interruptor de la luz y la estancia quedó iluminada. Olía a limpio, aunque quedaban restos de vajilla en el fregadero de la noche anterior. Alzó la mirada hacia la lámpara del techo y se quedó durante unos segundos observando lo maravilloso que era poder encender un interruptor y que la luz inundara la vivienda. Para aquellos que no habían sufrido los rigores de la falta de electricidad, ese pequeño detalle apenas tendría importancia, pero para ella resultaba un momento mágico: la luz del sol sin el sol...

Mila se quitó el abrigo, que colocó bien doblado sobre una silla, y también dejó su pequeño bolso de charol negro. Tomó el delantal blanco y se lo colocó, haciendo un lazo detrás bastante gracioso. Comenzó a trabajar en la cocina y, mientras lo hacía, se sumergió en sus pensamientos. Recordó cómo había llegado a trabajar en El Cruce y las dificultades que había superado. Pensó en su hijo Miguel y en cómo su vida había cambiado para mejor desde que trabajaba en la hospedería. Y mientras trabajaba comenzó a tararear una canción alegre. Sería una jornada dura, pero, a pesar de ello, Mila estaba feliz de estar trabajando y de poder ofrecer un buen servicio a su jefa.

Lola la miraba con atención mientras la veía ir y venir por la cocina.

—Buenos días, Mila.

La mujer se giró en dirección hacia la voz.

—Buenos días. ¿Te he despertado?

Lola hizo un gesto negativo.

—Necesito un café.

—Ahora mismo lo preparo. —En cuestión de minutos, puso delante de ella una buena taza de café con leche.

—Tómate un café conmigo.

Mila hizo un gesto negativo.

—Ya he desayunado; además, no tomo café.

—Pues yo no soy persona hasta que la cafeína circula por mis venas.

Mila sonrió al escucharla porque su jefa no hablaba como nadie en el pueblo. Sus padres se habían marchado muy jóvenes a la capital, a Madrid. Bueno, en realidad, todos querían marcharse a Madrid, incluso su hijo Miguel, porque Argüeso era demasiado pequeño y no

ofrecía oportunidades laborales. Y Lola había crecido en una ciudad grande, con gente con clase y que sabía hablar muy bien. Sus padres habían ahorrado un buen dinero, y por eso Lola había podido reformar la casa y transformarla en una hospedería.

Mila sentía un gran respeto y admiración por su jefa, que había conseguido hacer realidad su sueño. A pesar de las opiniones negativas de los habitantes del pueblo, Lola había confiado en sí misma y en su proyecto, y había logrado llevarlo a cabo. Para Mila, esto demostraba un gran valor y determinación. Además, el hecho de que Lola hubiera confiado en ella y le hubiera dado un trabajo también la hacía sentir muy agradecida y leal a su jefa.

—Hoy bajaré a Santander, quiero comprar pescado fresco —anunció Lola.

Al escucharla, Mila sufrió un sobresalto. Todavía le costaba acostumbrarse a que Lola condujera ese vehículo tan grande que ella llamaba furgoneta. ¿Desde cuándo las mujeres podían conducir sin ir acompañadas de sus maridos? Pero la admiraba. Lola no era como las mujeres que ella conocía, porque era decidida, valiente y emprendedora. Al no haberse casado y no tener intenciones de hacerlo, vivía de acuerdo a su propia voluntad, a pesar de las habladurías de las ancianas del pueblo e incluso del párroco Isidro, que siempre la amonestaba por no asistir a misa.

—¿Qué te parece una buena merluza? —le preguntó Lola al notarla callada.

—En salsa verde estaría muy bien —respondió Mila, pensativa.

—Y unos maganos —apuntó la jefa—. Me encanta cuando los preparas encebollados en su tinta.

Mila sonrió por el cumplido. Ella no se consideraba tan buena cocinera como le decía Lola, pero le gustaba que se lo dijera.

—Sí, eso suena bien —asintió Mila con entusiasmo—. Me pondré manos a la obra y lo tendremos listo para cuando regreses. —Sonrió de nuevo, contenta de poder hacer algo que le gustara a su jefa—. Además, voy a preparar unos boronos para acompañar el pescado.

Lola terminó su último sorbo de café con leche. Mila no tomaba café, pero lo preparaba con la cantidad exacta para que estuviera delicioso.

—Intentaré traerme también unas pantortillas de Reinosa.

—Las puedo preparar yo —le ofreció Mila.

—No quiero que te quedes hasta tan tarde como ayer —le dijo la

jefa.

—No me importa —contestó la empleada sinceramente.

***

Mila no tenía nada mejor que hacer que limpiar su pequeña casa, cuidar de la cabrita, las gallinas y los conejos. Además, se iba a dormir muy temprano porque, cuando oscurecía, no le apetecía hacer labores con la poca luz que ofrecía la llama del candil. Pero estar en la hospedería y ayudar en la cocina era una forma de escapar de su rutina y sentirse útil. Además, a Lola le gustaba tenerla cerca y contarle sus aventuras en la ciudad de París, y eso hacía que Mila se sintiera valorada y querida. Era agradable sentirse así, especialmente después de todo lo que había pasado en su vida. Por eso, estaría encantada de ayudar con la merluza y los maganos, y hacer que la hospedería fuera un lugar acogedor para sus huéspedes.

—Son las ocho, hora de comenzar… —dijo la jefa.

Lola observó cómo Mila amasaba los sobaos y, sin darse cuenta, entrecerró los ojos. No había mujer más dispuesta y trabajadora en el pueblo que Milagros Cervantes. El apellido de ella le arrancó una mueca. ¿Cómo podía apellidarse Cervantes siendo analfabeta? Lola estaba pensando en el gran escritor español Miguel de Cervantes Saavedra, autor del Quijote. Y se entristeció, porque la mayoría de mujeres españolas lo era. Mila no sabía leer ni escribir, era una mujer tan humilde y pobre que vivía en una cuadra, a pesar de que su padre la hubiera reformado para hacerla habitable. La vivienda estaba tan alejada de todo que era imposible tener agua corriente y electricidad. Pero su belleza eclipsaba su ignorancia y, además, ahora ya no hablaba tan mal gracias sus enseñanzas y correcciones diarias. Lola se consideraba una mujer afortunada porque había podido estudiar en la Universidad de París. Ella era la excepción que confirmaba la regla y, debido a la feroz competencia y trabas que había encontrado en Madrid, había decidido regresar al pueblo y fundar una hospedería en la casa familiar después de la muerte de sus padres.

Lola volvió a pensar en Mila. Debía de estar cerca de la cuarentena, pero vestía igual que las ancianas del pueblo. Afortunadamente, ya no iba de luto, aunque sus vestiduras monacales no disimulaban su serena belleza. Vivía por y para su único hijo, un joven que había abandonado el pueblo después de terminar sus estudios para mudarse

a Madrid y luego a Buenos Aires, donde trabajaba como contable en una empresa de motores que buscaba abrirse paso en el mercado de Estados Unidos. Gracias al párroco Isidro, el hijo de Milagros no era analfabeto como ella. Isidro había hecho todo lo posible para que el joven tuviera una profesión y un medio de subsistencia. Y gracias a unos de los huéspedes habituales de la hospedería que tenía negocios en Buenos Aires, Miguel había conseguido un contrato de trabajo en Argentina, donde muchos españoles emigraron después de la guerra. Con la marcha de Miguel, Mila lo había pasado muy mal, pero sabía lo importante que era para su hijo labrarse un futuro.

—¿Vendrá Miguel para Navidad? —le preguntó interesada.

Mila ya había introducido la masa de los sobaos en el horno.

—Confío en que sí; además, tiene que estar al llegar una carta suya.

Miguel le escribía una vez al mes.

Lola se remangó el jersey de lana hasta los codos. El correo de Mila llegaba hasta la hospedería porque así se lo había pedido ella. Cada vez que trasladaban al cartero rural, se perdían las cartas.

—Ya sabes que espero que celebres la Nochebuena aquí en El Cruce.

Sí, Mila lo sabía, pero antes tenía que preguntarle a Miguel. Llevaba tres largos años sin verlo. Los viajes desde Argentina hasta España eran muy caros y Miguel estaba ahorrando para comprar una casa. La mirada de Mila se dulcificó al pensarlo. ¡Una casa con agua corriente y electricidad! ¿Podía una madre pedir más?

—Voy a limpiar el comedor mientras los sobaos se cuecen —respondió finalmente.

Lola la miró mientras se alejaba con los utensilios de limpieza. El Cruce no podría estar más limpio, debido a la obsesión de Mila por el orden y su hábito de limpiar en exceso, pero Lola estaba encantada de tenerla a su lado. Mila solía ser bien recibida por los huéspedes porque la encontraban sencilla y muy callada. Siempre escuchaba atentamente todo lo que se le contaba, especialmente sobre otros lugares lejanos, ya que Mila nunca había salido de Argüeso ni había conocido más que la pobreza y las dificultades. Su madre había muerto cuando era una niña, y su padre durante la Guerra Civil. Nadie en el pueblo sabía quién era el padre del hijo de Mila, pero había rumores de que podría ser un forastero que la engañó y la dejó embarazada. Dicho hombre habría huido como alma que persigue el diablo, o al menos eso es lo que decían los rumores.

Mila nunca hablaba sobre las dificultades que enfrentaba. En cambio, siempre sonreía y escuchaba atentamente a los demás, lo que la hacía muy querida por todos. Incluso la tía de Lola la apreciaba mucho y la trataba como si fuera su hija. Mila había sido la única persona que se ocupó de la mujer durante sus días más difíciles, cuando, debido a su enfermedad y el tratamiento que recibía, no podía alimentarse ni ir al baño por sí misma. Lola no podía imaginar cómo habría sido la vida de su tía sin la ayuda bondadosa de Milagros Cervantes.

La puerta de la calle se abrió y su tío Emilio Padilla asomó por el hueco. Era el único veterinario en varios pueblos de los alrededores. Lo acompañaba su hijo Fernando, y primo de Lola.

—Ufff... qué mañana más tormentosa —dijo el hombre mientras cerraba su paraguas y lo guardaba en el cubo—. ¿Está abierto el comedor? Estoy deseando tomar un café —preguntó mientras su hijo también dejaba su paraguas en el vestíbulo de la hospedería.

—Os lo preparo —respondió Lola.

Era una tarea que había realizado una y otra vez, y le gustaba hacerlo sola. Era su momento para reflexionar sobre su vida y lo que había logrado hasta el momento. Por suerte, la hospedería El Cruce funcionaba bien y los huéspedes siempre salían satisfechos. Era un buen negocio para ella.

Pensando en Mila, el tiempo había pasado rápidamente y ya eran casi las nueve de la mañana.

El comedor también era utilizado por los habitantes del pueblo para desayunar, ya que la única máquina de café profesional se encontraba en la hospedería. La máquina profesional permitía que el agua fluyera sobre el café molido a alta presión, creando una nube de espuma que encantaba a los clientes, especialmente a los hombres. Lola había adquirido la máquina en París, de un fabricante italiano llamado Achille Gaggia. El café servido en la hospedería era tan delicioso que la noticia se había extendido a otros pueblos cercanos.

***

Mila ya había terminado de preparar las cuatro mesas del comedor, que olía a limpio. La lluvia en el exterior caía con insistencia sobre los cristales de la hospedería y el aroma de café recién hecho inundó la cálida estancia.

—Buenos días, Mila —la saludó Emilio.

—Hola, Mila —también la saludó Fernando.

—Buenos días —correspondió Mila mientras recogía los utensilios de limpieza para dirigirse de nuevo hacia la cocina.

Los ojos de Emilio la siguieron atentos, y Lola notó que su tío político estaba interesado en Mila, aunque no le sorprendió. En Argüeso sólo había ancianas y su tío había enviudado relativamente joven. La enfermedad de su tía había durado cuatro largos años.

—¿Os apetecen unos sobaos calientes? —les preguntó Lola a los dos —. Mila acaba de hornearlos.

Emilio ya se relamía. No había mejor cocinera en toda Cantabria que Milagros Cervantes.

—Nos consientes demasiado, sobrina —respondió el tío, que seguía mirando hacia la puerta del comedor.

Su primo Fernando ya se había ubicado en la barra. Lola acababa de servirles sendos cafés.

—Ahora os traigo los sobaos.

Capítulo 2

Mila limpiaba cada rincón de la hospedería como si fuera su propia casa. Incluso fregaba el suelo de rodillas porque así quedaba mucho más limpio. Lola la instaba a hacerlo envolviendo la escoba con el paño mojado, como se hacía en todos los lugares, pero ella argumentaba que no quedaba tan limpio.

Se reincorporó, frotándose las rodillas enrojecidas.

—¡Buenos días! —la saludó uno de los huéspedes que salía de su habitación en ese preciso momento.

—Buenos días —respondió ella con una gran sonrisa.

—Ya dejamos la habitación libre.

—El desayuno está preparado en el comedor —le indicó amablemente.

Acababa de terminar de limpiar las otras cuatro habitaciones de la hospedería y sólo le quedaba la quinta.

—Buenos días, Mila —la saludó la esposa del hombre, que se había retrasado un poco en salir.

—Buenos días, señora —respondió amablemente.

—Hoy regresamos a Barcelona —le explicó la otra mujer—. Y me da mucha pena abandonar este lugar tan bonito y, por supuesto, dejar de disfrutar de la deliciosa comida que nos preparas cada día.

Mila se sonrojó por el cumplido. Como la hospedería era pequeña y no tenía muchos huéspedes, los que había se trataban como familia.

—Seguro que volverán pronto —contestó con esperanza.

Montserrat Raspall, así se llamaba la mujer, era una periodista que trabajaba para la radio en Barcelona. Mila nunca había escuchado ninguno de los programas en los que participaba porque no tenía un transistor.

—Estoy convenciendo a Lluís para volver después del verano —los ojos de Mila se iluminaron—. Si podemos hacerlo, vendremos acompañados de unos amigos.

—Lola se alegrará mucho —dijo emocionada.

Deseaba más que nadie que la hospedería se llenara de huéspedes, porque eso significaba más trabajo y dinero para ella.

—¿Y cuándo viene el hijo pródigo? —preguntó la mujer.

A Mila no le gustaba hablar sobre sus asuntos privados, pero en la hospedería no había mucho con lo que entretenerse, y ya había hablado antes sobre Miguel.

—Lo espero para Navidad —su voz se llenó de emoción.

Tres largos años sin ver a su único hijo. El tiempo era un cruel verdugo.

—Imagino lo deseosa que estarás de abrazarlo —respondió la mujer sin dejar de mirarla—. Está muy lejos.

Argentina le parecía a Mila tan lejana como el fin del mundo.

—Aquí las cosas no van muy bien —contestó con pesar.

—Muchos están emigrando fuera de España —reconoció la periodista—. ¿Te imaginas si se casa con una chica de allí? —El corazón de Mila se aceleró—. Ya tiene edad para sentar la cabeza.

Mila pensó en el sueño de su hijo cuando decidió marcharse al extranjero para triunfar: comprarle una casa con agua corriente y luz eléctrica. Quería que dejara de limpiar y cuidar a personas mayores, porque eso era a lo único que podía aspirar una mujer analfabeta como ella. Miguel nunca se había avergonzado de su madre, porque la quería muchísimo y siempre se lo había demostrado.

Mila siempre repetía que era el mejor hijo del mundo.

—Tiene ya veintitrés años —respondió Mila, feliz—. Se ha convertido en un hombre y es muy trabajador. Sus jefes en Argentina están muy satisfechos con él.

—Parece más un hermano tuyo que un hijo —halagó la mujer.

Mila se sonrojó de la cabeza a los pies.

—Lo tuve muy joven —dijo ella.

La otra mujer la miró con interés.

—¿Qué edad tenías? —preguntó la periodista.

Mila tomó una bocanada de aire y la soltó lentamente. Hablar de su vida pasada no le apetecía en absoluto.

—Demasiado joven —respondió evasivamente.

La periodista comprendió que Mila no quería hablar sobre ese tema y decidió cambiar de conversación.

—¿Me podrías hacer un favor? —preguntó la periodista.

Mila asintió con la cabeza.

—Por supuesto, si está en mi mano.

—Podrías prepararnos un cocido montañés con... ¿cómo se llama aquí?

Mila se relajó.

—Con chon —respondió ella.

—Eso sería fantástico, queremos degustarlo en nuestro último día.

—Lola ha ido a Santander a traer pescado fresco —informó Mila pensativa.

La periodista asintió con aprobación, ya que adoraba el cocido montañés de Mila, especialmente en un día lluvioso como ese.

—¿Vienes de una vez, Montserrat?

El marido acababa de asomar la cabeza por el final del pasillo.

—Seguro que el pescado también estará rico.

Mila los vio marcharse con paso rápido y lamentó no poder prepararles el cocido montañés que tanto les gustaba, porque no había puesto las alubias en remojo la noche anterior.

***

—¿Por qué no te quedas a cenar? —le preguntó la dueña.

Mila había sido invitada varias veces por la dueña, pero ella tenía que ver a dos viudas mayores que vivían solas.

—Tengo que ver a doña Tomasa y a doña Celestina —respondió.

Eran dos viudas ancianas que no tenían familia, y Lola se encargaba de cuidarlas. El pueblo de Argüeso no tenía mucha vida joven después de la guerra, pues sólo quedaban viudas y ancianos.

—¿Qué estás cocinando? —preguntó Lola.

Mila había terminado de limpiar la hospedería y estaba ocupada en la cocina. Estaba horneando un pan y removiendo una olla.

—Estoy haciendo sopa de gallina para ellas —respondió Mila. Lola asintió, sabiendo que Tomasa y Celestina podían contar con una comida caliente gracias a Mila.

—¿Dejarás un poco para mí? —le preguntó aunque conocía la respuesta.

Entre empleada y jefa había un acuerdo tácito: Mila cocinaba para los huéspedes de la hospedería y apartaba un poco de lo cocinado para llevárselo a las dos ancianas.

—Claro que sí —respondió sonriente.

Lola la observó al mismo tiempo que entrecerraba los ojos. Mila siempre tenía una sonrisa amable para todos. Trabajaba muchísimo y

sin quejarse. Era tan buena que cualquiera podría aprovecharse de ella.

—¿Qué te parece mi tío?

Mila no la miraba, seguía enfrascada en unos dulces para el día siguiente.

—¿Don Emilio? —le preguntó distraída—. Es una buena persona.

Y realmente lo era. Emilio Padilla se ocupaba de todos los asuntos del pueblo. Hacía el trabajo de un médico, de un alcalde. Mediaba entre los vecinos, y lo hacía con buena voluntad.

—¿Has pensado en casarte?

Mila seguía con la mirada puesta en la labor que hacía.

—¡Por Dios! Claro que no.

—Todavía eres joven.

Mila levantó la vista de lo que estaba haciendo para mirarla sorprendida.

—¿Joven? ¡Tengo treinta y ocho años! —exclamó más alarmada que divertida.

Era la primera vez que Mila decía su edad abiertamente.

—Eres joven, Mila —insistió la otra—. Y podrías rehacer tu vida.

Mila chasqueó la lengua y después hizo un gesto bastante gracioso.

—Y tú, ¿por qué no te has casado? —le preguntó de pronto.

Lola soltó un suspiro largo.

—Porque no he encontrado un hombre lo suficientemente honesto como para admitir que puedo ser tan buena e incluso mejor que él... —El rostro de Mila mostró sorpresa a la vez que hacía un gesto con la boca—. A veces los hombres tienen miedo de las mujeres fuertes e independientes —respondió Lola con sabiduría.

Mila se santiguó.

—No digas eso, porque es pecado.

—¿Por qué es pecado?

—Porque las mujeres no podemos ser iguales que los hombres. Lo dice don Isidro.

Don Isidro era el párroco, y pensar en la respuesta de su empleada hizo que Lola apretara los labios. Mila decía la verdad, pero eso se debía a un régimen totalitario apoyado por la iglesia, que mantenía a las mujeres en la oscuridad.

Gracias a sus tíos maternos franceses, ella se había criado en Francia, había estudiado en París, pero había regresado a Madrid cuando sus padres la necesitaron. Bueno, había un motivo oculto que

precipitó su regreso, pero jamás lo había compartido con nadie.

No pasó mucho tiempo en la capital debido a la amenaza que el sistema representaba para sus ideas y convicciones. En un lugar tan apartado como Argüeso, pudo comenzar de nuevo.

—¿Te gusta la vida que llevas? —le preguntó de pronto.

Mila alzó la cabeza y la miró con atención.

—¿Acaso existe otra para nosotras?

Lola estuvo a punto de decirle que sí, que fuera de España existía un mundo completamente diferente para ellas, pero calló. La respuesta de Mila implicaba mucho más de lo que parecía a simple vista. En una sociedad tan conservadora como la española en ese momento, las mujeres tenían muy pocas oportunidades de libertad y desarrollo personal. Lola sentía lástima por su empleada, pero también sabía que no podía hacer mucho para cambiar las cosas. Era una lucha constante contra un sistema opresivo y poderoso. A pesar de todo, ella seguía luchando y trabajando para mejorar la vida de aquellos a su alrededor.

—Aquí, definitivamente, no —contestó al fin.

Mila hizo un encogimiento de hombros mientras terminaba de lavar los utensilios que había utilizado.

—De poder vivir en otro lugar —dijo de pronto Lola—, ¿dónde vivirías?

Mila no necesitó pensárselo demasiado.

—En Benidorm, junto al mar.

Lola terminó por soltar una pequeña carcajada.

—No eres una mujer muy ambiciosa, por lo que veo.

Mila le guiñó un ojo.

—Nunca he visto el mar —contestó la empleada—. Y por eso creo que me gustaría mucho vivir frente a él.

Lola se quedó pensativa.

—Entiendo —dijo Lola, comprensiva—. El mar es algo mágico que puede hacernos sentir libres. A mí también me encantaría vivir cerca de él. Un día de estos vendrás conmigo al mercado de Santander y lo verás —los ojos de Mila se entrecerraron nostálgicos—. Incluso podrías bañarte.

Ahora la miró horrorizada.

—¿Qué se siente? —A Lola le extrañó la pregunta de ella—. ¿Qué se siente al bañarse en el mar?

—Puedo hablarte de lo que me provoca a mí: fascinación ante su

calma porque sé de lo que es capaz su fuerza —Mila dejó lo que estaba haciendo y se acercó hasta Lola para escucharla mejor—. Me atrae su misterio, sus formas cambiantes. Cuando nado entre sus aguas, me olvido de todos los problemas y lo único que me importa en ese momento es sentirlo y disfrutarlo.

—¿Y no sientes miedo? —preguntó Mila con curiosidad.

—No —respondió Mila con seguridad—. El miedo es una emoción que no me controla. El mar es un lugar de paz y libertad para mí.

Mila había visto el mar en una revista que le había regalado Monserrat. En la portada se veía el puerto de la ciudad de Barcelona, y el mar parecía infinito a lo lejos, tanto que no se podía distinguir el horizonte.

—Desde que lo vi en una revista, supe que, si algún día tenía la oportunidad, viviría frente al mar.

Sería su manera de escapar de la monotonía de la vida en la aldea y de sentirse libre, sin ninguna atadura.

Lola la miró con comprensión. Entendía lo que significaba querer escapar de algo.

—Tal vez algún día tengas la oportunidad de vivir muy cerca del mar —dijo Lola—. Quién sabe lo que el futuro nos depara.

Mila asintió, pero sabía que ese sueño era demasiado lejano. Era algo en lo que sólo podía soñar, y nada más.

—Tengo que llevarte a Benidorm, y nos comeremos unas sardinas en la playa; igual tengo suerte y logro que te descoques un poco.

Mila se tapó la boca para ocultar una risa. Lola siguió contándole vivencias pasadas que la hicieron reír aún más.

***

—Buenas noches, doña Tomasa —saludó a la vecina que estaba sentada en la puerta de su casa. La silla de enea crujía bajo su peso.

—Buenas noches nos dé Dios —contestó la mujer—. ¿Has terminado tu jornada laboral? —Mila se detuvo a su lado.

—Sí —respondió algo cansada—. Traigo un poco de sopa de gallina y unos sobaos que horneé esta mañana.

La mujer se levantó con cierta dificultad y sujetó la persiana de la puerta que protegía la entrada de la casa. Le abrió un hueco por donde Mila pasó al interior.

—¿Por qué está la casa a oscuras?

—Para que no entren los mosquitos.

—Sólo hay mosquitos en verano —respondió rápida.

Mila se dejó guiar por la mujer, que la dirigió hacia la cocina. Una vez dentro, puso la cesta de rafia sobre la mesa y sacó una fiambrera de hierro donde había puesto la sopa.

—Le he añadido una yema de huevo —le dijo al mismo tiempo que dejaba el recipiente sobre la mesa.

—¿Y un chorrito de *brandy*? —le preguntó esperanzada la anciana.

—No, de eso no.

Durante la siguiente media hora, Mila se dedicó a ordenarle la cocina y a prepararle la cama para dormir. Le puso sábanas limpias y las que había quitado las puso en remojo con jabón que ella misma elaboraba.

—Mañana vendré con más tiempo y las lavaré.

—Dios te bendiga, criatura.

Mila hizo algo típico en ella: acarició con el dorso de su mano la mejilla áspera. Ella había perdido a su madre cuando era una niña y a su padre durante la guerra, pero en Tomasa y Celestina había encontrado un gran apoyo.

—Me marcho ya.

—La noche está muy negra para que andes por ahí sola —replicó la anciana con gesto cansado.

Milagros sintió un escalofrío. Tomasa siempre se preocupaba por ella, y de que no anduviera sola por la noche, y tenía un buen motivo para recordárselo.

—No me entretendré, salvo para llevarle un poco de sopa a Celestina.

—Dámela y se la llevaré yo. —Ambas mujeres vivían una enfrente de la otra—. Así aprovecharé para molestarla un poco.

Mila sonrió. La amistad entre las dos era indiscutible, también la enorme rivalidad. Ambas habían enviudado durante la guerra, pero juntas se hacían compañía. Ella se preguntaba por qué motivo no se decidían a vivir juntas.

—Está bien. Salúdala de mi parte y dile que mañana le cambiaré las sábanas de la cama.

—Vete tranquila.

Capítulo 3

Una gineta había matado a su cabrito, conejos y dos gallinas. Mila lo vio al llegar a casa, ya que el gallinero estaba adosado a la vivienda con una verja precaria hecha de somieres viejos, lo que había facilitado el acceso del animal. Su corazón se llenó de pena al ver lo sucedido. Había hablado con el hijo de Emilio para que le ayudara a construir una valla más fuerte, pero no habían logrado hacerlo antes. Durante las siguientes dos horas, Mila se dedicó a limpiar el gallinero destruido, enterrar a los animales bajo un nogal y lamentar su falta de previsión. El invierno había sido muy difícil en el norte y los animales estaban pasando hambre, por lo que la gineta había visto en los animales de Mila su propia subsistencia.

Mientras limpiaba la tierra de sangre y plumas, Mila pensó en su hijo Miguel, quien solía disfrutar recolectando huevos de los nidos, alimentando a los conejos y ordeñando la cabra cuando era niño. Había sido un niño muy obediente y trabajador. Mila nunca había querido tener animales, ya que no tenía los medios para protegerlos y cuidarlos, pero Miguel había sido insistente. Ahora tendría que explicárselo en su próxima carta, carta que solía escribirle Lola en su nombre.

Mila terminó de recogerlo todo y lo guardó en un saco de arpillera. También tendría que enterrar las plumas. Después, se dirigió hacia el interior de la casa, llenó un barreño con agua que había dejado templar y se limpió el sudor y las manchas del cuerpo. Había reservado un poco de sopa y la mantenía caliente en la estufa de leña. Una vez que estuvo limpia y vestida con su camisón y bata, se sentó en un sillón viejo que le había regalado Celestina cuando cambió sus sofás, y se dispuso a comer la sopa. Después de un día laborioso, la sopa le sabía a gloria. Luego, calentó un poco de agua, diluyó un poco de leche condensada y le añadió un chorrito de cebada hervida. Mojó un par de sobaos en el líquido templado.

Mila estaba muy agradecida con su jefa porque le permitía comer

de lo que cocinaba en la hospedería. La luz del candil apenas iluminaba la habitación, pero estaba acostumbrada a moverse entre penumbras.

Enjuagó en el agua del barreño lo que había ensuciado, donde anteriormente había lavado la ropa que había usado durante el día. Las tenía tendidas sobre unas sillas de enea cerca de la estufa de leña y la cama.

La vivienda de Mila era pequeña, tenía una sola habitación que incluía el dormitorio, la cocina, el comedor y la sala de estar. No tenía baño interior, sólo una letrina detrás de la casa.

Mila estaba muy cansada después de haber limpiado exhaustivamente la hospedería. El viento golpeaba los cristales de la única ventana de la casa, sacándola de su ensueño. Mila vio a través de ellos copos de nieve que caían del cielo, preguntándose cuándo llegaría el buen tiempo. Estaba cansada del frío y la lluvia que la intimidaban. Si no fuera por la estufa de leña que mantenía encendida, se habría congelado, ya que la casa no estaba preparada para soportar el frío intenso. De repente, escuchó el rugido del motor de un automóvil, lo que la sorprendió, ya que su vivienda estaba alejada de la carretera principal. Las luces del vehículo iluminaron por completo la casa, obligando a Mila a parpadear debido al deslumbrante resplandor. Escuchó el sonido del frenazo y dos puertas que se abrían y cerraban casi al unísono.

Mila se levantó rápidamente y se dirigió hacia la puerta. Algo debía de haberle sucedido a Lola, porque, cuando abrió la puerta, vio su coche estacionado justo frente a la casa. Primero vio al veterinario, Emilio, y luego a su jefa, Lola, con un rostro desencajado. En ese momento, un coche de la Policía estacionó detrás del vehículo de Lola y dos agentes uniformados bajaron del interior.

—¿Le ha pasado algo a Tomasa? —preguntó Milagros con inquietud. Lola negó con la cabeza—. ¿A Celestina? —Mila volvió a preguntar y nuevamente recibió una negativa.

—¿Es usted Milagros Cervantes? —preguntó uno de los agentes de la Benemérita.

Lola la sujetó por los hombros, lo cual hizo que Mila se sintiera confundida. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué la llevaba hacia el interior de la casa? Emilio las seguía de cerca, con una expresión seria en el rostro.

—Se trata de su hijo… —dijo el agente.

El mundo pareció detenerse para Milagros. Le zumbaba la cabeza y la oscuridad de la noche pareció cegarla. ¿Qué estaba diciendo el agente sobre su hijo?

—Siéntate, Mila —le ordenó Lola mientras la empujaba hacia el sillón. Ella resistió el empujón.

—¡Por Dios! ¿Qué está pasando aquí? —gritó, porque algo grave debía de haber sucedido para que tantas personas estuvieran en su casa.

Un minuto después, el agente más anciano de la Benemérita le informó de la muerte de su hijo Miguel. Mila se desmayó ante la noticia, algo que ninguna madre debería escuchar nunca. Emilio la sostuvo y, con la ayuda de Lola, la tumbaron en el estrecho jergón.

—¿Cómo es posible vivir así? —preguntó Lola con tristeza.

Mientras Emilio ayudaba a Mila en su inconsciencia, Lola observó atentamente la única habitación de la casa. Todo estaba viejo y muy deteriorado, aunque Mila lo mantenía muy limpio. Se preguntó cuáles eran las privaciones que Mila habría sufrido a lo largo de su vida.

—Ya está recuperándose —anunció Emilio con una expresión de congoja en su rostro.

Miguel era lo más valioso para Milagros, su única fuente de sustento cada día, y por eso cuando abrió los ojos y vio a Lola, a Emilio y a los dos guardias, supo que no había sido un sueño y expresó su angustia con un grito de ira, odio y desesperación. Gritó hasta quedarse sin voz y luego lloró con una tristeza tan profunda que Lola se unió a ella en su llanto. Los agentes decidieron irse cuando Emilio les aseguró que ellos se encargarían de cuidarla y acompañarla al cuartel para que le brindaran toda la información necesaria una vez que se hubiera recuperado del *shock*.

El dolor instalado en el pecho de Mila era insoportable. Su alma estaba vacía. El hijo que había alumbrado y amaba con todo su corazón había muerto, y ella ya no tenía nada que la atara a la vida. Deseaba morir.

Dolía...

No iba a volver a verlo...

No habría nadie más para ella...

De no ser por Lola y Emilio, Mila se habría quitado la vida. Sentía deseos de morir, y su cuerpo reaccionó a ese sentimiento extremo vomitando los pocos alimentos que había ingerido. No pudo levantarse de la cama para vaciar el estómago en la bacinilla. Mila

sentía que sus entrañas querían salir de su cuerpo a través de la boca. Las arcadas la dejaron sin fuerzas y sin capacidad de reacción, pero ella las sentía como un exorcismo necesario.

Emilio decidió administrarle un potente sedante y mantuvo a Mila dormida durante todo el día siguiente. Al despertar, su mirada estaba vacía y su desinterés por la vida preocupó a Emilio y a Lola. Tomasa y Celestina se turnaron para cuidarla en su casa y lloraron la pérdida de Miguel como si fuera la de ellas. Sin embargo, no lograron persuadir a Mila para que comiera y Emilio consideró la opción de internarla en el hospital de Santander.

Mila pasaba sus días deseando la muerte, pero nadie la dejaba sola para llevar a cabo sus deseos. Cada vez que Lola la visitaba, intentaba distraerla hablando sobre los nuevos huéspedes de la hospedería. Le contó que su primo se estaba encargando del negocio mientras ella estaba ausente, pero, a pesar de los esfuerzos de Lola, Mila no respondía y seguía sumida en su dolor. No podía aceptar la pérdida de Miguel, su hijo. No podía estar muerto. A veces, pensaba en él con todo el amor que guardaba en su corazón, pero otras veces, la misma tristeza la invadía y la hacía sentir su pérdida aún más intensamente.

—Miguel no querría verte así... —dijo Lola, y Mila la miró con ojos furiosos.

—¿Qué sabrás tú lo que querría mi hijo? —respondió Mila con desprecio.

—Don Isidro desea verte y brindarte consuelo —continuó Lola, tratando de calmar a Mila. Pero las palabras de Lola sólo provocaron un grito desgarrador de Mila y un nuevo llanto amargo.

—¡Dios no existe! —gritó la madre desesperada.

—¡Mila, por favor, calla! —le pidió Lola en un intento de calmarla. Sobre todo, porque el párroco se encontraba fuera hablando con Celestina.

Quería celebrar una misa por el alma de Miguel. Sin embargo, para Mila todo era lo mismo. Con la muerte de su hijo, Dios también había muerto para ella. Miguel era un buen muchacho, una buena persona, ¿cómo permitía Dios su horrible muerte? De pronto, Mila se percató de que ignoraba cómo había muerto su hijo. ¿Y si estaban equivocados y era otro Miguel?

Se levantó de la cama rápidamente y tuvo que sujetarse al cabecero de hierro porque sufrió un fuerte mareo. Llevaba demasiado tiempo sin alimentarse.

—¿Qué haces? —Lola corrió para ayudarla.

—Se han equivocado —en su voz se podría apreciar la esperanza—. Es otro Miguel, mi chico no está muerto.

Lola supo que le tocaba la parte más difícil de todas. Mostrarle la realidad.

—Lo siento, Mila, pero es cierto. Miguel estaba a bordo del avión que se estrelló. No hay duda de que es él. —Lola vio cómo los ojos de Mila se empañaban de nuevo con lágrimas, y su corazón se partió al ver el sufrimiento de la madre—. La embajada de Buenos Aires se puso en contacto con la embajada de Madrid y le facilitó los datos de los pasajeros que iban en el avión que se estrelló.

Para Mila, Lola hablaba en una lengua que no entendía. ¿Embajada? No sabía lo que era eso. ¿Un avión? Su hijo trabajaba y vivía en Argentina, y no viajaba a ningún lugar salvo para regresar a España.

—Tu hijo viajaba en ese avión —concluyó Lola con mucho pesar.

Emilio Padilla había hablado con la embajada de Madrid en nombre de Milagros. Francisco Romerales, el teniente de la Policía Nacional, ayudó en el asunto porque era amigo de Emilio. En pequeñas poblaciones, todos se conocían y se ayudaban.

—Puede ser un error…

La voz de Mila se había entrecortado. Lola lamentaba más que nadie todo lo que estaba sufriendo.

—Mila… lo lamento tanto, de verdad.

Y fueron esas palabras las que la impactaron fuertemente, porque Lola nunca la engañaría con algo tan serio. Mila se echó en la cama, adoptó una posición fetal y comenzó a llorar, pero esta vez de una manera mucho más amarga. Había sentido un momento de esperanza, algo a lo que las madres se aferran con todas sus fuerzas.

—Tenemos que ir al cuartel —le explicó, pero Mila no la escuchaba —. Allí podrás hablar con la embajada y te informarán de todo.

Mila no quería hacer nada, sólo consumirse poco a poco. Dejar de respirar para no sentir ese terrible dolor que la asfixiaba, que la paralizaba. Quería tener a su hijo de vuelta con ella, ansiaba abrazarlo, besarlo como cuando era un niño…

—¡Milagros! —a través de la densa niebla de angustia y dolor que sentía, escuchó la voz del párroco, pero no lo miró ni respondió a su llamada.

Milagros estaba muerta, y debían aceptarlo.

Capítulo 4

Semanas después de la terrible noticia, Mila no se había recuperado. Los vecinos del pueblo se turnaban para estar con ella y trataban de animarla, pero ella se había sumido en una profunda depresión, especialmente después de hablar con la embajada y recibir noticias aún peores: no podían repatriar los restos mortales de Miguel Cervantes. Ella y su dolor estaban en Argüeso, mientras el cuerpo sin vida de su hijo se encontraba tan lejos como en Argentina. Los vecinos del pueblo habían hecho una colecta, pero con lo recaudado no era suficiente para traerlo, especialmente porque Mila nunca había pagado un seguro funerario. Sentada junto a la única mesa de su casa, Mila miraba la caja metálica con la colecta que todos habían hecho y, en medio de su desconsuelo, se emocionó. Todos eran buenos vecinos y ella les estaba agradecida, pero con lo recaudado no alcanzaba. Aún estaba sumida en pensamientos negativos cuando escuchó el sonido de la furgoneta de Lola. Conocía bien su rugido; además, nadie en el pueblo tenía un coche excepto Emilio Padilla y ella. Lola no llamó a la puerta, entró y dejó la cesta con comida sobre el fregadero.

—Mila, tienes que comer algo. Ayer cociné albóndigas con tomate especialmente para ti —dijo Lola, acercando una cesta con comida.

Mila miraba sin interés los billetes de cien pesetas amontonados en la caja.

—No tengo hambre —respondió con apatía.

Lola se sentó a su lado y puso la caja de billetes de lado.

—Te vas a poner enferma si no comes —le advirtió, tratando de agarrar la mano de Mila para ofrecerle consuelo.

Cuando Mila la miró, Lola vio que la preocupación por su salud era lo menos importante en su vida en ese momento.

—Tengo que traerlo… —susurró apenas sin voz, pero Lola la había escuchado.

—Con ese dinero apenas tienes para iniciar el viaje —le recordó con pesar.

Todos habían contribuido con lo que podían, pero lo recaudado no cubría ni para una décima parte.

—Sois muy generosos —logró decir tras una larga pausa.

—Y yo tengo buenas noticias.

Los ojos de Mila seguían tan opacos como la noche que recibió la terrible noticia.

—Tengo que devolver el dinero —seguía pensando la otra.

Lola cerró la tapa de la caja en un intento de atraer la atención de ella.

—¿Recuerdas a Monserrat Raspall? —le preguntó de pronto.

La mirada de Mila se clavó en el rostro de Lola.

—¿La periodista?

—He tenido una larga conversación con ella y le he contado lo que te ha sucedido.

Mila se llevó las manos al rostro porque no quería hablar sobre su tragedia con nadie, y eso incluía a su jefa.

—Más compasión, no, por favor —suplicó con un hilo de voz.

Lola comprendía su inmenso dolor, todos en el pueblo estaban muy afectados por su pérdida, y por eso cada uno de los vecinos trataba de ayudarla a su manera.

—Está interesada en escribir un artículo sobre tu historia, y está dispuesta a ayudarte —respondió Lola con una sonrisa en los labios.

—Eso es maravilloso… —exclamó Mila, comenzando a despertar de su letargo.

—No sólo eso, también ha conseguido el apoyo de muchas personas que se han unido a la causa, y hemos recaudado más dinero para traer a Miguel a casa —añadió Lola con lágrimas en los ojos—. Además, va a comentar tu caso con sus compañeros —Mila parpadeó sorprendida al escucharla—. Piensa pedir ayuda para ti desde la radio. Todavía no sabe desde qué programa lo hará, pero está decidida a ayudarte.

La mujer se quedó sin habla.

—No sé qué decir.

—Imagina, Mila: podrán ayudarte desde todos los rincones de España a traer a tu hijo aquí a Argüeso.

—Virgen Santa…

—En Argüeso somos muy pocos, pero España es muy grande, y gracias a Monserrat, podremos traer a Miguel aquí, donde podrá ser enterrado junto a tus padres.

Mila no pudo contener el llanto. Traer a su pequeño a casa era lo

que más ansiaba en el mundo y, aunque se sentía perdida y desamparada, Lola venía a traerle un poco de sosiego.

—Verás cómo logramos reunir el dinero que necesitas.

—Sois tan buenos.

—Hacemos lo que podemos, mi amiga. Ahora, come algo, por favor —dijo Lola, acariciando el hombro de Mila con ternura.

La mujer asintió y juntas comenzaron a planificar la campaña para traer a Miguel a casa.

Ahora Mila se dejaba consolar porque días atrás ni se levantaba de la cama.

—Cogerás un barco en Vigo que te llevará hasta Buenos Aires y, una vez allí, arreglarás los asuntos para traer a tu hijo a Argüeso.

Le parecía poco menos que imposible.

—¿Cómo voy a hacer una cosa así si no sé leer ni escribir? Nunca he salido del pueblo. No conozco más que estos parajes.

Lola sabía que era muy difícil y rezaba para que lo que consiguiera reunir Monserrat fuera lo suficiente para que Mila no tuviera que viajar sola.

—Lo harás, porque sólo tú podrás traer a tu hijo. Tendrás que arreglar muchos papeles, pero la embajada española te ayudará. Nosotros lo haremos desde aquí, podrás sentir toda nuestra fuerza y cariño.

Mila no podía dejar de llorar. El hecho de que el único viaje que pudiera emprender en su vida fuera para traer los restos mortales de su hijo era el mayor tormento que podía sufrir una persona.

—¿Y si esa señora no logra reunir el dinero que necesito para traerlo? —expresó Mila con la voz quebrada, manifestando su desesperación.

Lola percibía la angustia en la voz de Mila y buscó consolarla.

—Claro que lo logrará, verás cómo la respuesta de las personas buenas es muy positiva.

Pero la preocupación persistía en Mila.

—¿Y si no logra reunir el dinero? —insistió, visiblemente afectada.

Lola decidió tomar una medida drástica para tranquilizar a Mila y asegurarle que haría todo lo posible para ayudarla.

—Venderé la hospedería —anunció, sus palabras estaban cargadas de sinceridad y determinación.

La declaración repentina dejó a Mila en silencio, con los ojos abiertos de par en par. Miró el rostro de su jefa y pudo ver que

hablaba desde el corazón. Lola estaba dispuesta a sacrificar su negocio para apoyarla.

—¿Cómo puedes ser tan buena? —musitó Mila, impresionada por el gesto de generosidad de Lola.

Lola retuvo su respuesta, consciente de que no era perfecta, pero también consciente del sufrimiento inhumano que Milagros Cervantes había experimentado a lo largo de su vida.

—Todos te queremos —le dijo de pronto, tratando de transmitirle el amor y el apoyo de todos en el pueblo.

Mila dejó de llorar. Sus ojos brillaban con lágrimas que no caían. Lola había plantado en su corazón una pequeña semilla de esperanza que comenzaba a arraigar con fuerza, alimentada por las profundas raíces de su determinación. Tomó una decisión: si la periodista de Barcelona no lograba reunir el dinero necesario para traer a Miguel, ella misma se presentaría en la radio e incluso en la televisión para pedir ayuda. No se rendiría hasta lograrlo.

—Tengo que hablar con la embajada de Madrid —afirmó de repente, con renovado propósito.

Lola sonrió aliviada. Era evidente que la actitud de Mila había experimentado un cambio radical de ciento ochenta grados, y se alegraba sinceramente. La mujer rota y derrotada estaba mostrando una determinación que nunca antes había visto en ella.

—Puedes hacer la llamada desde la hospedería —ofreció Lola, brindándole su apoyo.

Milagros soltó un suspiro largo y profundo. Cada mes hablaba con Miguel durante tres minutos, lo suficiente para asegurarse de que estaba bien. Solía hacerlo desde el teléfono de su trabajo y, aunque Lola no quería cobrarle, Mila insistía en pagar porque era consciente del costo de las llamadas internacionales.

—Pagaré la conferencia —afirmó Mila.

Lola soltó un bufido exasperado.

—¡Por Dios, Mila!

Mila se mordió ligeramente el labio inferior. Agradecía la generosidad de todos, pero no quería ser una carga para nadie.

***

Poco a poco, Mila fue recuperando sus fuerzas. Cada día que pasaba la acercaba más a su objetivo, y esa esperanza la mantenía

firme. A pesar de los desafíos que aún enfrentaba, Mila estaba decidida a lograrlo. No le importaba lo difícil que fuera el camino, estaba dispuesta a aprender a leer y escribir, e incluso a viajar a lugares desconocidos. Lo único que importaba era traer a su hijo Miguel a casa. Y lo lograría.

—Buenos días, Mila —Escuchó que la saludaba Tomasa desde la ventana abierta de su casa.

—Buenos días nos dé Dios —respondió Mila, aunque lamentó su impulso. Estaba profundamente enojada con Dios y por eso no había vuelto a asistir a misa.

—¿No vas a abrigarte más? —preguntó Tomasa al notar que sólo llevaba una chaqueta.

Milagros respondió con indiferencia.

—Hoy hace buen día.

Tomasa miró el cielo nublado y se dio cuenta de que Mila estaba absorta en sus propios pensamientos, ajena a todo lo demás.

—No regreses muy tarde —le aconsejó, preocupada por ella.

Mila detuvo sus pasos y giró el rostro hacia la casa de Tomasa. Trabajaba hasta el agotamiento porque de esa forma no pensaba. Pensar significaba sumergirse de nuevo en la desesperación, pensar equivalía a descender a los infiernos donde el sufrimiento era constante y extremo. Así que Mila decidió concentrarse en su trabajo y esforzarse al máximo. Sabía que la única manera de lograr su objetivo era mantenerse activa y ocupar su mente. Tomasa, la anciana vecina, siempre la recibía con una sonrisa y Mila agradecía cada día ese gesto de amabilidad. Aunque no hablaran mucho, Mila sentía que la anciana la entendía y la apoyaba en su lucha por traer a Miguel a casa.

—Deberías quedarte a dormir en la hospedería —le aconsejó la mujer, aunque en realidad quería decirle que no volviera a su deteriorada casa, llena de recuerdos que la entristecían.

Tomasa sabía por Lola que le había ofrecido alojamiento desde el principio de trabajar juntas, pero Mila había rechazado la oferta.

—Aquí también tienes una cama para descansar los huesos —le ofreció la viuda.

Mila finalmente le mostró una sonrisa de agradecimiento.

—Eres muy amable.

Tomasa carraspeó. Milagros había estado cuidando de ella durante años. Limpiaba su casa, cocinaba para ella, y ella había hecho muy poco en comparación para agradecérselo, excepto encargarse de la

colecta en la iglesia y en el mercado para su viaje.

—Intentaré traerte la cena un poco más temprano —le dijo.

—Estaré aquí, rezando por ti.

Mila continuó su camino hacia la hospedería inmersa de nuevo en pensamientos complicados. Por primera vez en su vida, iba a salir de Argüeso y lo haría sola, pero ya no le importaba, porque eso significaba traer los restos mortales de su hijo. El veterinario le había dado una breve explicación sobre cómo se trataba a los fallecidos en accidentes, dónde los guardaban hasta que sus familiares los reclamaban. Había aprendido muchas palabras nuevas: depósito de cadáveres, cámaras frigoríficas, autopsias...

Mila soltó un largo suspiro doloroso. Aún estaba muy afectada, se sentía muerta por dentro, pero tenía un propósito en la vida: traer a su hijo a casa.

Capítulo 5

Todos en Argüeso estaban emocionados. El nombre de Mila y su tragedia habían salido en el programa de radio *El consultorio de Elena Francis*. El programa iba dirigido principalmente al público femenino y duraba unos treinta minutos. Estaba estructurado en torno a la correspondencia por correo que las oyentes enviaban a la señora Francis, quien respondía a través de consejos a todas las dudas, consultas y confidencias del público femenino. Las cuestiones abordaban desde temas domésticos como cocina, jardinería, salud y belleza, hasta problemas sentimentales e incluso psicológicos. Por eso, los directivos pensaron que era el lugar perfecto para compartir la trágica pérdida de una madre de Argüeso y pedir la oportuna ayuda que la mujer necesitaba a todas las mujeres que escuchaban el programa. La centralita de la radio se colapsó debido a las numerosas llamadas de mujeres que deseaban contribuir con su granito de arena para Milagros Cervantes, y desde todos los rincones de España comenzaron a llegar donaciones monetarias a la radio en apoyo a la madre valiente de Argüeso.

Mila miraba la caja llena de dinero y no podía creerlo.

—Se ha abierto una cuenta bancaria a tu nombre donde sigue llegando dinero para tu viaje —le dijo Lola con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Una cuenta bancaria? —preguntó sin entender.

—En el banco de la capital —explicó la jefa—. El dinero sigue llegando desde diferentes lugares de España.

Mila tuvo que parpadear, ya que en el interior de la caja había más de veinticinco mil pesetas.

—Es mucho dinero —respondió Mila.

—Esto es sólo para el viaje —informó Lola—. Podrás retirar dinero del banco cuando lo necesites.

Mila se asustó. Nunca había visto tanto dinero junto y no sabía cómo se sacaba dinero de un banco. De repente, se sintió abrumada.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó Mila a su jefa con esperanza en la voz.

Lola entrecerró los ojos porque no podía acompañarla. Ese viaje tendría que hacerlo ella sola.

—Me encantaría, pero no puedo.

Mila bajó la mirada hacia el suelo. Pronto iban a operar a su tío y no podía dejarlo sólo. Estaba asustada por el largo camino que tenía por delante, pero debía hacerlo por Miguel.

—Tienes que enseñarme algo muy importante —le dijo de repente.

—Lo que necesites —respondió la jefa.

Mila respiró profundamente y exhaló lentamente.

—Quiero aprender a escribir mi nombre, la dirección de la hospedería y también el número de teléfono. —Después de escucharla, Lola quedó pensativa. ¿Cómo podía una mujer defenderse sin saber leer ni escribir?

—Dado que tienes un largo viaje por delante —comenzó a decir—, voy a enseñarte lo básico para que puedas seguir mejorando.

Los ojos de Mila se iluminaron durante unos segundos.

—Debo recordarte que soy muy torpe...

Lola la interrumpió.

—No eres tonta —la corrigió—, simplemente la vida ha sido especialmente dura contigo.

—No sé leer ni escribir —le dijo Mila—. Apenas sé contar con los dedos.

—Perder a tu madre cuando eras una niña marcó tu destino.

Era cierto. La muerte de su madre trajo consigo la pérdida de cariño, de confianza, y la compañía materna imprescindible que toda niña necesita para crecer y madurar.

—Tenía a mi padre —susurró Mila sin mirar a Lola—. Y luego vino la guerra y me lo arrebató también.

—Era un hombre violento que bebía demasiado —le recordó su jefa.

Mila encogió los hombros apenas perceptiblemente.

—Pero se ocupó de mí...

Entre las dos mujeres se generó un silencio bastante largo que no resultó molesto sino necesario. Cada una reflexionaba sobre su vida pasada y presente, sin saber lo que les depararía el futuro.

—Estudiar fuera de España me abrió los ojos —confesó Lola—. Me mostró todo lo que nos han arrebatado y que jamás tendremos.

Mila la observó atentamente mientras hablaba.

—Así son las guerras —añadió la otra.

—España está sumida en la miseria.

Mila no estaba de acuerdo con las palabras de Lola.

—Lo peor de la guerra ya ha pasado.

—Aquí en Argüeso no se sufre tanto la falta de suministros —la corrigió Lola con voz firme—. Deberías ver cómo quedó Madrid y otras provincias, completamente arrasadas —respondió en un susurro —. ¡El maldito régimen raciona incluso la comida! —exclamó con hastío.

Mila no quería hablar de política, especialmente porque no la comprendía y porque estaba prohibido, incluso en un lugar tan remoto como Argüeso. Lola notó su expresión y decidió cambiar de tema. Sus opiniones políticas le habían causado muchos problemas en el pasado. Había aprendido a ocultarlas, pero aún sentía incomodidad.

—¿Sabes que en París las mujeres fuman, usan pantalones y conducen vehículos sin necesidad de una autorización paternal o marital? —Mila hizo un gesto cómico con la boca.

—Pero tú conduces —le replicó.

—Eso es porque he vivido, estudiado y obtenido el permiso en Francia —Mila intentó sonreír, pero no pudo—. La ropa interior es hermosa: encaje, satén, en rojo, negro y cualquier color que puedas imaginar.

Mila bajó la mirada un poco avergonzada.

—¿Ropa interior roja? —preguntó tímidamente—. Eso es para mujeres pecadoras.

Lola negó con la cabeza.

—En Francia, las mujeres tienen libertad...

Nuevamente se quedaron en silencio, cada una mirando a un punto indeterminado en la habitación.

—No quiero seguir hablando de esto —dijo Mila seriamente.

Lola asintió.

—Sólo quería prepararte para cuando viajes —se disculpó—. Podrás ver con tus propios ojos todo lo que te he mencionado.

Mila reflexionaba sobre las palabras de su jefa. Haber crecido en el extranjero le había causado muchos problemas cuando finalmente regresó a Madrid. La vida se había vuelto tan complicada para ella que tuvo que huir a Argüeso, por lo que tenía que evitar meterse en más problemas.

—Tenemos que comprarte algo de ropa —sugirió la jefa.

—Ya tengo ropa —protestó Milagros.

Lola entrecerró los ojos.

—Vas a viajar mucho y conocerás a gente muy importante, como el embajador de España en Buenos Aires —le recordó—. No puedes presentarte como una campesina.

—Soy una campesina —afirmó Milagros.

Lola sonrió al escucharla.

—Eres una madre que va a recuperar el cuerpo de su hijo.

Al escuchar eso, Mila comenzó a llorar incontrolablemente, a pesar de sus esfuerzos por detener las lágrimas. Lola se culpaba una y otra vez por ser imprudente. Los sentimientos de ser madre aún estaban muy presentes en ella. Mila demostraba una admirable fortaleza y Lola se había confiado.

—Perdóname, Mila, no quería angustiarte.

La mujer no podía contestarle de lo sentida que estaba.

***

Mila subió al barco sin mirar atrás, ya que pensaba que le causaría mareo. Lola le había mencionado antes de embarcar que el barco se llamaba Córdoba, como la ciudad andaluza, y pertenecía a la Compañía Argentina de Navegación Dodero. A Mila no le importaban esos detalles, pero no lo dijo.

Al llegar al pasillo de babor, Mila miró hacia el muelle. Caminó unos pasos y se detuvo detrás de la barandilla de madera. La gente de Argüeso estaba reunida en el muelle para despedirla, gracias a que el veterinario y Lola pusieron sus coches a su disposición. La prensa también estaba cubriendo la noticia y el alcalde de Vigo había organizado todo para que ella pudiera embarcar sin problemas. Mila sacó un pañuelo de su bolsillo y lo agitó al igual que otros pasajeros.

Mila no sabía cuánto tiempo estaría fuera de Argüeso ni lo que le depararía el futuro lejos de su hogar, pero estaba decidida a hacer lo necesario para encontrar el cuerpo de su hijo. Estaba dispuesta a viajar hasta el fin del mundo para lograrlo. Aunque tenía miedo y angustia, su valentía como madre la impulsaba a no retroceder ni siquiera un paso, tal como siempre le decía Lola.

El barco levantó anclas y comenzó a navegar por la ría de Vigo hacia el Atlántico. Los pasajeros empezaron a cantar mientras la

embarcación se despedía del puerto con un fuerte pitido de la sirena. El sonido fue tan fuerte e inesperado que Mila dio un salto sobresaltada. El barco aceleró rápidamente y el puerto se convirtió en un paisaje borroso que quedaba atrás. Al salir de la ría y adentrarse en el Atlántico, el barco se sacudió tanto que Mila tuvo que agarrarse fuertemente a la barandilla para no caer. Se tapó la boca porque empezaba a sentir un mareo que no presagiaba nada bueno. Era la primera vez que navegaba, la primera vez que dejaba su pueblo y la primera vez que Mila se enfrentaba a lo desconocido, pero había sido previsora. Llevaba en un frasquito de cristal tierra de su casa. Como nunca había estado rodeada de tanta agua, pensó que la consolaría llevarla consigo. También había cogido el sonajero de plata de su hijo Miguel. Era lo más valioso que tenía, y podría venderlo si se encontraba en dificultades.

Milagros rezó para que todo saliera bien.

Capítulo 6

Rancho Bloomfield, Santa Rosa, California

Rex Grey miró a su cuñado, Andrew Fisher, con el ceño fruncido. Llevaba media hora hablándole, pero parecía que lo hacía en otro idioma. Tenía resaca y por eso apenas entendía nada de lo que le decía.

—¿Qué tal la velada de anoche? —le preguntó el hombre.

Rex cerró los ojos un momento y después soltó un suspiro largo.

—Aburrida, tediosa, interminable —respondió malhumorado.

—Pero necesaria —terminó el otro.

Rex se mesó el cabello castaño que ya le encanecía en las sienes. Era un hombre con un físico imponente y un carácter severo.

—No, para mí —le aclaró al mismo tiempo que bebía un largo trago de agua.

—De verdad que lamento tu pérdida —le dijo el cuñado.

—Creí que perder a Ellen era lo peor que podía sufrir un hombre, pero estaba completamente equivocado.

Rex Grey nunca superó la muerte de su esposa en un accidente automovilístico mientras él combatía en Europa, y todavía cargaba con el vacío que nunca pudo llenar. Ese vacío se había ampliado exponencialmente con la muerte de su única hija.

¿Qué hombre en su sano juicio podía enfrentarse a una doble pérdida?

—Vamos a cerrar la galería un par de meses —le explicó el cuñado.

Rex apretó los labios al escucharlo. Su esposa Ellen había fundado la galería de arte justo después de casarse, y después de su muerte, Rex consideró venderla, pero su cuñado Andrew le hizo ver su importancia como legado de Ellen. Finalmente, Rex decidió encargarle la gestión de la galería a Andrew, quien resultó ser un hombre de negocios muy capaz y solvente. Gracias a su buena gestión, la galería generó grandes ingresos a lo largo de los años. Rex pensó usar ese

dinero para su campaña política, pero luego sucedió la trágica muerte de su hija Rachel y sus ambiciones políticas se desvanecieron.

—Ya sabes que lo que decidas me parece bien —contestó en voz baja.

Andrew hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Vamos a hacer una pequeña reforma antes de la próxima exposición.

A Rex todo eso le daba exactamente igual. Respiraba por respirar, vivía por vivir, porque no le quedaba más remedio.

—Deberías volver —le dijo el cuñado.

Rex estaba deseando que se marchara para poder meterse en la cama y olvidarse del mundo.

—Deberías volver a la fiscalía —afirmó Andrew.

«No», se dijo Rex. Aquellos tiempos habían terminado. Ahora él era sólo un simple ranchero que pasaba las oscuras horas de la noche bebiendo y las brillantes horas del día durmiendo la resaca. Andrew miró a su cuñado con compasión, pero sabía que cualquier muestra de ella sería recibida con un puñetazo. Rex Grey solía ser un hombre de carácter difícil y había sido un fiscal exitoso en la ciudad de San Francisco, pero su camino se había desviado después de la muerte de su esposa y, aún más, después de la muerte de su hija única.

Su familia materna pertenecía a la élite californiana. Su madre, una rica heredera de California, y su padre un joven de las élites adineradas de Nueva York que había decidido estudiar en la Universidad de Berkeley en California; allí se conocieron ambos y se casaron. El padre de Rex animó a su hijo a estudiar Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad Howard en Washington DC. Una vez graduado, regresó a California y comenzó a trabajar como fiscal del Distrito de Alameda en San Francisco. Después de tantos años como fiscal, parecía que ya no le importaba nada.

—A mi hermana no le gustaría verte así —le dijo finalmente el cuñado arriesgándose a un enfrentamiento con él.

Rex entrecerró los ojos de un gris acerado y lo taladró con la mirada.

—¿Qué coño sabrás tú de lo que le gustaría a tu hermana? —le reprochó su comentario con una pregunta.

—Quizás tengas razón —contestó el cuñado—. Pero sé que Ellen preferiría que salieras de este pozo en el que te has metido —continuó sosteniéndole la mirada, pero no era una mirada de reproche, sino de

empatía—. Deberías buscar ayuda profesional.

—¡Vete a la mierda! —contestó Rex levantándose y dándole la espalda.

El otro no se dio por enterado.

—Necesitas tratamiento profesional para superar tu estado depresivo —siguió insistiendo.

Rex se giró hacia él y lo atravesó con la mirada.

—¿Cómo te atreves…? —no fue capaz de continuar.

Andrew soltó un suspiro largo.

—No me gustaría estar en tu pellejo, Rex, pero tienes que echarle huevos y salir adelante.

El cuñado escuchó la maldición que salió por la boca de Rex.

—¡Acabo de enterrar a mi hija! —le gritó fuera de sí.

Andrew se dio cuenta de que había sido demasiado insistente. Al tratar de ayudar a su cuñado, había hecho que reviviera la pérdida que trataba de superar a través del alcohol y el deterioro personal. Rex había adelgazado y estaba pálido, y su temperamento había cambiado. Ya no se parecía en nada al fiscal decidido y agresivo que nunca perdía un caso. Ahora era una sombra temblorosa de lo que solía ser.

—¡Márchate! O te echaré de una patada —le advirtió.

Andrew lo creía probable.

—A pesar de lo que pienses, me preocupo por ti —le dijo muy serio.

El cuñado se sacó una tarjeta de la cartera y se la dejó sobre la mesita auxiliar.

—Busca ayuda, Rex. Lo necesitas…

***

—Despierta, Rex —dijo una voz femenina—. Esto está hecho un desastre.

Al hombre le costaba abrir los ojos porque le pesaban toneladas.

—¿Qué mierda haces aquí? —logró preguntar.

—Bonita bienvenida le das a tu hermana.

—¡Lárgate! —le ordenó.

—Ya te gustaría —respondió la mujer, que abrió sin miramientos las pesadas cortinas de la habitación.

—En verdad estás en un estado lamentable. —Ahora se escuchó una voz masculina.

Rex abrió los ojos y clavó su mirada en Charly Smith, su cuñado. ¿Qué hacían ellos dos en California? ¿Se habría hundido Nueva York en el mar? ¡Maldición, no necesitaba la compasión de nadie!

—Nos llamó Andrew Fisher —le explicó el otro cuñado—. Y nos advirtió de lo que te estabas haciendo.

Emma tiró a la papelera una botella de vodka vacía y recogió otra medio llena de *bourbon* del suelo.

—Esto no puede continuar —le dijo a su hermano, que estaba hecho un desastre.

Rex no se había duchado en días ni se había cambiado la ropa. La habitación olía a cerrado y a alcohol.

—Vas a matarte —afirmó la mujer sin dejar de mirarlo.

Rex optó por levantarse de la cama, que estaba deshecha.

—Quizás eso es precisamente lo que busco —afirmó el hermano pasándose la mano por los ojos.

Estaba claro que padecía una gran resaca.

—Si no fuera por Steve y Glory, seguramente lo estarías —afirmó Charly observando todo.

El Rancho Bloomfield era un lugar único y espectacular, situado en medio de un valle y cerca de un río. Gracias al capataz y a la ama de llaves, Bloomfield se mantenía limpio y bien cuidado, a pesar de la apatía de su dueño, Rex.

—Hay que limpiar y ordenar todo esto —afirmó Emma, que seguía recogiendo la habitación.

—No te lo he pedido —respondió Rex.

La hermana hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Le he pedido a Glory que te prepare un baño —siguió diciendo la mujer, como si el malhumor de su hermano no fuera con ella—, y a Steve que prepare tu montura.

—¡Vete a la mierda! —la insultó al mismo tiempo que se levantaba y caminaba hacia la ventana—. Los dos os podéis ir a la mierda.

—Ya me ha dicho Glory que esa es tu palabra preferida estos días —contestó Emma con voz dura—, pero no pienso marcharme de Bloomfield hasta que mi hermano haya regresado de esa autocompasión destructiva.

—No eres tú quien ha perdido a una hija —le soltó despectivo—. La que lo ha perdido todo. —Era cierto, se dijo Emma—. En la colina está enterrado lo único que me importaba en esta vida… —a Rex se le quebró la voz.

Emma caminó hacia él y quiso abrazarlo, pero el hermano rechazó el gesto.

—¡No os necesito a ninguno! —exclamó hastiado.

La hermana y el cuñado se miraron durante un instante. En verdad, Rex necesitaba ayuda y ellos habían dejado Nueva York para ofrecérsela.

—Date un baño y ponte ropa limpia, tienes un invitado abajo —le dijo su hermana.

Rex la miró con verdadero desdén. ¿Cómo se atrevía a interrumpir su duelo?

—Esta es mi casa —le recordó—. Yo soy el que da las órdenes.

Emma lo miró de arriba abajo en un descarado escrutinio.

—Ahora mismo no eres capaz ni de sostenerte en pie —le recriminó seria—. Y estoy decidida a cambiar eso —le advirtió.

Rex supo que su hermana no iba a darse por vencida. Se ducharía, se vestiría y después los echaría de Bloomfield a patadas.

Capítulo 7

Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Mila se echó a llorar delante del policía. Le habían robado el bolso con el dinero en efectivo y su pasaporte justo cuando puso un pie en tierra firme. Estaba tan asombrada mirándolo todo que no se había dado cuenta de cuándo se lo sustrajeron. Ella, que era una provinciana, admiraba los vestidos y los peinados de las mujeres que veía en la terminal del puerto. Lola ya le había advertido de lo diferente que era todo, pero ver tanto colorido a la hora de vestir le había provocado fascinación. El viaje en barco había sido una odisea, porque habían tardado doce días en atravesar el Océano Atlántico Norte y cubrir la primera etapa del viaje. Después hicieron escala en el Puerto de San Juan, donde estuvieron unas horas para reponer petróleo y agua potable. En el Atlántico Sur tardaron un total de ocho días para llegar a Buenos Aires y, al ver la ciudad, Mila se descorazonó. Todo era muy grande, no conocía a nadie y la gente hablaba de una forma que le resultaba extraña. Menos mal que le habían robado el bolso después de pasar por aduanas. Fue llegar a la terminal y quedarse pasmada viendo a la gente.

—¿Posta no tenés a nadie acá en Buenos Aires? —le preguntó el agente al que ella había abordado cuando se dio cuenta de que le habían robado el bolso.

Mila negó con la cabeza. Entonces le explicó el motivo de su viaje y que se sentía perdida. Afortunadamente, tenía el permiso de libre desembarco en Argentina porque lo había guardado en la maleta. Tuvo que abrirla delante del policía y buscar el documento entre sus pocas pertenencias.

—No tengo más papeles que este —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

Varios transeúntes se detenían a observar la escena, debido a una mujer que lloraba y una maleta abierta en el suelo. Otro policía se

acercó al primero y le tendió el papel que la mujer había sacado. El hombre no tardó en leer el nombre y mostró sorpresa alzando las cejas.

—Pibe, ¡es ella! —exclamó de repente el primer cana. Mila se secó los ojos con un pañuelo—. Sos un boludo por no darte cuenta —siguió el cana de la aduana.

—Le afanaron la guita —añadió el otro cana—. Y por eso se me pasó el nombre. —¿Estás seguro de que es ella? ¿De que se trata de Milagros Cervantes?

—Che, pero si recién te lo dijeron —respondió el compañero—; además, aparece en sus documentos.

Los agentes le pidieron que cerrara la maleta y que los acompañara. Mila así lo hizo. Mientras caminaba detrás de ellos, una mujer se paró delante y la miró atentamente. Estaba claro que había escuchado la conversación que había mantenido con los guardias.

—¿Sos vos Milagros Cervantes? ¿La Milagros Cervantes que viene de la madre patria? —le preguntó—. Escuché al cana que te llamaba así.

—¿La madre patria? —le preguntó Mila, extrañada.

La mujer sonrió.

—Así le decimos a España acá en Argentina.

Mila asintió con la cabeza como si entendiera.

—¿Me conoce? —le preguntó indecisa.

Trataba de recordar si alguna vez había visto a esa señora elegante hospedándose en Argüeso, pero dudaba de ello. Tenía buena memoria para las caras y nunca había visto el rostro de esa señora antes.

—¡Toda Argentina la conoce! —exclamó la mujer.

De repente, los viajeros empezaron a formar un corro alrededor de ella y hablarle de una señora llamada Eva Marino y su amistad con una periodista de Barcelona. Le dijeron que conocían su historia gracias a la información sobre la valentía de una madre que cruzaba un océano para buscar los restos mortales de su hijo.

—¿Cómo pueden conocerme? —preguntó con sorpresa.

Otra mujer le explicó que Eva Marino había compartido su historia antes de la transmisión de la telenovela sobre una familia típica argenta llamada *Los Pérez García*, y que su historia había llegado al corazón de mucha gente por su valentía. Decir que Mila estaba sorprendida sería poco, se sentía emocionada. ¿Toda esa gente que la rodeaba y hablaba con ella la conocía?

—No agobien a la señora —ordenó a los viajeros uno de los guardias, pero eso era casi imposible.

Mila ignoraba que Eva Marino era una conocida locutora de radio en Argentina y amiga de Monserrat Raspall, la periodista de radio en Barcelona. Eva había escuchado la historia de Mila con emoción y decidió compartirla con sus oyentes. Una de las mujeres se ofreció a acompañar a Mila a un hotel y luego a la comisaría para hacer la denuncia del robo. Mila escuchaba con atención, ya que muchas de las palabras y el acento eran diferentes al español que conocía en España.

—¿Es posta que te chorearon? —le preguntó un tipo que estaba interesado en todo.

Mila asintió y, un segundo después, el hombre se sacó de la cartera un billete de cincuenta pesos y se lo dio.

—No puedo aceptarlo —se excusó Mila que se sentía cohibida.

El ejemplo del tipo cundió entre los viajeros que habían armado un ruedo alrededor de ella, y todos y cada uno le fueron ofreciendo billetes en la moneda nacional.

—Agarralo, señora, lo vas a necesitar —le aconsejó el cana.

Los ojos de Mila se llenaron de lágrimas nuevamente. Se encontraba frente a un grupo de personas que, a pesar de no conocerla, estaban dispuestas a ayudarla. Un matrimonio de aspecto elegante se ofreció a pagar su habitación en un hotel y Mila se sentía abrumada por tanta amabilidad. Una viejita se abrió paso entre la multitud y se plantó frente de ella.

—Me llamo Rosario Buchardo —dijo muy seria— y te ofrezco la hospitalidad de mi casa. —Al lado de la viejita había una chica más joven que sostenía una valija ente las manos. —Es mi hija Juana, que recién llegó de viaje —le explicó—, como vos.

A Mila no le salía la voz de lo emocionada que se sentía.

—¡Disculpen, disculpen! —Se escuchó una voz que se abría paso. Un tipo bien vestido se plantó enfrente de ella—. Laburo de secretario en la embajada española —dijo—, y me manda el embajador.

Mila no sabía qué hacer o hacia dónde mirar.

—¿Le envía el embajador? —susurró apenas sin voz.

Y, de repente, Mila se vio escoltada por el secretario y los dos agentes que la llevaban afuera de la terminal.

—La embajada te tiene una habitación reservada en un hotel y te va a ayudar con toda la tramitación para repatriar al español Miguel Cervantes.

—He sufrido un robo —le dijo Mila antes de subirse al auto—. No puedo pagar el hotel.

El hombre de mediana edad la miró con una ligera sonrisa.

—La embajada se hace cargo de todos los gastos, quedate tranquila —le dijo el secretario mientras se sentaba al volante y arrancaba el auto.

Mila tensó los hombros. Todavía seguía enfadada con Dios, pero se dijo que la ayuda que estaba recibiendo podría ser un indicativo de que estaba equivocada. Había llegado a Buenos Aires con buenas intenciones, pero le habían robado el bolso, dejándola asustada y sola. Sin embargo, parecía que las cosas estaban mejorando para ella. Cuando llegaron al hotel Castelar en la Avenida de Mayo, Mila se sorprendió. Era hermoso, elegante y seguro que muy caro. El edificio entero era impresionante.

El tipo, al ver su expresión, le sonrió.

—Es un hotel muy demandado por las personalidades españolas cuando visitan Buenos Aires —le informó el secretario.

Mila se dedicó a observar todo con atención.

—Es muy bonito —dijo.

—Y sí, lo es —respondió el tipo—. Fue construido en 1928 por el famoso arquitecto Mario Palanti. ¿Lo conocés? —Mila negó con la cabeza y el secretario siguió: —Tiene un estilo académico bien marcado y en la planta baja solía funcionar la peña Signo, uno de los lugares preferidos por intelectuales como Oliverio Girondo, Alfonsina Storni y Jorge Luis Borges para sus reuniones y tertulias.

—Suena interesante —respondió Mila, que no sabía qué decir.

—Además, el hotel ha alojado a famosas personalidades de la época, como Federico García Lorca.

Ella no tenía idea de quién era ese tipo. En Argüeso no sabían nada sobre famosos.

—Federico García Lorca se quedó en el Castelar durante más de un año, en la habitación 704.

—¿En serio? —preguntó ella para no parecer maleducada.

—Fue cuando llegó a Buenos Aires para presentar *Bodas de Sangre*, junto a Lola Membrives. —El secretario no le dijo nada más.

Asumía que la mujer conocía a todos y cada de los nombres que le había mencionado.

El botones abrió la puerta y los invitó a entrar. Mila quedó impresionada por el lujo y se sintió incómoda.

—No tendría problema en alojarme en un lugar más sencillo —le dijo al secretario.

El hombre levantó una ceja interrogante, como si no entendiera su comentario.

—Es una invitada de la embajada —respondió un poco brusco.

Mila se quedó parada en medio de la *suite* sin saber qué hacer. El secretario sacó un billete de su cartera y se lo entregó al botones.

—Haré que le envíen la cena a la habitación y espero que descanse esta noche, porque mañana le espera un día ocupado. —Mila sonrió tímidamente.

—Buenas noches, señor... —No conocía el nombre del secretario.

—Gustavo Baura —se presentó. Mila le tendió la mano.

—Gracias, señor Baura.

Capítulo 8

Mila, una mujer sencilla, se encontraba alojada en un lujoso hotel gracias a un regalo de la embajada española en Buenos Aires. A pesar de no estar acostumbrada a ese estilo de vida, apreciaba el afecto recibido por los empleados del hotel al saber que era una madre valiente en busca del cuerpo de su hijo fallecido. Sin embargo, su llegada marcó el comienzo de una ardua batalla para encontrar a Miguel. Si no fuera por el apoyo del embajador, Mila probablemente habría sucumbido ante la confusión de los trámites y normas que no entendía. La nebulosa de confusión se disipó cuando vio al secretario hablando con los funcionarios argentinos y haciendo llamadas mientras el embajador la observaba atentamente.

—¿Entiende, señora Cervantes? —le preguntó de repente.

¿Qué se suponía que debía entender? ¿Que su viaje había sido en vano? ¿Que nadie sabía nada? La perplejidad y la duda se apoderaron de ella.

—Le hablo sobre el accidente aéreo —prosiguió el embajador.

—¿Por qué el cuerpo de mi hijo no está aquí en Buenos Aires? —preguntó con voz débil—. ¿Cómo es posible que ustedes no supieran nada?

Mila recordaba la explicación que el agente de la Guardia Civil le había dado en Argüeso y luego en la comisaría. Le dijeron que tenía que viajar a Buenos Aires para recuperar el cuerpo de su hijo y llevarlo de regreso a España. ¿Qué había cambiado desde entonces?

—Es un poco complicado de explicar —dijo el embajador—. Argentina no tiene jurisdicción sobre Brasil. —Mila lo miró confundida—. Lo que sabemos es que el 29 de abril, el vuelo 202 de Pan Am, un Boeing 377 que iba desde Buenos Aires a Nueva York, nunca llegó a su destino.

Mila ya estaba al tanto de ese desastre. La Benemérita de Argüeso se lo había informado.

—Me dijeron que podría recuperar el cuerpo de mi hijo —casi

sollozó—. ¿Dónde se estrelló el avión? Creía que había sido aquí en Argentina —argumentó ronca.

El embajador, un tipo paciente, se tomó su tiempo para responder.

—Cuando el aparato volaba por Brasil Central, la tripulación contactó por última vez con la torre de control, todo normal. El avión volaba a 4.400 metros de altura, pero después se les perdió el rastro —le explicó con infinita paciencia—. Dos días después de que desapareciera el avión, encontraron los restos en la selva.

—Entonces debo ir a ese lugar —afirmó decidida.

Ella misma buscaría en la selva los restos mortales de su hijo, porque Mila no pensaba regresar con las manos vacías. El avión en el que volaba su hijo se había estrellado el 29 de abril… y estaban a dieciocho de agosto. Habían pasado casi cuatro meses de una lenta agonía que parecía interminable.

—Mi secretario consiguió de los *brasileros* una lista de personas que reclamaron a las víctimas del accidente —le explicó el embajador—. Yo mismo voy a hacer las llamadas correspondientes para averiguar si hay alguna posibilidad de que alguien haya reclamado por error el cuerpo de Miguel Cervantes.

Mila dejó de mirarse el regazo para clavar su bonita mirada de miel en el hombre que estaba tomándose tantas molestias para ayudarla.

—¿Es posible que el cuerpo de mi hijo esté en otro lugar que no sea el del accidente?

El embajador encogió los hombros.

—En la embajada tenemos algunas cosas personales que quizás quieras revisar por si encontrás algo que le pertenecía a Miguel.

Mila se echó a llorar, y lo hizo con angustia, con desesperación. Recuperar el cuerpo de Miguel se había convertido en la única meta de su vida. ¿Qué iba a hacer ahora?

El embajador miró a su secretario que regresaba de hablar con los funcionarios.

—Gracias —le dijo sincera.

—Ahora iremos a la embajada…

***

Mila reconoció la maleta de Miguel enseguida. Era de un oscuro color marrón y tenía tachuelas en las esquinas. Supo que era la maleta de Miguel debido a la cinta trenzada anudada en el asa, que ella

misma le había regalado antes de su viaje. Como nunca había viajado antes, tenía miedo de que le robaran su maleta o la confundieran con otra. Por eso, le regaló la cinta trenzada para que pudiera identificarla fácilmente. Sonrió ante la ironía del destino al darse cuenta de que había cumplido su objetivo.

La maleta estaba llena de rasguños y desconchada en algunas partes, pero aún estaba intacta. Tuvieron que ayudarla a abrirla, debido a que estaba cerrada con llave. Una vez abierta, todo el personal la dejó sola para que pudiera descubrir su contenido en privacidad.

Mila abrió la maleta y reconoció la ropa de su hijo, que estaba cuidadosamente doblada. Sacó las camisas, los pantalones y la ropa interior. Cuando llegó al chaleco de lana oscuro verde que ella misma le había tejido, lo llevó a su rostro y cerró los ojos. ¿Cómo habían recuperado su maleta pero no a su hijo? Tragó con dificultad y limpió las lágrimas de sus ojos antes de continuar sacando objetos del interior. Había un grupo de cartas abiertas atadas con un lazo rosa. También encontró una fotografía de Miguel, que no estaba sólo: a su lado había una hermosa muchacha y, por la forma en que sonreían, supo que significaba mucho para él. Los dos parecían muy felices. Se preguntó quién era esa chica para Miguel y si también había fallecido en el accidente.

«¿Por qué nunca me habló de ella?», se preguntó.

Con dedos temblorosos, tocó un estuche metálico que contenía su maquinilla de afeitar, la brocha y una barrita de jabón que estaba casi gastada. También vio algunas pastillas que parecían ser medicamentos, y luego sus ojos se posaron en un papel que parecía ser un documento.

—¿Terminó, señora Cervantes? —le preguntó el secretario.

Ella se giró sobresaltada.

—Mi hijo guardaba unas cartas —le dijo como si el secretario necesitara esa explicación por su parte.

—Podés llevarte la valija y todo su contenido —le dijo con una sonrisa—, pero tenés que rellenar un informe.

Mila inclinó la cabeza. Ella sólo sabía escribir su nombre y una dirección, no le había dado tiempo a aprender nada más. ¿Cómo iba a conocer el contenido de las cartas que guardaba Miguel en la maleta? ¿Cómo podía rellenar un informe?

«Le pediré a la amable recepcionista del hotel que me las lea y le

pagaré un café como agradecimiento», pensó decidida.

—Ahora, ¿cuál es el siguiente paso? —le preguntó al secretario mientras metía todo de nuevo en la maleta, la cerraba y la agarraba con fuerza para llevarla consigo.

Sólo matándola podrían quitársela.

—La llevo de vuelta al hotel y mañana comenzamos con las llamadas telefónicas.

Por primera vez en meses, Mila soltó un suspiro de alivio. No sabía por qué, pero tener las pertenencias de su hijo le había dado nueva energía para enfrentar cualquier obstáculo que se presentara.

Capítulo 9

La recepcionista fue muy amable con Mila y aceptó leerle las cartas. Mila la invitó a cenar en su habitación, ya que siempre desayunaba y cenaba en el hotel, y se saltaba la comida de medio día porque tenía que hacer muchas gestiones en la embajada y no quería perder tiempo.

—Estoy emocionada de poder ayudarla —le dijo Zuleima Mendoza, que así se llamaba la muchacha.

Aceptó cenar con ella, pero le dijo que lo harían en el restaurante, que ella la invitaba. Mila se negó porque deseaba que le leyera las cartas en la intimidad de la habitación, finalmente Zuleima aceptó. Pidió para las dos una cena ligera, pero típica de la gastronomía argentina, y a Mila le gustaron especialmente las empanadas rellenas de carne.

Conversaron sobre trabajo, viajes, España y Argentina. La recepcionista le explicó la diferencia entre los pesos y las pesetas, aunque Mila no lo entendió muy bien. Cada vez que tenía que pagar algo, le daba un billete al vendedor y aceptaba de buen grado las vueltas. Zuleima le dijo que de ese modo podían timarla, y Mila hizo un gesto de impotencia con los hombros. Le explicó a la muchacha que no sabía leer ni escribir, y Zuleima le propuso enseñarle durante su tiempo libre. Mila le dijo que era imposible que aprendiera en tan poco tiempo, pero la recepcionista siguió insistiendo. Le explicó que primero le enseñaría el abecedario y, cuando hubiera aprendido las letras de memoria, podría formar palabras. Mila no quería decepcionarla porque se consideraba muy torpe, pero no la interrumpió.

Llegó el momento de la lectura de las cartas, y Mila se puso muy nerviosa. Se sentó en el pequeño sofá y Zuleima lo hizo a continuación. Deshizo el lazo que ataba el conjunto de cartas y miró los matasellos para comenzar con la primera.

—¿Vos estás lista? —le preguntó Zuleima.

Mila asintió con la cabeza. Si esas cartas le suministraban información sobre Miguel, estaba más que dispuesta.

La primera carta hablaba sobre los sentimientos que sentía la muchacha sobre Miguel, y que sonrojó a Mila. Zuleima le explicó que, según el remitente, las cartas las enviaba una muchacha de nombre Rachel, y que vivía en California.

Mila seguía callada procesando la información.

—California está en Estados Unidos —le explicó la recepcionista, que siguió leyendo las cartas en orden.

Cuando llegaron a la quinta carta, Zuleima frenó la lectura de golpe. Tuvo que leer varias veces la misma línea porque todo cambió drásticamente. Cuando arrancó de nuevo, Mila se llevó la mano a la boca.

—¿¡Esa muchacha está casada con mi Miguel!? —preguntó elevando la voz.

En la carta le hablaba de lo feliz que se sentía por pertenecerle por completo y que esperaba deseosa su llegada a Estados Unidos.

Mila necesitó unos minutos para comprender que la tal Rachel esperaba a Miguel en California, pero algo no le cuadraba.

—El embajador me dijo que el vuelo que Miguel había tomado iba con destino a Nueva York, no a California.

Mila no sabía dónde quedaba Nueva York o California, pero sabía que eran dos lugares diferentes.

—Supongo que Miguel abordó rumbo a Nueva York porque le resultaría más fácil que ir a California —le explicó Zuleima—. Creo que su intención era tomar otro vuelo en Nueva York con destino a Los Ángeles o San Francisco.

—Entonces hay una muchacha en California que está casada con mi hijo Miguel… —La alegría había opacado la inmensa tristeza que sentía Mila por la muerte de su hijo—. ¡Dios mío! ¡No me lo dijo en las cartas que me escribió!

Mila recordó el documento que había encontrado entre las pertenencias de su hijo, y fue a buscarlo. Lo encontró rápido porque estaba sobre la ropa. Se lo llevó a la recepcionista para que le dijera qué significaba.

—Es un certificado de matrimonio, y se ha celebrado acá en Buenos Aires.

—¿Por qué no me lo dijo? —se preguntó en voz alta.

Luego se echó a llorar. La recepcionista hizo lo que se esperaba de

ella: la abrazó por los hombros y la consoló.

—Quizás lo hizo, pero la carta se perdió en el camino —le dijo con ánimo.

¡Sí! Eso debía de ser. Porque Miguel era un chico responsable, cariñoso, y jamás le ocultaría algo tan importante como su propia boda.

—Dios está siendo bueno conmigo —susurró Mila—. Porque renegué de Él y resulta que me tenía reservadas algunas sorpresas.

Zuleima le sonrió sincera.

—Enhorabuena, Milagros, porque es una excelente noticia en mitad de esta desgracia —y la muchacha lo decía de corazón—. Tenés una nuera en Estados Unidos.

—Pero… pero, ¿cómo haré para encontrarla? —preguntó en voz baja y con la confianza por los suelos.

—Acá en las cartas está la dirección.

Zuleima se las pasó y Mila las agarró con reverencia. Veía todas esas letras y no sabía leerlas.

—No sé cómo lo voy a hacer, porque tengo que recuperar el cuerpo de Miguel, llevarlo a España y después irme a Estados Unidos para conocer a mi nuera.

Se quedó pensando, mirando un punto en la habitación sin fijarse.

—La embajada española te va a dar una mano —le dijo Zuleima—. Vas a ver que vas a poder conocerla y abrazarla.

Mila rompió a llorar de nuevo. Estaba sobrepasada por las emociones tanto de pérdida como de alegría. La recepcionista la acompañó hasta bien entrada la madrugada. Mila le permitió hacer una llamada desde la habitación para hablar con sus padres y decirles que llegaría más tarde porque la estaba acompañando. Y siguieron hablando durante horas sobre la vida, el destino, la fe y las desgracias. Zuleima fue para Mila la hermana que nunca tuvo. Supo decirle las palabras adecuadas para animarla, hacerla reír y Mila se sintió profundamente agradecida. Cuando se despidieron, Mila se alzó para besar a Zuleima en la mejilla.

—Gracias por todo —le dijo emocionada.

***

A la mañana siguiente, Milagros compartió con el secretario del embajador la noticia de que su hijo se había casado y, al hacerlo,

volvió a llorar.

Mila se dijo que nunca dejaría de llorar.

Cuando llegaron a la embajada ubicada en la calle Figueroa Alcorta, Milagros no había dejado de pensar en todo lo que había sucedido después de conocer el contenido de las cartas que Rachel le había enviado a Miguel.

El secretario del embajador la invitó a tomar un café, y Mila aceptó. Mientras sostenía su taza, el hombre le informó sobre las investigaciones que la embajada había realizado sobre el ciudadano español Miguel Cervantes en las últimas horas, y que habían encontrado información bastante inquietante. Mila dejó su taza y se limpió los labios con la servilleta, ya que la expresión del secretario era muy seria. A medida que Mila escuchaba, tuvo que parpadear porque le costaba comprender lo que el hombre le decía. Se sentía como si estuviera en las nubes después de que Zuleima le hubiera leído las cartas de la chica enamorada de Miguel, por lo que le resultaba difícil concentrarse y prestar atención a las palabras del secretario.

—Milagros, ¿entendés lo que te estoy diciendo? —No, ella había escuchado la explicación, pero su estado de ánimo estaba demasiado alterado. Respiró profundamente antes de contestar.

—Hay alguien en Nueva York que reclamó el cuerpo de mi hijo Miguel hace tiempo —repitió con voz muy baja.

El embajador asintió con la cabeza.

—Así es...

—¿Por qué? —gritó espantada.

—Creemos que se trata de un gran error —respondió el embajador.

Mila respiró profundamente y soltó el aire de golpe.

—¿Cuántos hombres de veintitrés años llamados Miguel Cervantes viajaban en ese avión? —preguntó muy alterada.

—Creemos que el error fue cometido por los funcionarios de Brasil.

Esa explicación no la tranquilizó en absoluto.

—Cuando la Benemérita me avisó de la muerte de mi hijo —empezó ella—, me dijeron que la embajada me iba a ayudar con los restos.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —respondió el secretario.

Mila se preguntó dónde estaba el embajador, porque no la había recibido.

—Me dijeron que Argentina estaba custodiando el cuerpo de mi

hijo.

El secretario se veía claramente nervioso.

—Argentina reclamó todos los cuerpos de los fallecidos, tanto argentinos como españoles, en estrecha colaboración con la embajada española.

Mila se preguntaba qué demonios había sucedido entonces.

—Los documentos debieron de mezclarse —le informó el secretario.

—¿Mezclar los documentos? Soy analfabeta, pero no estúpida —respondió la mujer.

El secretario entrecerró los ojos.

—Le recuerdo que la familia de Miguel Cervantes tardó mucho tiempo en responder a nuestros mensajes repetidos.

Mila cerró los ojos, porque esa acusación la implicaba a ella. Cuando recibió la noticia de la muerte de Miguel, Mila deseó morir. Durante semanas, apenas comió, durmió o hizo cualquier cosa, sólo se consumía de dolor. Mila era una mujer ignorante y pobre, y no sabía nada sobre repatriación. Finalmente, recuperándose lo suficiente gracias a la ayuda de la gente de Argüeso, logró reunir el dinero para repatriar a Miguel con la ayuda de Monserrat Raspall, pero había pasado demasiado tiempo, como le recordaba el secretario. Si no hubiera estado sola, algún otro familiar se habría encargado de todo con la embajada mientras ella lidiaba con su duelo de madre.

—Y ahora, ¿qué debo hacer?

El secretario carraspeó y, unos segundos después, le entregó una nota con un nombre y una dirección.

—¿Qué es esto? —preguntó angustiada.

—El nombre y apellido de la persona que reclamó el cuerpo de Miguel Cervantes.

Mila cerró los ojos y apretó los labios.

—No sé leer ni escribir —le dijo angustiada—. ¿Qué puedo hacer?

—En la ciudad de Washington se encuentra la embajada española, pero hay un consulado español en la ciudad de Nueva York —le informó el secretario—. Le facilitaremos el contacto para que la ayuden desde allí.

Mila sintió un leve desánimo, pero se recuperó enseguida. Estaba claro que su odisea no había terminado en Buenos Aires.

—Washington, ¿está cerca de Nueva York? —preguntó.

El vuelo que Miguel había reservado tenía como destino Nueva York, pero la embajada le proporcionaba un nombre y una dirección;

no necesitaba nada más. El secretario inclinó la cabeza.

—La embajada ha recuperado todos los documentos que perdió al llegar a Buenos Aires.

—Me los robaron —corrigió la mujer.

—Hemos acelerado el proceso para que los tenga nuevamente y también hemos obtenido un visado de cortesía para que pueda ingresar a Estados Unidos sin problemas —Mila volvió a respirar profundamente mientras escuchaba—. Tendrá toda nuestra ayuda mientras esté en Estados Unidos.

—¿La embajada allí me ayudará? —preguntó indecisa. El secretario del embajador le sonrió.

—Estamos en contacto con ellos y les hemos transmitido todos los detalles sobre su caso.

Mila soltó un suspiro de alivio. Ya había realizado un viaje largo cruzando un océano para buscar a Miguel, y no tenía intención de detenerse ante nada.

—Está bien, ¿cuándo puedo partir?

—Le facilitaremos un pasaje de avión... —Mila lo interrumpió.

—¡No pienso subirme a un aparato similar al que se estrelló y se llevó la vida de mi hijo! —protestó enérgicamente.

—El avión es mucho más rápido.

Mila no cambiaría de opinión por nada del mundo.

—No pienso viajar en avión —insistió, con la mirada firme. El secretario suspiró largamente.

—El viaje en barco lleva mucho más tiempo, y ahora el tiempo es oro —le recordó con eficiencia.

Mila bajó la mirada y apretó las manos en su regazo. Un avión le había arrebatado la vida a Miguel, y ella no tenía intención de subirse a uno.

—Viajaré de cualquier otra manera, pero no en avión.

Capítulo 10

Rancho Bloomfield, Santa Rosa, California

Rex continuaba absorto en sus pensamientos, recordando su fracasada carrera política. Había sacrificado todo, incluso su ética y principios, en su búsqueda de poder. Pero ahora, de pie frente a esa ventana, se daba cuenta de que todo había sido en vano. Había perdido su camino y su corazón estaba vacío. La vista del cementerio lo llevaba a reflexionar sobre su propia mortalidad y la pérdida de aquellos a quienes había amado. En ese momento, Rex decidió hacer un cambio en su vida y emprender un camino más honesto y auténtico, sobre todo porque se lo debía a alguien.

Soltó un suspiro largo, como si con ese suspiro pudiera liberar la ira y la frustración que aún sentía. Había aceptado una entrevista en su antiguo bufete para hablar de su carrera y su futuro, pero en su interior sabía que nunca volvería a ejercer como fiscal. Su vida ahora se centraba en su rancho, en emitir informes, supervisar la galería de arte fundada por su esposa y tratar de seguir adelante a pesar de todo. Aunque a veces deseaba cerrar los ojos y olvidarlo todo, sabía que tenía una responsabilidad importante que lo obligaba a seguir adelante.

¿Cuándo dejaría de dolerle la pérdida de Rachel? ¡Nunca! Y tampoco había superado la muerte de Ellen.

—Señor Grey —lo llamó Glory, la mujer negra encargada del servicio y cuidado de la casa—. Hay una mujer en la puerta que desea hablar con usted.

Rex se giró hacia la voz de Glory.

—¿Una mujer? —preguntó.

—No es caribeña, ni antillana, ni mulata —informó la mujer—. Diría que es puertorriqueña.

Rex parpadeó confundido.

—¿Ha cruzado una propiedad privada? —su voz mostraba

perplejidad.

—A simple vista, parece que sí —respondió la mujer.

El rancho Bloomfield tenía más de doscientas hectáreas y para llegar a la casa debía superarse una distancia considerable desde el cruce del camino.

—¿Qué querrá de Bloomfield? —se preguntó pensativo—. Despídela —ordenó sin rodeos.

La mujer mayor asintió con la cabeza.

—Amenaza con no marcharse hasta ser atendida, y lo ha dicho en un inglés pésimo.

Rex no tenía tiempo para tonterías, pero algo en la mirada de Glory lo convenció.

—Está bien, me ocuparé de ello.

Salió de su despacho y se dirigió directamente hacia la puerta. Al abrirla, nada lo había preparado para la visión de aquella mujer desaliñada, cansada, con una mirada penetrante en sus hermosos ojos almendrados.

—¿Señor Grey? —le preguntó con un fuerte acento.

—Sí, soy yo —respondió de manera brusca—. Pero le advierto que en Bloomfield no necesitamos más personal de servicio, así que lárguese.

La mujer levantó las cejas, ya que el hombre hablaba rápidamente.

—Estoy buscando a Rachel Grey —dijo lentamente.

Los hombros de Rex se tensaron, entrecerró los ojos y apretó los labios formando una delgada línea. La mujer no parecía mexicana, tenía la piel blanca y el cabello castaño claro.

—¿Qué quiere de Rachel? —le preguntó.

Estaba claro que a la mujer le costaba entenderlo, y eso lo enfureció aún más. La mujer rebuscó en su bolso y sacó una fotografía, tendiéndosela con una sonrisa.

—Rachel y Miguel...

Rex, al ver la foto, hizo algo completamente inesperado. Cerró la puerta del rancho en su cara. Regresó a su despacho, tomó el teléfono y habló directamente con el *sheriff*. El timbre sonó de manera insistente y Rex ordenó a todo el personal que no abrieran la puerta bajo ninguna circunstancia. Minutos después, salió por la parte trasera del rancho y subió a su camioneta, alejándose del lugar como alma que lleva el diablo. La llegada de aquella extranjera lo había alterado mucho, pero tenía que atar algunos cabos antes de volver a

encontrarse con ella.

***

Mila no podía creer la grosería de aquel hombre. Había pasado semanas viajando, lidiando con un nuevo idioma, enfrentándose a la burocracia extranjera y actitudes intimidantes. Estaba cansada, agotada y harta, pero finalmente había encontrado a la familia Grey. Ahora necesitaba hablar con Rachel, explicarle quién era, pero, antes de que pudiera hacerlo, le habían cerrado la puerta en la cara. Continuó tocando el timbre de forma insistente, pero nadie respondió, así que decidió sentarse en los escalones y esperar. Media hora después, dos hombres grandes como armarios la agarraron de ambos brazos y la sacaron de la propiedad. Mila luchó con todas sus fuerzas, pero la arrastraron hasta el cruce del camino y la arrojaron a la carretera. No había ninguna otra casa en millas a la redonda. Se había mostrado demasiado confiada y estúpida al despedir al taxista que la había llevado al rancho Bloomfield. Sus pertenencias seguían en un motel en Santa Rosa, pero la distancia hasta allí era considerable.

De repente, sintió desesperanza. «¿Y ahora qué hago?», se preguntó ofendida por la conducta del tal Grey. Sólo le había mostrado la foto de Miguel y Rachel, y se había enfurecido.

Mientras observaba la larga y solitaria carretera, Mila reflexionaba sobre su viaje. Le había llevado varios días llegar a Nueva York y, cuando lo hizo, la casa en la dirección que le habían dado en la embajada estaba cerrada. Por recomendación del consulado, había pasado varios días en la ciudad mientras ellos investigaban en su nombre. Solitaria, desesperada y llena de frustración, Mila se dedicó a memorizar palabras en inglés del libro que le había regalado Zuleima Mendoza. Cada palabra iba acompañada de una ilustración, lo que le permitía memorizarlas, aunque no sabía cómo pronunciarlas. Durante el viaje, había estado atenta a las conversaciones de las personas a bordo del barco con destino a Nueva York y había entablado amistad con dos hermanos que, como ella, viajaban solos por ser huérfanos. Quizás ese detalle fue lo que la motivó a congeniar con ellos. La hermana mayor debía de tener unos dieciocho años y el hermano menor unos catorce. Iban a Dallas para vivir con unos tíos paternos. Cuando Melany Sullivan conoció la historia de Mila, se compadeció y Mila agradeció sinceramente poder conversar en español con una

chica nacida en Argentina, pero de padre estadounidense. Sobre todo, le agradeció por enseñarle a defenderse en inglés.

Mila volvió a mirar hacia el rancho y decidió intentarlo de nuevo. No había cruzado un océano para rendirse en ese momento, pero antes de dar el primer paso, vio que un coche se acercaba. Tenía luces en el techo y supo que era un coche de Policía porque había visto muchos en Nueva York. Sonrió pensando que podrían ayudarla y esperó hasta que el coche llegó donde estaba parada.

El policía se detuvo y bajó la ventanilla para preguntarle si necesitaba ayuda. Mila se acercó y le explicó su situación con el rancho cerrado y su búsqueda de información sobre su hijo.

El *sheriff* salió del auto y se acomodó mejor el sombrero. Su compañero permaneció en el interior. Le pidió su nombre y documentación, y Mila abrió el bolso y se lo mostró. El policía se dirigió hacia el coche y habló con su compañero. Mila apenas comprendía una tercera parte de la conversación. Hablaban muy despacio para poder comunicarse con ella, pero los estadounidenses hablaban aún más rápido que los españoles.

—Acompáñenos —le dijo el *sheriff*.

Mila sonrió de oreja a oreja mientras el compañero salía del vehículo y se acercaba a ella. Realmente creía que venían a ayudarla.

—¿Habla mi idioma? —le preguntó.

—Ha invadido una propiedad privada —le dijo el agente en inglés — y por eso tenemos que detenerla.

El hombre comenzó a leerle sus derechos mientras el otro le colocaba las manos detrás de la espalda y le ponía las esposas.

Si la hubieran pinchado, a Mila no le habría salido ni una gota de sangre.

—¿Qué es esto? —protestó—. No he hecho nada malo.

—Ha invadido una propiedad privada —le recordó el *sheriff*.

Mila fue empujada hacia la parte trasera del vehículo policial sin poder defenderse. El agente puso la mano en su cabeza para introducirla dentro.

—¡No he hecho nada malo! —protestó por segunda vez, pero con más vehemencia.

Los policías la ignoraron por completo. Se sentaron en sus respectivos asientos, pusieron el coche en marcha y abandonaron el rancho Bloomfield.

Mila sólo tenía derecho a hacer una llamada, pero el único número que tenía en su bolso era el de la pensión de Lola en Argüeso. También tenía los números de teléfono de Melany Sullivan y el secretario del embajador de Buenos Aires, pero los había dejado en el libro de inglés regalado por Zuleima Mendoza y no los había llevado consigo.

Había pasado una larga noche encerrada en una celda. Aunque estaba limpia y el estrecho catre era más cómodo que su vieja cama en Argüeso, estar encerrada detrás de barrotes de hierro resultaba aterrador. La celda estaba alejada del resto del edificio, por lo que no podía escuchar lo que sucedía afuera. Al menos, estaba sola en la celda; no quería ni imaginar estar acompañada por criminales. La puerta se abrió y un policía la miró con desprecio, seguido de un hombre de mediana edad que guardaba algo en su cartera, y otro más joven que se dirigió a ella.

—¿Milagros Cervantes? —le preguntó en español—. Soy el traductor de su abogado, el señor Michael Owen.

El hombre joven, que parecía estudiante, le explicó los cargos que se habían presentado en su contra. A continuación, Mila comenzó a explicarle el motivo de su llegada al rancho Bloomfield y el trato injusto que le había dado el propietario. El abogado, un hombre de aspecto delgado y con cara de hastío, habló al traductor para que le informara a ella. Estaba claro que no hablaba español o que no le interesaba hacerlo.

El abogado le dijo que tenía derecho a un abogado defensor y que podía llamar a alguien para que la ayudara. Mila le preguntó sobre el número de teléfono de la hospedería de Lola en Argüeso, pero el abogado le informó que ese número no se encontraba en el registro de la Policía. Mila se sintió sola y desesperada, pero sabía que debía mantener la calma y encontrar una solución.

—El señor Rex Grey ha presentado una denuncia por allanamiento de morada e intento de robo con violencia.

Un segundo después, el joven le explicó que si el señor Grey le hubiese disparado por cruzar su propiedad, se consideraría defensa propia. A ella le había quedado claro que, si la mataran, nadie haría preguntas al respecto.

—¿Puede dispararme y ya está? —preguntó espantada—, ¿aunque

sólo haya pretendido hablar con Rachel Grey?

El abogado continuó hablándole al traductor como si la cosa no fuera con ella.

—Perdone... —lo interrumpió—. ¡PERDONE! —alzó la voz.

El abogado la miró al fin con desagrado en los ojos. Mila se dio cuenta de que era el perfecto prototipo de hombre americano: piel blanca, cabello rubio, ojos azules. Se había topado con cientos desde su llegada a suelo estadounidense. Además, el abogado tenía una actitud despectiva hacia ella y no parecía creer en su historia. Mila se sintió intimidada, pero decidió mantener la calma y seguir explicándose. Sin embargo, el abogado parecía no estar interesado en escucharla y la interrumpió con un gesto de la mano. Le dijo que no había pruebas suficientes para justificar su presencia en el rancho Bloomfield y que se consideraba una intrusa en el país. Mila sabía que tenía razón, pero no podía darse por vencida. Debía encontrar una forma de demostrar su inocencia.

—Tengo derecho a saber por qué la familia Grey reclamó los restos mortales de mi hijo —parafraseó lentamente— e ignoraba que llamar a una puerta se consideraba allanamiento... allanamiento de lo que sea.

El joven tradujo sus palabras y a continuación las del abogado. El policía seguía con los brazos cruzados y una expresión aburrida en el rostro.

—No, no tiene ningún derecho aquí —respondió el traductor. Mila apretó los labios porque se sentía perdida en ese mundo—. Tendrá que hacerse cargo de la fianza para salir y no podrá marcharse de Santa Rosa hasta que haya concluido el juicio.

¿La iban a llevar a juicio? ¿Por llamar a una puerta? ¡Debían de estar locos!

—No tengo muy claro si este abogado me representa, o más bien representa al señor Grey —farfulló ofendida.

—No ha presentado abogado, señora Cervantes; por eso el pueblo de Santa Rosa le ha proporcionado uno.

Mila resopló. En el pasado, se habría echado a llorar, pero ya no era la misma mujer de antaño. Desde su salida de Argüeso le habían sucedido infinidad de cosas que le habían abierto los ojos. Ella siempre había creído que las personas eran todas buenas, pero ahora pensaba que muchas eran medio malas.

—Sólo deseo saber dónde están los restos mortales de mi hijo y

hablar con Rachel Grey —afirmó rotunda—. Y seguiré insistiendo hasta que me lo permitan.

El traductor habló con el letrado, quien le respondió con interés.

—Tendrá que contratar a un abogado para que la represente —le dijo el traductor, trabándose en una palabra—. Pero debo informarle que los abogados aquí suelen tener tarifas elevadas.

Mila se acomodó el castaño cabello detrás de las orejas.

—Entonces, contrataré a un abogado —aceptó sumisamente.

El abogado asintió con la cabeza al guardia y se giró para marcharse.

—Imagino lo asustada que debe de estar —le dijo el joven, que no se había ido con el abogado.

—No hablo inglés, sólo me defiendo un poco...

Entonces, Mila le contó al joven estudiante el motivo por el que había llamado a la puerta del rancho Bloomfield. Le habló de su hijo Miguel, del accidente de avión y de su odisea para llegar hasta Santa Rosa. El joven la escuchó con admiración.

—Cuando salga de la comisaría —le dijo muy serio—, contrate los servicios del bufete de abogados Anderson&Spencer —le aconsejó el estudiante.

Mila se quedó pensativa.

—¿Eres abogado? —el joven negó—. ¿Son buenos?

—Para enfrentarse al fiscal Rex Grey necesitará a los mejores, y ese bufete es el único que defiende a extranjeros.

Mila no pudo responder porque el abogado entró de nuevo seguido por el policía. Le habló al traductor mientras el guardia abría la puerta para dejarla en libertad.

Capítulo 11

Bufete de abogados Howard&McCoy, San Francisco

Rex estaba impaciente. La llegada de la extranjera había causado un desastroso caos en su vida. Después de su primera detención, hubo una segunda, y esta vez pasó tres noches encerrada. Sin embargo, la mujer no abandonaba su determinación de hablar con él, a lo que Rex se negaba. Había dado órdenes claras de que no le abrieran la puerta ni hablaran con ella, y ya no llamó a la Policía. Seis semanas después, recibió una citación del bufete de abogados Anderson&Spencer, que la representaba.

—Gracias por venir tan rápido —le dijo a Billy Howard, quien antaño había sido uno de sus jefes.

Billy Howard tomó asiento en la cabecera de la larga mesa. Un minuto después, David McCoy, el otro socio, entró a la sala de reuniones.

—El asunto parece complicado —dijo David, un hombre cercano a la jubilación, sin mirarlo a él, sino a unos papeles enviados por la embajada española en Washington.

—No, no lo es —afirmó Rex, cruzando una pierna sobre la otra en actitud defensiva—. Es una hispana loca que amenaza mi seguridad y la de mi casa.

Billy Howard soltó un suspiro largo.

—Es una madre europea que ha llegado a Estados Unidos para repatriar los restos mortales de su hijo fallecido en un accidente de avión en Brasil —respondió el abogado seriamente.

Rex soltó otro suspiro largo. ¡Joder, cómo se había complicado todo!

—Los restos mortales de un ciudadano europeo —le recordó el otro —, y según lo que acabamos de saber, era el esposo de tu hija — añadió David McCoy en un tono bajo.

En el despacho se produjo un largo silencio.

—Fue un matrimonio breve —reveló Rex—. Mi hija tenía intenciones de solicitar el divorcio.

Los dos abogados lo miraron como si hubiera perdido el norte.

—Si ese es tu principal argumento —apuntó David McCoy—, me temo que no tendremos nada que defender.

Rex resopló de una forma poco elegante.

—¿Qué pasó por tu cabeza para reclamar el cuerpo de tu yerno y traerlo a Estados Unidos? —le preguntó Howard directamente—. Pasaste por encima de su familia, que tiene derechos de sangre.

Rex apretó los labios formando una fina línea. Rachel le había pedido permiso para viajar con su compañía de cine a Charlotte Amalie, la ciudad más grande de las Islas Vírgenes, ubicada en el sur de la isla de Santo Tomás. Desde niña, su pasión era actuar y soñaba con convertirse en una famosa actriz, como Rachel Garland o Elizabeth Taylor. Él había resistido inicialmente ese viaje, pero finalmente cedió cuando su hermana Emma le hizo ver que sería beneficioso para Rachel, ya que necesitaba independizarse. En un principio, el viaje iba a ser sólo por tres semanas, pero se extendió a cinco meses cuando Rachel decidió acompañar al grupo a Argentina para filmar escenas en el Macizo de los Siete Colores.

Cuando Rachel regresó, ya no era la misma. Le habló de un joven europeo que conoció en Buenos Aires y que lo había invitado a visitarlo en Nueva York. Rex no quería saber nada de eso, ya que Rachel sólo tenía 22 años y era demasiado joven para complicarse la vida, especialmente con un extranjero. Padre e hija tuvieron un enfrentamiento que terminó en una fuerte discusión. Dos días después, Rachel tomó un vuelo de regreso a Argentina y Rex no la volvió a ver hasta ocho meses después, cuando descubrió que se había casado con un desconocido.

Para Rex, fue un duro golpe, ya que esa decisión los distanció de forma irreversible.

—Para mi sorpresa, la embajada estadounidense en Buenos Aires se puso en contacto conmigo —les reveló a los dos abogados—. Mi hija se había casado allí con un extranjero llamado Miguel Cervantes, y por eso me informaron de su muerte.

Rex no conocía al individuo en cuestión porque se había negado a tener cualquier tipo de contacto con él, pero Rachel no se dio por vencida. Insistió tanto y de tal manera que él no tuvo más remedio que aceptar, ya que Rachel amenazó con marcharse a Argentina y no

regresar nunca. Rex tuvo que ceder, y entonces Rachel falleció y él creyó que no tendría que conocer a ese individuo, y por eso sintió un cierto alivio porque pensó que así terminarían sus problemas con el maldito extranjero. Rex sólo quería llorar la muerte de su hija, pero semanas después, el hombre le informó que tenía planeado viajar a Estados Unidos y él conocía el motivo. Miguel Cervantes, el desconocido que había cautivado a Rachel hasta el punto de obligarla a casarse con él, había abordado un avión que se estrelló en la selva.

—Como nadie reclamaba el cuerpo... —dejó la frase inconclusa en el aire.

Los dos abogados lo observaron perplejos.

—¿Nadie había reclamado el cuerpo del fallecido Miguel Cervantes? —Rex asintió con la cabeza—. ¿En todos estos meses?

Rex se arrepentía de muchas cosas en su vida, especialmente de su intransigencia con Rachel, pero no retrocedió en su postura, y por eso el destino lo golpeó con el peor revés que un padre puede sufrir: la muerte de un hijo.

—En realidad, no sentía ninguna simpatía por el individuo —afirmó con sequedad—, pero a Rachel no le habría gustado que su cuerpo se descompusiera en la selva.

—Y por eso lo trajiste a Bloomfield —señaló Billy Howard.

Los labios de Rex seguían apretados en una línea tensa.

—Acepté la repatriación cuando recibí el quinto mensaje de las autoridades brasileñas —añadió con la mirada perdida—. Pensé que enterrarlo junto a Rachel sería lo más apropiado, dadas las circunstancias.

—Hay que hacer los preparativos para que la madre pueda llevarse los restos de su hijo.

A Rex le importaba poco todo ese asunto. Había cometido un error, pero lo había hecho por Rachel y porque nadie había reclamado el cadáver.

—Pero tendrás que retirar la denuncia en su contra.

Rex levantó las cejas en un arco perfecto.

—Ella invadió una propiedad privada, la mía, y eso es algo que no toleraré. —Los dos abogados lo miraron atentamente.

—Si este asunto se vuelve público, la reclamación puede complicarse.

—No me importa —afirmó Rex—. Arreglad las cosas para que todo esto termine lo antes posible.

David McCoy se levantó del sillón y le entregó una petición de los otros abogados.

—Tiene derecho a saber dónde está enterrado su hijo.

—¡No! —afirmó rotundamente—. Esa mujer no volverá a poner un pie en Bloomfield.

—No es una petición, es una orden —le informó McCoy—. El juez Griffith la ha firmado.

Rex apretó los labios con ira. Pensaba que, si mantenía a esa mujer alejada, su vida podría transcurrir sin sobresaltos, porque tenía mucho que perder.

Billy Howard entrecerró los ojos mientras miraba a Rex Grey. Su comportamiento rozaba el fanatismo. Simplemente debía permitir que la mujer visitara la tumba de su hijo y luego se iría. Ellos se encargarían de todo el papeleo para que pudiera llevarse los restos mortales a Europa.

—Debemos preparar mi defensa —afirmó Rex, levantándose.

Los dos abogados se miraron al unísono.

—¿No has escuchado nada de lo que te hemos dicho?

¡Por supuesto que lo había escuchado! Pero Rex Grey había sido el fiscal más duro y tenaz de San Francisco y no permitiría que una desconocida le hiciera frente. La aplastaría como a un insecto en la pared.

—Me importa una mierda vuestras deducciones —les dijo a ambos —. No voy a permitir que esa mujer ponga un pie nuevamente en Bloomfield…

Capítulo 12

Comparado con Nueva York, el pueblo de Santa Rosa le gustaba mucho.

Al verlo por primera vez, experimentó una sensación de serenidad porque la ciudad, ubicada en el condado de Sonoma, reflejaba un ambiente tranquilo y apacible para esa época del año. La ciudad estaba rodeada de hermosos paisajes naturales: colinas ondulantes y extensos viñedos; Mila nunca había visto parras, pero logró conectar con la naturaleza del lugar y, en cierta forma, le recordó al ambiente rural de Argüeso. Pero Milagros ignoraba que Santa Rosa era una comunidad cercana donde los vecinos se conocían entre sí y existía entre ellos un sentido de pertenencia. También que veían a los extranjeros como un peligro para sus apacibles vidas.

Ella, que provenía de una aldea, al ver la ciudad de Nueva York por primera vez tuvo una abrumadora sensación de asombro y miedo. El contraste entre la pequeña aldea rural y la inmensa metrópolis le resultó inquietante. Cuando desembarcó en Nueva York, se encontró rodeada de enormes rascacielos que se alzaban hacia el cielo creando un horizonte impresionante. Las calles estaban repletas de multitudes de personas de diferentes culturas, el bullicio constante de los automóviles y el sonido de los cláxones que llenaban el aire la agobiaron muchísimo. Milagros se había sentido pequeña e insignificante en medio de esa gran urbe.

Por eso prefería Santa Rosa.

El ambiente de la habitación de motel que había alquilado era peculiar, con un baño espacioso, cama con dosel y un gran estacionamiento para los vehículos. Debido a su precio razonable, decidió quedarse allí hasta que encontrara un apartamento más adecuado y asequible a su bolsillo. Sabía que le tomaría un tiempo, pero la ubicación cerca de un parque y las agradables vistas lo convertían en una buena opción temporal.

Estados Unidos era un lugar nuevo y diferente para Mila. Se

sorprendió por la cantidad de vehículos grandes en las carreteras. En realidad, todo parecía ser más grande y llamativo en Estados Unidos. Mila dejó su bolso en la cama y se acercó a la ventana para mirar afuera. Durante unos minutos reflexionó sobre su viaje.

Nueva York no le gustó en absoluto, le pareció un caos. Había demasiados coches en las calles y la cantidad de gente que iba a lo suyo sin preocuparse por nadie más la asustaba. Pasó unos días muy difíciles porque no entendía el idioma, y lidiar con la burocracia exasperante podría haber agotado la paciencia de cualquiera. Por eso decidió aprender inglés y escribirlo correctamente. Ya no se enfrentaría a la situación de rellenar documentos sin conocer su contenido. Durante las semanas de espera en Nueva York, estudió mucho para memorizar palabras, conjugar oraciones y al menos ahora podía comunicarse en inglés. Aprendió la palabra «gringo» en Buenos Aires, y supo que era una forma poco amable de referirse a ellos, aunque ahora que los conocía mejor, podía entender a aquellos que se sentía infravalorados.

Mila había sentido muchas veces ganas de abandonarlo todo. Cada vez que creía superar un obstáculo, aparecían otros diez y su ánimo se desvanecía. Sin embargo, en su difícil camino, encontró personas maravillosas. Si no fuera por la ayuda desinteresada de desconocidos, no podría haber superado las dificultades. Aún recibía dinero de España y Argentina gracias a la generosidad de estas personas, lo cual le permitió contactar con un bufete de abogados para recibir ayuda. Ahora tenía dinero disponible gracias a la apertura de una cuenta bancaria en Santa Rosa. Pudo alquilar una habitación y prepararse para la batalla legal que se avecinaba.

Rex Grey era el hombre más despiadado que Mila había conocido. La había denunciado y enviado a la cárcel en dos ocasiones y se negaba rotundamente a permitirle hablar con su hija Rachel. Pero lo más doloroso para ella era que se negaba a revelar dónde estaba enterrado su hijo Miguel. Estaba segura de que Rachel había reclamado el cuerpo y consideraba inhumano que no le permitieran ofrecer una oración o encender una vela por su descanso.

Dejó la ventana y se dirigió al baño, pero decidió detenerse ante el televisor y encenderlo. Para ella, que tenía poca educación y habilidades de lectura limitadas, ver ese aparato de televisión era algo casi mágico. Había visto televisión por primera vez en Buenos Aires, ya que incluso la hospedería de Lola no podía permitirse tener uno de

esos dispositivos.

«Parece ser el mejor invento para alguien que se siente en soledad», pensó con optimismo. Reflexionó sobre cómo las vidas de Tomasa y Celestina podrían cambiar con un dispositivo como ese. Pasaba horas escuchando conversaciones en inglés en la televisión para aprender a pronunciar el idioma, pero a veces se sentía cansada, frustrada y abrumada. Sin embargo, estos sentimientos no la harían renunciar a su objetivo que la había llevado a tierras lejanas. «Me reconforta saber que hay alguien más que ama a Miguel como yo», se animó a sí misma pensando en Rachel. «Debo contactarla a toda costa».

Esa chica estadounidense estuvo con Miguel en sus últimos días y Mila necesitaba conocer sus últimos pensamientos. Haría lo que fuera necesario, incluso enfrentarse al padre de la chica, para obtener esta información. A una madre no se le debe negar el derecho de llorar y rezar ante la tumba de su hijo.

El bufete de abogados que representaba a Mila absorbía casi todo el dinero que recibía tanto de España como de Argentina. Mila decidió buscar trabajo como empleada doméstica, ya que conocía un poco el idioma y podía defenderse. Se preguntó cómo conseguir empleo en ese país y decidió hacer una pregunta en la recepción, ya que había una mujer de su edad que no parecía mirarla con desinterés.

¿Por qué la mayoría de los estadounidenses miraban con tanto desagrado a aquellos que no eran como ellos? No lo sabía, pero tampoco tenía el deseo de descubrirlo. Mila decidió darse una ducha con agua caliente, lo cual era lo mejor de su viaje: siempre podía bañarse o ducharse con agua caliente.

Pensó en Argüeso y sus ojos se llenaron de lágrimas. Todo lo que conocía parecía tan lejano, pero su viaje a Estados Unidos tenía un propósito y no descansaría hasta cumplirlo.

***

La mujer de la recepción no la entendía. Mila se esforzaba, pero sólo lograba que alzara los hombros en un gesto de indiferencia.

En Santa Rosa, Mila aprendió el significado de la paciencia, especialmente cuando se trataba de abogados, litigios y sentencias. Sonrió amargamente. Estaba aprendiendo rápidamente muchas palabras que antes eran incomprensibles para ella.

Decidió salir al exterior y dar un paseo. El motel estaba en las

afueras del pueblo, pero a ella no le importaba caminar. Había visto una iglesia pequeña muy cerca de la oficina bancaria donde el bufete de abogados le había abierto una cuenta y arreglado todos los trámites para que le llegara el dinero, y se dirigió hacia allí.

Durante sus semanas en Santa Rosa, Mila había descubierto que el año 1952 estaba marcado por grandes cambios para los estadounidenses. Era consciente de la prosperidad económica que vivían, en parte debido a la presencia de un televisor y una radio en cada hogar o negocio, y al hecho de que constantemente se oía la música del famoso cantante Elvis. A pesar de que al principio le resultaba extraña, terminó disfrutando del *rock and roll* al escucharlo con frecuencia, pero prefería la música *country*, ya que le parecía más divertida. También se sorprendió al ver tantos automóviles, parecidos a barcos, en ciudades como Nueva York y San Francisco, y podría jurar que cada hombre tenía su propio vehículo.

Al llegar al cruce, miró la cafetería, que estaba vacía. Ya la había visto en otras ocasiones. Estaba situada en un lugar privilegiado debido a su amplio estacionamiento y su cercanía a la comisaría de Policía y a un centro médico. En los alrededores también había un gran supermercado, una gasolinera y varios comercios pequeños. Mila se preguntó por qué siempre estaba vacía.

Decidió tomarse un café y cruzó la larga y ancha carretera para llegar. Empujó la puerta y el interior le dio la bienvenida con un olor a moqueta mojada y agua estancada. Ahora tenía más claro el motivo por el que no había ningún cliente.

El hombre tras la barra la miró con cara de pocos amigos, pero, al observarlo detenidamente, se dio cuenta de que no era el típico hombre blanco.

—Un café, por favor —le pidió con amabilidad.

En Argentina había aprendido a tomar café y hierba mate. El hombre la miró atento y se dispuso a servirle el café que le había pedido.

Al tomar el primer sorbo, Mila hizo una mueca. Estaba malo y amargaba, y se preguntó cuánto tiempo estaría el oscuro líquido dentro de la jarra de cristal. Sentada tras la barra se dedicó a observar al dueño con atención. Tenía el cabello negro liso, los ojos oscuros y la nariz muy ancha. No era muy alto, y era de complexión gruesa. La mujer se preguntó de qué parte de Estados Unidos sería.

Le preguntó si hablaba español y el hombre hizo una mueca al

escucharla. Se acercó a ella y le sonrió. Mila parpadeó por la sorpresa. Ya no parecía un hombre enfadado sino todo lo contrario.

—Órale —la saludó—. Pos clarito que hablo español.

Y en los siguientes minutos comenzaron una conversación que Mila entendió a medias. El hombre le dijo que se llamaba Rodolfo Cuarón y que había llegado a Santa Rosa desde Veracruz, México. Estaba casado y tenía dos chavitos. Rodolfo también le explicó que le había puesto al local el nombre de Cruz Coffee en honor a su tierra, Veracruz.

Mila lo escuchaba atenta y se espantó cuando el dueño de la cafetería le contó que no tenía clientes porque era chicano, y los chicanos la batallaban mucho en San Francisco. También le informó que iba a cerrar el negocio porque no podía con los pagos del alquiler, y que prácticamente se había chingado todo el dinero que pudo sacar vendiendo la casa de sus jefes en Veracruz.

—Esta bronca me tiene hasta la madre —le soltó el hombre al final.

Mila soltó un suspiro largo porque sólo había entendido la mitad de lo que le había dicho.

—Ándale, ¿y usted qué hace por acá, güerita? —le preguntó.

Mila dejó la taza de café que se le había enfriado y comenzó a explicarle el periplo de su viaje, primero a Argentina y después a Estados Unidos.

—Y por eso estoy aquí, para llevarme los restos mortales de mi hijo de regreso a España —concluyó.

El hombre parpadeó sorprendido.

—¡No mames! —exclamó sin quitarle los ojos de encima—. Por eso te ves tan apachurrada —afirmó rotundo.

Mila aprovechó el momento para preguntarle si conocía a alguien que necesitara una sirvienta porque estaba buscando trabajo. El dueño de la cafetería se quedó un rato largo observándola atentamente. La mujer era guapa, todavía joven, y parecía dispuesta.

—¿Sabes guisar? —le preguntó.

Mila hizo un gesto afirmativo y le explicó el trabajo que había realizado en la hospedería de Argüeso.

—Órale pues. Necesito una cocinera echada *pa'* adelante, aunque el billete no sea mucho, y ya sabes por qué.

Mila le preguntó cuánto estaba dispuesto a pagarle, aunque no pensaba rechazar la primera oferta de trabajo que le hacían porque la necesitaba.

—¿Cuándo desea que empiece? —le preguntó ella.

El hombre le dijo que se encontraran el viernes porque empezaba el fin de semana. Mila aceptó y sacó dinero para pagarle, pero él lo rechazó, invitándola. Le explicó que se alojaba en el motel Shasta Lodge, por si necesitaba contactar con ella antes del viernes. Se bajó del taburete, se despidió y salió de la cafetería con una sonrisa en los labios y una mente menos confundida. Había conseguido un trabajo como cocinera en una cafetería que no era muy concurrida, pero todo podía cambiar.

Capítulo 13

Su primer día de trabajo como jefa de cocina en Cruz Coffee fue un desastre. No sabía cómo cocinar *pancakes* ni *baked beans* con tomate, y los únicos clientes de esa mañana habían sido dos viajeros de paso en Santa Rosa rumbo a San Francisco.

Mila observó atentamente la pequeña cocina abierta y se descorazonó. Todo estaba muy viejo y sucio, por lo que dedicó el resto de la mañana a limpiar a fondo cada rincón y utensilio de la cocina. Pero el segundo día no fue mejor, ya que no entró ningún cliente. Mila supo que tenían que cambiar algunas cosas. Al tercer día, hizo al dueño del café una lista de las cosas que necesitaba.

Rodolfo la miró con los ojos entrecerrados.

—Necesito los ingredientes para amasar pan para el desayuno.

—Aquí servimos *pancakes*, o gorditas como le decimos nosotros —protestó el dueño.

Mila soltó un suspiro largo.

—¿Y cuántos *pancakes* ha servido hoy? —le preguntó sarcástica—. Vamos a ofrecer un buen desayuno.

El hombre seguía mirando la lista que ella le había dado.

—Jínjoles, aquí no hay longanizas ni tocino —argumentó el hombre—. Ni jamón, ni nada de eso.

Mila lo sabía pues había visitado el supermercado varias veces.

—Hay carne, y he visto que hay paprika, ignoraba lo que era hasta que lo olí, y con eso puedo hacer chorizo fresco. —El hombre parpadeó—. Voy a preparar los platos que conozco, como asados, estofados, etc.

—¿Y quién se los va a tragar? —preguntó molesto.

—Ofreceremos el café gratis —le informó ella.

—¡Nomás, el café ya es gratis! —respondió enérgico.

—Eso que sirve no es café —lo contradijo ella—, y necesito algunos utensilios más.

Rodolfo chasqueó la lengua, pero aceptó.

—¿Y cómo chingados vamos a atraer clientes?

Mila estuvo toda la noche dándole vueltas a la cabeza para encontrar una manera de atraer clientes, y sólo se le ocurrió una idea.

—Voy a hacer unos cupones de descuento que repartiré en la jefatura de Policía y en la fábrica de refrescos. —Rodolfo la miró como si estuviera loca—. Vengo de un lugar donde un cupón de descuento se aprecia mucho.

—Eso es pura mamada —le dijo—. Además, estoy bien jodido de lana —protestó desesperado.

Mila le sonrió.

—Vamos a intentar cambiar esa circunstancia.

Mila no se fue al motel, se quedó hasta altas horas de la noche cocinando rosquillas de vino, croquetas de pollo y empanadas rellenas. Escogió algunos recipientes cerrados para poder transportar la comida cocinada con comodidad.

—¡Huele bien chingón! —dijo Rodolfo oliendo el aire de la cocina.

Mila le ofreció una croqueta de pollo dorada y esperó. Cuando el hombre mordió la mitad, la miró con asombro.

—Está bien chida…

—Necesito que me acompañes a la comisaría —le pidió—. Voy a repartir la comida entre los agentes que están de guardia esta noche.

—Ahí es donde empiezan los pedos problemas —ironizó Rodolfo.

Mila pensó que podría ser probable, pero recordó cuando Lola abrió la hospedería e hizo lo mismo que ella planeaba hacer. El negocio de Lola prosperó porque la gente pudo probar la comida. Tenía un presentimiento y decidió seguirlo. Si no conseguían nada, tampoco perderían mucho, ya que de todas formas no tenían clientes.

—Y mañana haré lo mismo con los trabajadores de la fábrica de refrescos.

***

Mila estaba exhausta después de limpiar la cafetería, su espalda le dolía. A pesar de ofrecer incentivos a los policías, éstos no iban a Cruz Coffee. Mila desconocía la razón, pero sospechaba que podría ser debido a que el negocio lo regentaba un mexicano. Sin embargo, en la fábrica de refrescos encontró más éxito, ya que había emigrantes de diversos orígenes. Cerca de allí conoció a un anciano negro que tocaba la trompeta en un parque a cambio de monedas. Mila tuvo una

brillante idea: le ofrecería comida a cambio de que tocara en la cafetería y así atraer a clientes negros.

Rodolfo se mostró reacio a la idea, pero Mila insistió. Finalmente, Rodolfo le dio una explicación sobre las diferencias sociales en Estados Unidos: los negros e hispanos no frecuentaban los mismos lugares que los blancos y él quería que su negocio atrajera principalmente a blancos, porque tenían más dinero. Mila se sintió triste al darse cuenta de las divisiones sociales y culturales de forma tan clara.

—Entonces, ¿sin en Cruz Coffee entran clientes blancos no pueden entrar clientes negros?

Rodolfo le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Mila se quedó pensativa.

—¿No tenéis zambitos en la madre? —le preguntó sarcástico.

Mila hizo un gesto negativo con la cabeza. Ella ya sabía que los mexicanos también se referían España como la madre patria o la madre, algo que le causaba sorpresa como le sucedió a su llegada a Argentina.

—En Argüeso, no —respondió queda—. Sólo los he visto en Nueva York y aquí en Santa Rosa—. Rodolfo la miró estupefacto—. ¿Ha visitado España alguna vez?

El hombre negó, pero ya no dijo nada más. Se giró hacia la barra y la dejó plantada. Y Mila se dedicó a cocinar lo mejor que sabía mientras seguía pensando en la conversación que había mantenido con Rodolfo. Ella no tenía una opinión propia sobre lo hablado, pero sentía que tenía que informarse mejor.

—¿Dónde trabajan las mujeres negras? —le preguntó dándole la espalda para doblar los paños con los que secaba los vasos de cristal —. Porque veo muy temprano en la mañana a mujeres con uniforme en la parada del autobús.

Mila estaba cocinando un estofado de ternera que olía realmente bien.

—Las mujeres zambo se dedican a criar, cuidar y educar a los hijos de las güeritas.

Esa respuesta la pilló por sorpresa.

—¿Y en qué trabajan las mujeres blancas? —volvió a preguntar.

Rodolfo iba colocando vasos y tazas limpios en su lugar correspondiente.

—¡Ah! *Pos* la mayoría son bien reflojas y no trabajan —contestó sin mirarla.

Mila se quedó perpleja.

—¿Flojas?

El hombre optó por no responderle.

—Ahorita las mujeres casadas, y las que están por casarse, tienen que quedarse en casita, tener a sus chapulines y guardarlos —respondió Rodolfo.

Mila escuchaba atentamente.

—Ese cuento me lo conozco.

—¿También ocurre en la madre?

Mila hizo un gesto afirmativo y después se concentró en preparar la mejor comida para los clientes y, mientras lo hacía, seguía reflexionando sobre lo que había hablado con Rodolfo. Aunque no estaba de acuerdo con la idea de que los negros y los hispanos no debían usar los mismos servicios que los blancos, sabía que era una realidad que había que aceptar. Además, la idea de que las mujeres negras trabajaran como niñeras y educadoras de los hijos de las familias blancas la hacía sentir triste. Pero, al mismo tiempo, estaba orgullosa de ver cómo los viajeros se deleitaban con la comida que ella había preparado.

Como la cafetería estaba ocupada, Mila decidió dedicarse a cocinar para los clientes que llegarían más tarde. Quería demostrar su valía en la cocina y que Cruz Coffee fuera reconocido por la excelencia de sus platos. Además, esto le permitiría distraer su mente de las diferencias sociales y culturales que había experimentado en Santa Rosa. Con su esfuerzo y dedicación, ella podría hacer una pequeña diferencia en la vida de las personas y en el mundo. En Santa Rosa todos conocían su tarta de queso y muchos la habían solicitado expresamente. Además, sus bizcochos eran reconocidos en toda la ciudad por su sabor y textura. Mila trabajaba arduamente en la cocina, pero disfrutaba de cada momento. Era una mujer dedicada y apasionada por su trabajo, y eso se notaba en cada platillo que salía de su cocina. Mientras trabajaba, pensaba en su vida en España y en cómo había llegado hasta allí. No se arrepentía de haber tomado la decisión de embarcar, pero extrañaba a los que consideraba su familia y amigos. Mila continuó trabajando con la misma dedicación y pasión que siempre.

Capítulo 14

Estaba muy nerviosa.

Por fin se hacía efectiva la orden del juez para que le permitieran ver donde estaban los restos mortales de Miguel. Habían tardado cinco largas semanas en permitirle visitar su tumba. ¿Los jueces no se daban cuenta del tiempo precioso que se perdía con tanta burocracia? Cuando el taxi la dejó frente al camino del rancho Bloomfield, le sudaban la palma de las manos, y eso que el tiempo no era caluroso.

Le pidió al taxista que la recogiera en un par de horas y el hombre aceptó, en parte debido a la buena propina que le había dado. Mila ajustó su falda verde y su pequeño bolso en el antebrazo. Caminó con lentitud, pero con determinación. Tenía consigo la orden del juez por si se la requerían en el rancho. Aunque uno de los abogados le había sugerido esperar hasta que alguien del bufete pudiera acompañarla, ella se negó, ansiosa por hacerlo. A pesar de que el dueño del rancho había tratado de impedirlo, había decidido cumplir con la orden. Mila quería creer que la justicia prevalecía siempre. Cuando llegó al extenso porche, dudó. Abrió la malla de la puerta y tocó. No había encontrado el timbre, y su sorpresa fue inmensa cuando vio que la persona que abría la puerta era nada más y nada menos que Rex Grey. La mirada de desprecio que le dedicó la hizo sentir un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza.

—¡Sígame! —le ordenó con voz dura.

Mila se bajó de los escalones del porche que había subido un momento antes. El hombre la precedía con un paso acelerado, sin detenerse a verificar si ella lo seguía. Dejaron atrás el rancho y continuaron subiendo una colina que llevaba a un enorme roble. Se detuvo un momento para tomar aire, tratando de calmarse antes de emprender la caminata hacia el cementerio. No quería llorar, pero sentía la presión de las lágrimas en sus ojos. La idea de ver la tumba de su hijo, de saber que él yacía allí, le producía un dolor indescriptible. Caminó despacio, tratando de concentrarse en los

sonidos del campo, el canto de los pájaros, el murmullo de las hojas de los árboles, pero todo era como un eco lejano.

Cuando llegaron, Mila descubrió que la pequeña verja rodeaba un cementerio familiar con tres tumbas. Ella miró las lápidas y leyó los nombres: Ellen Grey, Rachel Grey y Miguel Cervantes. Las letras doradas la deslumbraron, como si fueran rayos solares. Tuvo que parpadear cuando se dio cuenta de que Rachel, al igual que su hijo Miguel, también había fallecido. Se giró para mirar al hombre, pero él estaba de espaldas, por lo que no pudo preguntarle nada. Además, no era el momento adecuado para hacerlo.

Mila tragó con fuerza y sacó un velo negro de su bolso. Se lo colocó sobre su cabello castaño y se arrodilló frente a la tumba de Rachel. Rezó por ella mientras se hacía preguntas sobre si había muerto en el accidente y por qué nadie en la embajada le había dicho nada. Después de la oración, se giró hacia la tumba de Miguel y cerró los ojos. Comenzó una plegaria doliente que brotaba del fondo de su corazón de madre. Con el corazón acelerado y las lágrimas corriendo por sus mejillas. No pudo evitar llorar, pero al mismo tiempo se sintió aliviada. Durante un largo rato, se quedó allí, hablándole con el pensamiento a su hijo, contándole todo lo que había hecho desde que partió de Argüeso.

Tiempo después, no sabía si había pasado mucho o poco porque el hombre seguía de espaldas a ella, besó la tumba de Miguel y se despidió. Mila comprendió en ese instante que no podría llevarlo de vuelta a España. Y no lo haría porque finalmente estaba al lado de la persona que amaba: la mujer de la que nunca le había hablado. Estaba junto a Rachel en el pequeño cementerio y esa circunstancia había cambiado todos sus planes.

—¿Ha terminado? —Ahora el hombre la miraba con los ojos entrecerrados.

Se notaba en su postura que estaba deseando de que se marchara.

Mila se levantó, aunque se sentía desfallecer por la pena. Se limpió las rodillas de tierra y se giró hacia él.

—Lamento su pérdida —se condolió mirando las fechas de las tumbas.

La de Ellen Grey había sucedido muchos años atrás, y Mila creyó que sería la abuela de Rachel.

—Ha sido un bonito gesto que enterrara a Miguel junto a Rachel —le expresó en voz baja.

Rex Grey frunció el ceño al escucharla. La extranjera todavía tenía un fuerte acento, pero había aprendido suficiente inglés como para ser comprendida.

—Nadie reclamó el cuerpo de ese hombre —respondió señalándole con la cabeza la tumba de Miguel—. Y los funcionarios brasileños fueron muy persistentes —continuó explicándole de forma impaciente.

Ahora que Mila estaba frente a la tumba de Miguel, podía comprender parte de lo que había sucedido. Ella estaba tan desolada por la pérdida que no hizo nada más que consumirse en vida durante semanas. Había que enterrar los cuerpos, y eso explicaba la urgencia de las autoridades brasileñas.

—Gracias —le dijo sincera plantándose frente a él.

—No me opondré a que lo exhume —le dijo seco—. Aunque pienso que a los muertos hay que dejarlos en paz.

Mila no entendió la palabra, pero tampoco tenía que ser muy inteligente para saber que se refería al cuerpo de Miguel.

Soltó un suspiro largo, caliente, pesado.

—Rachel, ¿también murió en el accidente aéreo? —le preguntó—. ¿Iban juntos en el avión?

Y, como si las palabras de ella hubieran sido una bofetada, el rostro del hombre cambió a una máscara de desprecio. Casi había logrado ver un destello de empatía, pero fue reemplazado de inmediato por la ira.

—Como haya muerto mi hija no es de su incumbencia.

Mila contuvo una lágrima ante su tono hiriente.

—Nuestro hijos se querían —apuntó sin desviar la mirada.

Sabía que le brillaban los ojos de contener la lágrimas, pero no le importó. Llevaba meses llorando su pena y lo que pensara ese hombre le traía sin cuidado.

—Mi hija cometió un grave error —le dijo de pronto—. Y ese error la llevó a esa tumba que ve ahí —apostilló colérico—. Termine de gestionar sus asuntos y déjenos en paz.

El hombre no la esperó. Comenzó a caminar en dirección a la casa y la dejó plantada en el pequeño y familiar cementerio.

A Mila se le abrieron las carnes por la impotencia, por la frustración y por una cólera resabiada que llevaba envenenándola demasiado tiempo.

—¡Espere! —le ordenó de pronto corriendo hacia él.

Rex Grey estaba deseando que se marchara, pero aminoró el paso.

—¿Alguna vez mi hijo lo ofendió? —le preguntó directa—. ¿Se portó mal con Rachel?

El hombre mantuvo la boca cerrada durante unos instantes.

—Ignoro cómo era su hijo porque me negué a tener ningún tipo de trato con él y, cuando al fin cedí por insistencia de Rachel, su hijo tomó ese avión que lo llevó a la tumba.

Mila tuvo que tragar con fuerza porque se le había hecho un nudo en la garganta. Por las palabras del hombre, entendió que Rachel no murió en el mismo accidente que Miguel.

—Mi hijo era un buen hombre —le informó ella—. Honrado, trabajador y no se merecía una muerte así de horrible —concluyó la madre.

—¡Termine sus gestiones y márchese! —le ordenó.

—Así lo haré —afirmó con voz muy baja.

Rex Grey la miró por última vez y luego se dio la vuelta para continuar su descenso hacia la valla que abría el jardín del rancho. Mila continuó bajando más lentamente sumida en pensamientos caóticos. Cualquier otro ser humano habría ofrecido consuelo o al menos una taza de café, pero ese témpano de hielo que era el suegro de Miguel era uno de los seres más despreciables que había conocido; y no sólo eso, sino que se sentía orgulloso de demostrarlo. No se despidió de ella ni le dijo nada, ignorándola de tal manera que le causó una sensación de abandono.

Ahora que había visto la tumba de Miguel, tenía que variar sus planes. ¿Cómo iba a arrancarlo del lado de Rachel? Era madre y tenía corazón, no como ese energúmeno de suegro que le había tocado a Miguel.

Mila dejó el rancho a la izquierda y siguió bajando hacia la carretera principal. Ignoraba cuánto tiempo había pasado desde que despidió al taxi, pero no le importaba esperarlo en el arcén.

Decidida, y llena de proyectos que tenía que comunicar a los abogados que la representaban, esperó pacientemente el taxi que la llevaría de regreso al motel. Se le había complicado el día, y también los sentimientos.

Capítulo 15

No le daba la vida para solventar problemas.

Mila había hecho un viaje interminable a San Francisco para hablar con Anderson y Spencer, pero había resultado inútil, porque ninguno de los dos abogados se encontraba en Estados Unidos, sino de viaje en Canadá. El asistente y traductor del bufete le entregó una serie de documentos que firmó sin apenas leerlos: solicitud de traslado, certificado médico que indicaba la causa de la muerte, certificado médico de embalsamamiento…

—Estamos a la espera de recibir el certificado de defunción del país donde ha tenido lugar el fallecimiento —le explicó el asistenta—. Las autoridades brasileñas se están tomando su tiempo —le informó—. También estamos esperando al certificado de defunción del Registro Civil español mediante la embajada española en Washington.

—Creía que todo este asunto se resolvería mucho más rápido.

Mila llevaba meses fuera de Argüeso, y todavía le quedaba un largo viaje de regreso.

—Cuando recibamos los dos certificados, sólo quedará la autorización judicial para poder exhumar los restos de Miguel Cervantes; necesitamos ese documento legal porque está enterrado en una propiedad privada no estatal, pero eso será muy rápido.

Cuando Mila escuchó la palabra «exhumar», parpadeó pensativa. Ella había tomado otra decisión muy diferente cuando visitó la tumba de Miguel.

—He decidido no mover los restos mortales de mi hijo —susurró apenas con un hilo de voz—. He pensado que debe descansar junto al amor de su vida.

El asistente la miró estupefacto. Llevaban semanas preparando toda la documentación para poder repatriar los restos mortales de su hijo, y ahora la madre cambiaba de opinión.

—¿Desea que detengamos todo el proceso? —preguntó sin poder entender ese cambio de actitud—. Aunque no lleve consigo los restos

mortales de su hijo, aún tendrá que pagar los honorarios del bufete.

Mila ya lo suponía, pero después de visitar la tumba de su hijo en el rancho Bloomfield y ver las flores frescas que adornaban las tres tumbas, decidió que no sería correcto mover los restos de su hijo del lugar que el padre de Rachel había preparado. Miguel y Rachel no podrían estar juntos en vida, pero podrían estarlo en la muerte. Sacó un pañuelo de su bolso y acarició con sus dedos la caja de aluminio que siempre llevaba consigo, y supo el motivo por el cual la mantenía cerca, sin importar dónde fuera. Se humedeció los labios mientras se secaba los ojos.

—Es una decisión muy importante —le dijo el asistente—. Europa está muy lejos de Estados Unidos —le recordó.

Un doloroso latido trabó el corazón de Mila, su respiración se volvió irregular, pero se dijo a sí misma que estaba tomando la decisión correcta.

—Ya he tomado mi decisión —afirmó solemnemente—. Me ha costado mi paz futura conmigo misma, pero sé que estoy haciendo lo correcto.

El asistente todavía dudaba de las palabras de la mujer.

—Se lo haré saber a Anderson y Spencer cuando regresen de su viaje —aceptó el asistente—. Tómese un tiempo para pensarlo mejor y luego comuníquenos su decisión final.

Mila se despidió del empleado y salió del bufete. Tenía que regresar a Cruz Coffee. Aunque Rodolfo le había dado el día libre para que pudiera hacer los trámites necesarios, ella estaba considerando retomar su trabajo en la cocina de la cafetería. Si mantenía las manos ocupadas, no pensaría tanto, porque pensar dolía. De camino a la estación de tren, Mila compró un pequeño libro de viaje sobre la ciudad de San Francisco y, mientras esperaba la partida, comenzó a leerlo. Todavía le costaba entender muchas conjugaciones, pero lo intentaba.

***

—Eres un verdadero pedo milagroso —le dijo Rodolfo con una gran sonrisa porque la cafetería estaba prácticamente llena.

Mila no sabía si la insultaba o halagaba, pero seguía cociendo en el horno una quesada pasiega, mientras removía la salsa de las almejas.

—Ese es mi nombre, Milagros —respondió con una sencilla sonrisa.

Rodolfo Cuarón miró el comedor de su cafetería y no podía sentirse más satisfecho. Aunque nada de lo que se cocinaba en Cruz Coffey era estadounidense o mexicano, en Santa Rosa gustaba la comida europea que Mila cocinaba, y él no pensaba variar esa circunstancia.

—Le he pedido a Lupe que nos eche la mano.

Guadalupe era la esposa de Rodolfo, y era muy hábil tomando las comandas, además de ser muy voluntariosa y decidida.

—Me alegro, porque con tanto cocinar apenas puedo ocuparme de la limpieza como antes.

Rodolfo seguía sonriendo mientras Mila le alcanzaba dos comandas.

—El negocio va tan bien que podremos contratar a una chamaca para que nos eche la mano con la limpieza.

Estaba claro que el boca a boca funcionaba porque venían muchos clientes de otros lugares más alejados de Santa Rosa.

—¿Podrás dejar al tiro *pa'* el sábado ese cocido montañés tan sabroso?

—En realidad no es un auténtico cocido montañés, porque faltan algunos ingredientes indispensables —respondió sin dejar de cocinar.

Rodolfo se giró mientras respondía con ese acento tan peculiar.

—Pero acá nadie se avienta uno así.

A Mila le gustaba estar ocupada, y también ganar dinero, porque depender de la caridad de los demás era muy arriesgado. ¿Qué sucedería si dejaba de llegar dinero de España? Que tendría un grave problema, sobre todo porque se lo había gastado prácticamente todo en los abogados.

Rodolfo y Mila trabajaron al unísono hasta que la cafetería quedó completamente vacía.

—A darle que es mole de olla, y así cerramos pronto.

A Mila le hacían gracia las frases de Rodolfo. Aunque no las entendía, trataba de aplicarle la lógica.

Juntos limpiaron el local, y mientras ella limpiaba los baños, Rodolfo se encargó de limpiar la cocina como Mila le había enseñado. Y lo habían acordado así porque la cocina era la parte más dura y difícil del mantenimiento.

Mientras limpiaban, Mila le fue explicando a Rodolfo lo que había leído sobre San Francisco en el pequeño libro de viaje que había comprado.

—¿Sabes que en 1906 un terremoto destruyó prácticamente la ciudad de San Francisco? —le preguntó mientras colocaba los saleros

sobre el mostrador—. Pero la reconstrucción fue muy rápida —continuó diciendo—. ¡Sólo nueve años después!

—No mames —respondió Rodolfo.

—Es increíble cómo se puede levantar una ciudad tan grande en tan poco tiempo.

—*Pos* por eso mismito, durante la Segunda Guerra Mundial montaron aquí los astilleros *pa'* chingarle a la demanda de barcos de guerra, y por eso San Francisco se volvió el punto principal *pa'* embarcar rumbo a la guerra del Pacífico —comentó Rodolfo con orgullo de su sabiduría.

—Eso no lo explica el libro que compré.

—Órale, estoy pensando en agarrar un carro —le soltó Rodolfo de repente.

Mila rellenó los azucareros y se giró para mirarlo.

—Me alegro —apuntó sencilla.

—¿Aún no dejas el motel, compa? —le cuestionó Rodolfo.

Mila había encontrado un pequeño apartamento cerca del parque y la cafetería, pero no podía mudarse porque su regreso a España estaba cerca. A pesar de que el negocio de la cafetería funcionaba muy bien, ella todavía no se había decidido a contárselo a Rodolfo.

«Me moriré cuando tenga que dejar aquí a Miguel», pensó Mila. Quería mantener una buena relación con Rodolfo porque necesitaba pedirle un favor muy importante, uno que duraría toda la vida. Ella planeaba enviar dinero a Rodolfo una vez al año para que le pusiera flores en la tumba de Miguel el primero de noviembre. Todavía no se había atrevido a pedírselo, pero sabía que tendría que hacerlo antes de partir.

Rodolfo y Mila se despidieron cuando el taxi llegó a la puerta. A pesar de que Rodolfo se negaba a dejarla ir sola tan tarde, Mila había aceptado regresar en taxi, especialmente los días de más trabajo, cuando terminaban más tarde. No le gustaba el gasto extra, pero sabía que era necesario para su seguridad.

Capítulo 16

Rex Grey miró las tres tumbas y soltó un largo suspiro. Se sentía culpable por lo sucedido. Había debido oponerse con todas sus fuerzas a que Rachel viajara, pero en su lugar, había mostrado debilidad. Ahora que Rachel estaba muerta, Rex comprendió todo lo que había estado oculto a sus ojos. Su hija simbolizaba la necesidad de liberación de cientos de mujeres estadounidenses. Había dejado sus estudios universitarios para dedicarse a la interpretación. A diferencia de sus amigas de la infancia, Rachel no soñaba con casarse y tener hijos, sino que su mayor aspiración era valerse por sí misma a través de su trabajo. Desde niña, Rachel había sido muy independiente y, de adolescente, demasiado moderna. Por eso quería ser actriz, una profesión liberal y bohemia, especialmente con la influencia cercana de Los Ángeles. ¿Cuántas veces habían discutido sobre sus estudios, sus obligaciones y su futuro? Rachel le decía constantemente que detestaba la sociedad de California, tan encorsetada y discriminatoria, y que no encontraba su lugar en ella. Rex le echaba en cara su forma de encarar el futuro y sus largas estancias en el extranjero, de las que se valía para fortalecer sus alas y volar demasiado alto. Por culpa de su ansia por la libertad, acabó encarcelada bajo una losa de piedra, la misma sobre la que habían depositado un ramo de flores. Rex sabía quién lo había hecho.

Desde que se le permitió a la mujer extranjera visitar el pequeño cementerio familiar, cada jueves por la mañana, llegaba en un taxi que esperaba en el arcén de la carretera. Subía la empinada loma con flores frescas, las cuales depositaba en ambas tumbas. Se quedaba por un tiempo prolongado, aunque él ignoraba qué hacía en ese momento.

—¡Buenos días! —lo saludó la mujer, justo en ese momento.

Rex se sobresaltó al escuchar su voz, ya que estaba de espaldas. Se giró como si se hubiera sorprendido de verla, pero en realidad sabía que era el día en que la extranjera visitaba la tumba de su hijo. Llevaba un velo de encaje negro en su cabello castaño claro, con pocas

canas. Al mirarla con detenimiento, le pareció demasiado joven para tener un hijo de la edad de Miguel. Tal vez era una de esas mujeres afortunadas a las que el tiempo no les afectaba.

—Buenos días —correspondió, pero sin moverse.

Mientras Mila continuaba con su ritual, Rex reflexionaba sobre las preguntas que le venían a la mente. Se preguntó si ella tendría más hijos o un esposo en su país de origen que la estuviera esperando. ¿Por qué le había permitido aventurarse en un viaje tan largo y peligroso si los europeos solían proteger a sus mujeres? Recordó su propia visita obligada a Europa durante la guerra y se preguntó cuántos de sus amigos, compañeros y familiares habrían muerto allí. ¿Habría madres solidarias rezando por las tumbas de soldados desconocidos, como Mila lo hacía por la tumba de Rachel?

—Gracias por permitirme este pequeño consuelo. —Escuchó que le decía.

Después de observar la escena, Rex se dio cuenta de que la extranjera había terminado sus rezos y aún se encontraba arrodillada frente a la tumba. La vio meter el misal en su bolso y sacar un objeto que contenía tierra. Abrió el recipiente y echó un poco de tierra sobre su mano. Enseguida, echó la tierra bajo la cruz y la esparció con cuidado sobre la cabecera de la lápida. Rex se quedó perplejo y no sabía qué pensar al respecto. Finalmente, la extranjera se levantó y se colocó ante él.

—He decidido que los restos mortales de mi hijo Miguel descansen aquí en Bloomfield.

Rex tuvo que parpadear porque era la primera noticia que tenía al respecto.

—¿Qué significa eso? —claramente se refería a la tierra que ella había esparcido alrededor de la tumba.

Mila observó la tierra calcárea que resaltaba sobre la propia del lugar.

—Nos dice la Biblia que polvo somos y al polvo volveremos.

Rex conocía ese pasaje de la Biblia.

—¿Qué significa ese ritual? —volvió a preguntarle.

Mila buscó mentalmente las palabras precisas para formar las frases que resultaran entendibles.

—Traje conmigo un poco de tierra de mi hogar en Argüeso —comenzó a explicarle con paciencia, y escogiendo muy bien las palabras—. Nunca había navegado, y sentía miedo ante lo

desconocido. Cada vez que una tormenta se abatía sobre el barco, ponía esa pequeña porción de tierra junto a mi corazón, y sentía que me insuflaba fuerzas y afianzaba mi fe —continuó solemne—. Quizás el impulso de traerla tenía un significado mayor que entonces no comprendía: como dejarla sobre la tumba de mi hijo para que la tierra que lo vio nacer lo acompañe por toda la eternidad.

Decir que Rex estaba conmovido por la explicación sería como reducir la línea a un punto. El acento de la extranjera era bastante pronunciado, pero había entendido todas y cada una de sus palabras.

—¿Por qué ha tomado esa decisión? —quiso saber.

Mila apretó los labios y giró el rostro. Rex pudo ver, antes de que lo hiciera, que los bonitos ojos brillaban por las lágrimas que trataba de contener.

—Mi hijo quería a Rachel, y por eso se casó con ella. Pienso que es justo que descanse junto a la tumba de la que fue su único amor… —La mujer carraspeó para aclararse la voz porque estaba visiblemente emocionada—. Ahora ambos descansarán juntos por siempre.

Rex no sabía qué decir al respecto.

—Es una decisión muy importante.

—Y difícil —aseguró ella—. La más difícil de mi vida.

Rex se quedó callado durante un momento. La mujer había hecho un viaje largo y peligroso. Él había tratado por todos los medios de impedirle el acceso al pequeño cementerio familiar, pero ella había luchado como una leona para conseguir visitar la tumba de Miguel, y ahora sentía admiración, aunque lo ocultó muy bien.

—He comprado un pasaje de regreso, aunque lo haré desde Nueva York y no desde Buenos Aires —le explicó ella—. El barco que me llevará de vuelta saldrá en tres semanas.

Rex se mostró inmensamente aliviado. La marcha de la extranjera era lo que más deseaba en el mundo, y estaba a tres semanas de que fuese una realidad.

—Ha tomado una decisión acertada —apuntó él en voz baja.

Por alguna extraña razón, ese comentario la molestó. Milagros entrecerró los ojos y observó al hombre con atención. Era alto, corpulento y bien parecido. En sus ojos brillaba una mirada inteligente, pero peligrosa, que le provocó un ligero estremecimiento.

Rex Grey era un hombre acostumbrado a salirse con la suya.

—Debo pedirle un favor —se apresuró a decirle—. Cada primero de noviembre una persona que he elegido vendrá a ponerle flores y cirios

a la tumba de Miguel.

Rex tensó los hombros.

—Eso no será necesario —respondió quedo.

Milagros endureció la mirada.

—El día uno de noviembre es una fecha muy importante para los creyentes, pero mucho más para las madres que han perdido un hijo, como yo —comenzó a explicarle con voz entrecortada—. El uno de noviembre es el día en el que honramos a nuestros seres queridos que ya se fueron —concluyó ella.

—Yo puedo encargarme de colocar las flores en la tumba de Miguel.

Los ojos almendrados de Milagros se dirigieron hacia la tumba de Ellen y de Rachel. Hasta la llegada de ella habían estado cubiertas de polvo y olvido. ¿Cómo tenía el atrevimiento de decirle que se ocuparía de la tumba de Miguel?

—En Argüeso, nos ocupamos de nuestros muertos porque nos importan —le dijo en un tono seco—. Los muertos son importantes para nosotros, y por eso nos afanamos en cuidar las tumbas y limpiarlas, e incluso hay madres que duermen en el cementerio para velar a sus hijos el día de difuntos… Yo lo haría, si usted me lo permitiera.

Rex entendió perfectamente la crítica hacia él.

—Comprendo —respondió serio.

Mila lo dudaba seriamente.

—Cada uno de noviembre, una persona vendrá en mi nombre y cuidará y limpiará la tumba de Miguel… —calló para controlar la voz que se le había trabado—. Puedo suplicárselo si es necesario.

Le rogó mirándolo directamente a los ojos. Milagros se percató que eran grises, como un cielo de tormenta.

Rex valoró que la mujer se olvidaría de su petición y ella pudo leer en sus ojos lo que pensaba.

—Una madre jamás olvida, señor Grey…

Capítulo 17

Rodolfo Cuarón, propietario del Cruz Coffee, miró a Milagros un poco decepcionado. Le acababa de anunciar que había comprado un pasaje en el navío Guadalupe, que zarparía desde nueva York con destino a la ciudad de Vigo, en Galicia, la tercera semana de marzo. Ahora que el negocio marchaba tan bien, la artífice de lograrlo lo dejaba en la estacada. Las cenas ofrecidas esa noche en el Cruz Coffee habían sido todo un éxito porque el local se había llenado por completo y habían tenido que rechazar varias reservas.

—*Pos* perdona mi malentendido, compa. Ya caí en cuenta de lo que quieres decir. Clarito que el lugar de una madresita es junto a su chavito, ni hay duda alguna.

Milagros se giró hacia Rodolfo y lo miró enojada.

—¿En el camposanto? —le preguntó con voz aguda.

—Ya estuvo de jalada que me contestes así —contestó enfadado—. *Pos* obvio que no me estaba refiriendo a eso.

—Ya me parecía a mí que…

Rodolfo la cortó.

—Si mis chavitos estuvieran enterrados aquí, soy bien terco y nunca me rajaría.

Milagros soltó un suspiro largo. Dejar a su hijo Miguel en Bloomfield era la decisión más dura, difícil y estúpida que había tomado en su vida, pero sabía que era la correcta.

—Mi lugar no está aquí —contestó Mila al mismo tiempo que colocaba la loza limpia sobre el mostrador de la cocina.

Rodolfo dejó el trapo de limpiar que llevaba en la mano y la miró con los brazos en jarras.

—Sé que el inglés se pone bien pesado, pero aquí puedes empezar de cero, güey. —Ya habían comentado eso mismo en varias ocasiones —. Mi Lupita y yo te echaríamos la mano.

—Me he gastado toda la reserva de dinero que me quedaba en el banco en el pasaje de regreso —contestó pensativa—. Y en Argüeso

tengo personas que esperan mi llegada.

Rodolfo soltó una palabrota propias de las suyas.

—¿Tienes viejitos esperándote allá?

Mila terminó sonriendo. Los mexicanos les decían viejos a los padres.

—Dos viejecitas encantadoras, y que me necesitan.

Rodolfo la miró con sorpresa, pero cuando vio la sonrisa de la mujer, supo que le tomaba el pelo, una expresión que había aprendido de ella.

—No seas pendeja —contestó enfadado.

Mila suspiró.

—No tengo padres, ni hermanos, ni tíos —contestó por enésima vez —, pero mi lugar está allí.

—Eres bien pinche terca, compa…

—Como un mexicano bocazas…

—Acá podrías encontrar un amorsito, ser feliz y empezar desde cero.

El rostro de Mila se puso mortalmente serio.

—Acá somos *white trash* —le recordó con amargura.

Esa palabra la había aprendido muy bien de la primera vez que enfrentó a Rex Grey, y también del abogado que la sacó de la cárcel. Era una palabra horrible y no deseaba escucharla nunca más referida a su persona.

—Eso somos nosotros —contestó Rodolfo—. Tú eres bien fresita, pareces una gringa. Podrías pasar por uno de ellos.

Milagros no podía enfadarse con Rodolfo porque sabía que trataba de convencerla para que se quedara, y para ello usaba toda la artillería a su alcance.

—¿De verdad piensas que deseo parecerme a ellos? —le preguntó tan sorprendida como burlona—. Estaría bueno.

Rodolfo soltó una carcajada. Ya casi hablaba como una buena mexicana.

—Cuando me ves así, nomás me dan ganas de regresarme nadando a Veracruz.

Ahora la que rio fue Milagros, pero ya no dijo nada más. Rodolfo y ella habían dejado el local más brillante que los chorros del oro.

***

Lo último que esperaba Rex esa noche era la visita de su hermana Emma en Bloomfield. Le había prohibido terminantemente que regresara, pero estaba claro que sus prioridades le importaban bien poco.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Yo también me alegro de verte —respondió la hermana con sorna.

Rex miró el capazo que transportaba su hermana y entrecerró los ojos.

—Te dejé bien claro que no debías traerla bajo ninguna circunstancia.

Emma dejó el canasto sobre el sofá y enfrentó a su hermano mayor con semblante duro.

—Te has olvidado de mi viaje a París, ¿verdad?

Rex parpadeó confundido. El esposo de su hermana era un prestigioso cirujano y tenía que asistir a un congreso en Europa.

—Eso era a mediados de marzo —contestó evasivo.

Emma miró a Rex con un interrogante en los ojos.

—Ya es mediados de marzo —le recordó.

Rex Grey se atusó el cabello desordenado en un gesto de impotencia.

—Podrías hacerle un favor a tu hermano y no asistir al congreso.

Emma no podía creerse las palabras de Rex. Charly y ella llevaban programando ese viaje durante meses.

—Te recuerdo que no es mi responsabilidad, sino la tuya —le mencionó la hermana con voz seca.

—Te pedí ayuda, Emma —le trajo a colación Rex—. Y lo hice por una buena razón, lo sabes.

La hermana apretó los labios ofendida.

—Te he prestado toda la ayuda que he podido, pero este viaje con mi esposo no es negociable.

Rex sentía que una impotencia lo dejaba paralizado.

—No puede estar aquí —le advirtió con voz dura—. Todavía no.

Emma soltó el aire de forma abrupta.

—Es tu nieta y debe estar contigo en Bloomfield.

Capítulo 18

Las reservas del Cruz Coffee estaban completas las próximas tres semanas. Milagros apenas salía de la cocina, pero no le importaba porque así se mantenía ocupada para no pensar en su regreso. Echaba de menos Argüeso, quería volver a ver a Lola, a Tomasa y a Celestina. Tenía que contarles una cantidad ingente de anécdotas y vivencias aprendidas durante todo ese tiempo que llevaba fuera. Había salido de España a principios de verano de 1952, y ya era marzo de 1953. Los primeros días fueron difíciles porque se sentía sola y desamparada, pero Mila ya no era la mujer que había embarcado llena de miedo. Había aprendido a luchar y defenderse, pero había llegado el momento de regresar.

Mila confiaba en que el capitán del Guadalupe fuera amable con los pasajeros, como lo había sido el otro capitán. Recordó los días en el barco que la llevó a Buenos Aires. El capitán les dio al principio del viaje una charla sobre astronomía que ella escuchó con gran interés. Al partir del puerto, les entregaron toallas y sábanas que tuvieron que devolver al llegar a destino. Sin ser consciente, Mila sonrió al recordar el parte meteorológico que daba detalles del clima diariamente: buen tiempo, cielo despejado, mar ligeramente agitado... Recordó el día en que las temperaturas a bordo superaron los veintiún grados y, a medida que avanzaban hacia América, la temperatura aumentaba uno o dos grados diariamente. Para que los pasajeros pusieran sus relojes en la hora del meridiano, todos los días a las doce se hacía un toque de sirena.

Sin embargo, el viaje no fue todo un camino de rosas, ya que algunos pasajeros tuvieron que ser atendidos por los médicos que iban a bordo.

Mila recordaba claramente el día en que vio cómo el mar cambió de color. El verde intenso fue transformándose en azul marino y, a medida que el barco avanzaba, se convirtió en un azul turquesa. La tripulación informó a la mayoría de los pasajeros que este fenómeno

ocurría cada vez que navegaban en el Mar Caribe. La primera vez que Mila visitó un mercado en Buenos Aires, vio frutas que nunca había visto antes, como piñas, zapotes, mameyes, guayabas y mangos. Sin embargo, quería regresar a su hogar, aunque la mitad de su corazón se quedaría para siempre en Bloomfield.

—¿Cómo decís en la madre? —preguntó de pronto Rodolfo, quien se veía superado por la cantidad de clientes que había en Cruz Coffee —. Me siento *superapretado*, compa.

Mila dejó de emplatar unos postres y lo miró.

—En España decimos: no nos llega la camisa al cuerpo.

—*Pos* lo mismito.

—Nos vamos apañando bien —contestó segura.

—El *sheriff* de Santa Rosa pide mesa y lo acompaña el director del Providence

Mila conocía que el Providence era el hospital. El *sheriff* cenaba en el café dos veces por semana, y ya se traía a conocidos para no hacerlo en solitario.

—Pero eso es una buena noticia —dijo aliviada—. Eso significa que hemos superado el *stop status*.

Rodolfo siguió observando la forma tan cuidadosa en la que emplataba unos postres de quesada pasiega con nata.

—Nomás quedan unos pedacitos de asado —protestó el jefe—. ¿Qué chingados les vamos a echar de comer?

Mila le pasó los platos de postre ya terminados.

—Les serviremos nuestras raciones —afirmó sin mirarlo.

Rodolfo la observó con atención, porque no se le había ocurrido a él. Mila siempre reservaba un poco de la comida que cocinaba para que ellos cenaran cuando en el establecimiento no quedara nadie.

—Eres mi puro cuate, el ángel de la guarda que me cuida, compa.

El establecimiento se fue quedando sin clientes salvo el *sheriff* y el doctor, que mantenían una charla en voz baja. Mila continuó haciendo su trabajo en la cocina mientras Rodolfo les servía la cena. No tardaron mucho en marcharse, pero ya era bien entrada la noche. Los dos se quedaron más tiempo del necesario limpiándolo todo para la mañana siguiente, aunque en cocina no había quedado nada que pudieran servir. Mila tendría que madrugar para preparar los almuerzos.

Mientras recogían, Rodolfo le comentó parte de la conversación que había escuchado sobre el propietario del rancho Bloomfield.

—Debe de estar bien hecho pedazos el gringo.

Milagros no respondió. En verdad le importaba poco. Ella había terminado su cometido en ese viaje, y sólo pensaba en regresar.

—No queda tocino, ni bistec —le dijo a Rodolfo.

Milagros miró la despensa, un segundo después el interior del refrigerador. Rodolfo le comentó que iría sobre las diez porque antes tenía que ir al banco. Mila se ofreció a comprar ella lo imprescindible para los desayunos para que no fueran tan justos, y Rodolfo aceptó.

La esposa de Rodolfo sólo ayudaba los fines de semana, pero, con la cantidad de clientes que estaban teniendo, tendría que hacerlo a diario. Mila ya no daba abasto con la cocina, y eso que preparaba bastantes guisos antes de abrir, pero Rodolfo estaba encantado porque Guadalupe estaba aprendiendo muchas recetas de las que Mila cocinaba, y podrían seguir manteniendo la misma calidad.

***

Rodolfo había abierto Cruz Coffee a las siete de la mañana, pero cuando ella llegó a las ocho, no se quedó. Mila trajo pan de sándwich, queso, tocino, huevos y algunos alimentos más para los desayunos. Cuando llegara Rodolfo con el resto de alimentos, ella podría elaborar el menú del almuerzo, porque había congelado sopa y croquetas. Estaba tan concentrada en servir el café a un cliente, que no se dio cuenta de quién había entrado por la puerta.

Cuando escuchó la voz, alzó la cabeza sorprendida. Rex Grey estaba plantado frente al mostrador y la miraba atento.

—Buenos días —lo saludó.

Rex respondió con un saludo de la cabeza. Tomó asiento en el taburete y pidió un café. Como Mila llevaba la jarra en la mano, sólo tuvo que coger una taza y llenársela. Le preguntó si le apetecía un trozo de tarta casera, y Rex aceptó.

—¿Qué le trae por Cruz Coffee, señor Grey? —le preguntó en un tono amable.

Era la primera vez que visitaba el café y ella sentía curiosidad.

—He escuchado maravillas sobre una tarta de queso.

Mila sonrió. Su quesada pasiega gustaba mucho a los comensales.

—En realidad es una variante —lo corrigió, amable—. Es un postre típico del lugar donde vivo. Está hecho con cuajada, mantequilla, azúcar, limón, canela, harina, huevos, pero como no tengo forma de

conseguir cuajada, pues la sustituyo por queso crema.

Rex llevaba comida más de la mitad de su porción.

—Está realmente buena —afirmó sincero.

—¿Más café? —le preguntó.

Mila se maravillaba de sí misma por poder mantener una conversación en inglés, y, lo más sorprendente, que casi lo entendía todo. Meses atrás no lo habría creído posible, pero estaba claro que las circunstancias y la necesidad apremiaban.

—También quería despedirme de usted —le dijo Rex—. Creo que se marcha el próximo sábado.

Mila dejó la jarra de café sobre el mostrador. Faltaban sólo cuatro días para su marcha.

—Mi corazón se quedará para siempre en Bloomfield —respondió pensativa.

Rex miró a la extranjera que tenía un brillo de tristeza en los ojos. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo y un delantal blanco que resaltaba el color rosado de su rostro. Miró la chapa con su nombre y giró el rostro. Sabía que se marchaba en breve, y quería asegurarse que no había cambiado de opinión; por eso había ido a Cruz Coffee, para cerciorarse.

El otro cliente estaba absorto leyendo el periódico, y por eso no les prestaba atención a ninguno de los dos.

—¿De qué murió Rachel? —le preguntó de pronto Mila.

Se moría de ganas por saber la causa de su muerte. Temblaba de horror al pensar que podría haberse suicidado tras conocer la muerte de Miguel.

—Necesito saberlo para marcharme tranquila —las palabras de ella despertaron el interés del hombre.

—¿Por qué? —le preguntó.

Mila se lamió el labio inferior porque le daba vergüenza decirle a la conclusión que había llegado.

—No se suicidó, ¿verdad? —Rex la escuchó perplejo. ¿Creía que Rachel se había suicidado? ¿Por qué motivo?—. Disculparía entonces su actitud poco amigable… —Mila calló un momento—. He aprendido recientemente esa palabra —le explicó—. Entendería su actitud hosca cuando visité Bloomfield por primera vez.

Rex no quería contestarle, pero no sería justo. La extranjera se marchaba y no la volvería a ver en la vida. Pensó que podría ser en parte sincero con ella.

—Rachel no se suicidó —respondió, y le dijo una palabra en inglés.

Por la expresión de la mujer supo que no conocía el significado de esa palabra, pero no se detuvo a explicársela.

—Que tenga buen viaje de regreso a Europa —le deseó.

Rex puso sobre el mostrador un billete de veinte dólares. Mila no reaccionó a cogerlo ni darle el cambio porque el hombre se giró y se marchó tan silencioso como había llegado. En la puerta se cruzó con Rodolfo, que lo saludó con sorpresa, aunque no recibió un saludo de respuesta por la otra parte.

—Se cree muy encopetado, ¿no? —le preguntó Rodolfo a Mila que seguía pasmada viendo la marcha del suegro de su hijo.

—¿Puedes creerte que me ha deseado buen viaje y ya está?

—¿Qué trajo el compadre? —le preguntó—. *Pos* parece que llegó con ganas de armar la pachanga.

Claramente se refería a Rex Grey y el motivo para ir a Cruz Coffee.

—¿No puedes hablar como una persona normal? —le preguntó Mila a Rodolfo con sarcasmo?

Rodolfo la miró a su vez con cierto espanto.

—¿Me vas a hacer un pancho, comadre? —le preguntó—. Porque yo sí hablo bien normalito.

—Disculpa Rodolfo, es que no entiendo muchas de las palabras que dices —se disculpó.

—Échame la mano y no le des tantas vueltas al gringo —le aconsejó.

Y Mila comenzó a refunfuñar en voz baja porque estaba más afectada de lo que pretendía admitir.

—Esperaba un… «No se preocupe Milagros, que yo me encargaré personalmente del cuidado de la tumba de su hijo…».

—Lo que piense el gringo te vale un reverendo cacahuate —contestó Rodolfo.

—Pues sí que me importa, y te diré por qué —respondió la mujer que estaba comenzando a alterarse—. He sufrido mucho creyendo que su hija había decidido suicidarse tras conocer la muerte de mi Miguel —comenzó a explicarle—. Y me alegro de corazón que no haya sido así, porque el suicidio es un pecado mortal —continuó.

—¡Ya ni las muelas! —exclamó Rodolfo.

Mila hizo un gesto de asentimiento.

—Esperaba, no sé muy bien qué, pero los dos hemos perdido a nuestros hijos… Quizás una conversación más espiritual, emocional,

pero ese hombre es un témpano de hielo.

—¿Y de qué murió la güerita?

Mila no podía decírselo porque sólo le había dicho una palabra rara, y no podía repetirla porque no la recordaba.

—No tengo ni idea —respondió girándose hacia el interior de la cocina para colocar los alimentos que había traído Rodolfo.

—Fresita, yo haré de chismoso para ti.

Capítulo 19

El *sheriff* no sólo desayunaba en Cruz Coffee, sino que también cenaba. Cuando Mila se lo comentó a Rodolfo, el mexicano le contestó que el *sheriff* era un hombre soltero, sin familia, y de carácter tan duro como la regla de un maestro de escuela.

—Tal parece que se nos ha enamoradito —le dijo mientras colocaba varios platos sucios dentro del fregadero.

Mila sonrió porque Rodolfo tenía una capacidad para inventarse historias que la dejaba alucinada.

—¿Sabes qué me platicó el mecánico, que le platicó el bolero, que a su vez le había platicado el ayudante del *sheriff*? —A Mila, a veces, le resultaba más difícil entender a Rodolfo que a un estadounidense de pura cepa—. Que la hija del fiscal se nos fue por una enfermedad llamada eclampsia. ¡Vaya palabrota!

Mila dejó lo que estaba haciendo y miró a Rodolfo sin un parpadeo. Su alma cristiana se condolió por la muchacha.

—¡Pobre criatura! —exclamó sin saber qué significaba esa palabra, que le pareció horrible.

—Pobresita la hija que parió, porque se quedó sin su madresita...

Mila no procesó la información que había soltado Rodolfo hasta unos minutos después.

—¿¡Rachel tuvo una hija!? —casi gritó espantada.

El mexicano la miró de frente.

—*Pos* sí, por eso se murió la madresita.

Mila se llevó la mano a la boca para contener un grito, porque esa inesperada información le aprisionó el corazón en un latido doloroso. ¡Por eso se había casado su Miguel! Según iba analizando los detalles, el desánimo, la impotencia, y la cólera fueron haciendo presa de ella.

—¿La hija de Rachel vive? —le preguntó con apremio.

Rodolfo Cuarón se quedó pensativo.

—*Pos* nadie en Santa Rosa la ha mirado.

Mila pensaba a toda velocidad. En el pequeño cementerio del

rancho Bloomfield sólo había tres tumbas. Sintió hasta vértigo. Cuando los latidos del corazón se le normalizaron, se desabrochó el lazo trasero del delantal.

—¿Puedes pedirme un taxi? —le preguntó a su jefe.

Rodolfo la miró sorprendido. Faltaba apenas una hora para que comenzaran los almuerzos.

—¡No manches! —exclamó Rodolfo—. ¿Te vas a echar una pestañita?

A Mila no le llegaba la sangre a la cabeza porque sentía el cerebro confuso.

—Tengo que ir a Bloomfield —le explicó—. Tengo que comprobar si la hija de mi Miguel está viva.

Rodolfo abrió los ojos de par en par. ¿Cómo no se le había ocurrido que la nieta del fiscal lo era también de Milagritos?

—Órale, compa. Mi Lupita va a echar la mano en los almuerzos.

***

Mila subió el camino que llevaba al rancho con ganas de llorar y de maldecir. Fue cuando se sentó en la parte trasera del taxi que se percató de que quizás la información que había recabado Rodolfo era sólo un rumor. Tenía que ser eso, porque lo contrario le parecía demasiado monstruoso. ¿Cómo podía su consuegro ocultarle que tenía una nieta? ¿Por qué no insistió en seguir preguntándole sobre la muerte de Rachel? Subió los escalones del porche, abrió la mosquitera y tocó la puerta con energía. Tardaron varios minutos en abrirle la puerta, y quien lo hizo fue la mujer que cuidaba el rancho.

—Necesito ver al señor Grey —afirmó tratando de entrar.

Toda la prudencia y la sensatez se le habían escurrido del cuerpo cuando procesó la información dada por Rodolfo.

—El señor no está —respondió la mujer con ese tono antipático que tanto la molestaba—. Y hoy no es jueves.

—Lo esperaré sentada —sentenció empujando la hoja de madera y adentrándose en el interior de la casa.

—Voy a ordenar que la echen —amenazó la mujer. Pero había algo en la expresión de Mila que alertó a la otra. Pudo ver en su mirada que algo la atormentaba de verdad y la compadeció. —Veré si el señor ha regresado ya.

Ella sabía que Rex Grey estaba en la casa. ¡Lo sabía! Y le extrañaba

que con el rifirrafe que había tenido con su sirvienta no se hubiera dignado a salir. Sentía las manos temblando, el corazón desbocado y una angustia creciente que no le permitía respirar.

—¿Viene a despedirse? —Escuchó la voz de él. Mila giró rápidamente sobre sí misma y clavó sus ojos en los del hombre, quien percibió un cambio en ella.

—¿Es cierto? —le preguntó. Rex alzó las cejas en señal de interrogación—. ¿Es cierto que Rachel murió tras el parto?

La expresión del hombre cambió por completo y Mila supo que la información de Rodolfo era cierta. Se llevó la mano al estómago porque sintió una arcada. No sería agradable que vomitara el desayuno sobre la alfombra del salón.

—Eclampsia —repitió—. Jamás voy a olvidar esa palabra de la que no conozco su significado, pero ahora sé que es una enfermedad que deja a un hijo sin su madre.

Rex seguía guardando silencio. Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y se dedicó a observarla.

—Debe irse —respondió finalmente y comenzó a darse la vuelta. Mila no podía creérselo.

—¡Desgraciado! —su insulto logró detenerlo.

—Si no se marcha, llamaré al *sheriff* —la amenazó, y ella lo creía capaz de eso y mucho más, como negarle la existencia de una nieta.

Mila no pensó en lo que hacía, sólo en el dolor que sentía por dentro. Se lanzó hacia él y le agarró la camisa con tanta fuerza que le rompió dos botones.

—¡Tengo una nieta y no pensaba decírmelo! —Sentía la necesidad de abofetearlo, de causarle tanto dolor como el que sentía ella.

Rex la sujetó por las muñecas y trató de soltarla de su camisa, pero la mujer tenía una fuerza increíble.

—No tiene una nieta, señora Cervantes —la corrigió muy frío.

—¡Miente! —lo acusó directamente y sosteniéndole la mirada.

Milagros necesitaba cerciorarse de que le mentía. Rex finalmente logró que le soltara el tejido de su camisa, pero siguió sosteniéndola por las muñecas.

—Vuelva a su casa de una maldita vez.

Cuando la soltó, Mila respondió de forma inesperada y lo abofeteó. Ella había sentido piedad por ese hombre, un hombre sin corazón ni humanidad.

—¡Quiero verla! —Rex la ignoró—. ¡Tengo que verla!

Se percibía angustia en la voz de la mujer, pero Rex no cedió ni un milímetro.

—Vuelva a su casa, señora Cervantes.

Esa condescendencia acabó con la poca paciencia que tenía. Ella no podía irse de Bloomfield sin antes ver a la hija de Miguel. Decidió correr hacia el interior de la casa en busca de la niña, pero unos fuertes brazos la detuvieron. Mila forcejeó como una leona y armó tanto alboroto que todos los sirvientes del rancho acudieron a la habitación. Sin embargo, Rex era perfectamente capaz de controlarla y les hizo un gesto para que no intervinieran.

—¡Desgraciado! ¡Cabrón! ¡Malnacido! —lo insultaba ella mientras forcejeaba para soltarse. Aunque pudiera liberarse, cuatro hombres corpulentos estaban listos para impedir que subiera al piso de arriba, que era su intención.

Mila pasó esa noche en la celda de la oficina del *sheriff* en Santa Rosa.

Capítulo 20

Esa fue la segunda noche más larga en la vida de Milagros Cervantes.

La primera fue cuando recibió la noticia de la muerte de Miguel, y la segunda cuando se enteró de que tenía una nieta, hija de su amado Miguel. Durante esa larga noche, Mila fue comprendiendo muchas cosas, como la negativa del señor Grey a permitirle visitar la tumba de Miguel. Su silencio, su antipatía, sus gestos desagradables. Miguel tenía una hija y ella iba a luchar con todas sus fuerzas para conocerla. Miró los barrotes de la celda en la que se encontraba y suspiró profundamente.

«Vuelvo a estar en el mismo punto de partida», pensó desanimada.

Faltaban dos días para que saliera su barco, pero ya no podía marcharse. Además, no le quedaba tiempo para embarcar, a menos que tomara un vuelo desde San Francisco a Nueva York, y no tenía intención de hacerlo.

«Ya no puedo irme».

Uno de los abogados que había contratado entró acompañando al *sheriff*. Mila permanecía sentada en la estrecha cama con el rostro desolado.

—El señor Grey no ha retirado la denuncia —informó George Anderson.

Ella ya lo sospechaba, era la tercera vez que la enviaba a prisión. Se juró que no descansaría hasta hacer que él también conociera la frialdad de una celda.

—Sólo quería ver a mi nieta —se justificó la mujer.

La mirada del *sheriff* se clavó en la suya, y a Mila no le pareció indiferente.

—Ahora no podrá marcharse de Santa Rosa —le informó el *sheriff* Charles Stevens, quien era un buen cliente de Cruz Coffee debido a las buenas propinas que dejaba—. Ha invadido una propiedad privada, atacado a su dueño y causado un disturbio público.

Sí, todo eso era cierto, pero no podía arrepentirse.

—Tenía una buena razón para actuar como lo hice —se defendió Mila.

El agente de la ley sabía que la mujer debía embarcar para regresar a su país, pero con la denuncia del fiscal Grey, no podría marcharse de Santa Rosa.

—Deberá permanecer en prisión hasta que el juez fije el monto de la fianza, y temo que esta vez sea alta —informó el abogado.

Bueno, así estaban las cosas. Ella había gastado todo el dinero en comprar el pasaje de regreso.

—El señor Grey me ocultó que tengo una nieta —le informó a su abogado—. Y eso es un delito moral muy grave, sobre todo cuando el padre de la criatura y la madre están enterrados en Bloomfield —apuntó la mujer con una mirada acerada.

—Trataré de convencer al señor Grey para que le permita una visita.

Eso era lo único a lo que su patética existencia se había reducido, a suplicar por pequeñas concesiones, pensó Mila.

—No me conformaré simplemente con una visita —dijo Mila de repente, descubriendo un coraje que desconocía poseer.

La hija de Miguel no podía crecer con ese hombre despiadado e insensible.

—Soy la abuela paterna de la niña y tengo derechos —pronunció con determinación, sorprendiéndose a sí misma.

Unos meses atrás, ella se habría acobardado, pero desde entonces había estado inmersa en el mundo de los abogados, las leyes y un nuevo horizonte se había abierto ante ella.

—Los litigios son costosos, señora Cervantes —le advirtió el *sheriff* —. Dudo de que pueda costearlos.

Mila se levantó de la estrecha cama y se acercó a los barrotes. Miró al *sheriff* con atención.

—El señor Grey pretendía que me fuera de regreso a Argüeso sin saber que tengo una nieta, sin informarme de nada…

—Él es el abuelo de la niña —le recordó el abogado.

En ese momento, Mila se dio cuenta de que no conocía el nombre de la hija de Miguel, y todo lo que había ocurrido en las últimas horas la afectó. Su garganta se cerró, su pecho se apretó y no pudo contener las lágrimas frente a los dos hombres.

—Ese hombre no tiene corazón —se lamentó entre sollozos.

El abogado y el *sheriff* se sintieron incómodos ante el llanto de la

extranjera.

—Hablaré con el señor Grey —le dijo el abogado.

***

Mila había recibido la visita de Rodolfo y Lupita. El matrimonio le informó que habían recogido sus pertenencias y las habían llevado a su propio apartamento. Imaginó que lo habían hecho porque pensaban que pasaría mucho tiempo en prisión. Durante los dos días que llevaba entre rejas, Mila había reflexionado mucho. El dinero ya no llegaba desde España, aunque seguía llegando desde Argentina. Había solicitado que transfirieran los ingresos tanto presentes como futuros a la cuenta que le habían abierto en la ciudad de Santander, pero, después de la visita al rancho Bloomfield, había cambiado de opinión.

Además, pesaba sobre ella la amenaza de ser expulsada del país una vez pagada la fianza. Su abogado le había explicado sobre el juicio rápido, pero sólo había comprendido la mitad, excepto la parte de la expulsión.

Tenía una idea en mente, aunque no sabía cómo llevarla a cabo. La radio en España le había brindado la posibilidad de obtener dinero para repatriar los restos mortales de Miguel, y ahora podría ayudarle a recuperar a su nieta. Debía acudir a la radio o la televisión de San Francisco, pero desconocía cómo hacerlo, ya que no tenía contactos ni conocía a nadie... Bueno, eso no era del todo cierto, porque conocía a una persona en Dallas, Melany Sullivan, y tenía su número de teléfono. La chica conocía su historia y se había compadecido de ella; pensó que tal vez podría ayudarla.

Entre sus pensamientos y la conversación con Rodolfo, Mila se sentía confundida, pero una parte de la conversación había captado su atención: si se casaba con un estadounidense, no la expulsarían del país, y entonces podría luchar por su nieta.

—Estoy tan desesperada que incluso he prestado atención a tu broma —le dijo a Rodolfo—. Pero estás hablando de los estadounidenses —se notaba la tensión en su tono de voz.

El mexicano protestó enérgicamente y luego le explicó que no tenía que casarse específicamente con un estadounidense, sino con un puertorriqueño. Le explicó que en 1917, la Ley Jones-Shafroth convirtió a los puertorriqueños en ciudadanos estadounidenses, eliminando las barreras para la migración libre entre ambos países.

—¿Qué intentas decirme, Rodolfo? —preguntó Mila con atención.

Y Rodolfo le informó que conocía a un amigo puertorriqueño que estaría dispuesto a ayudarla. No la expulsarían del país y podría reunir los fondos necesarios para luchar por su nieta.

Mila tuvo ganas de llorar de nuevo, pero se contuvo. Se sentía tan desesperada que estaba considerando seriamente la sugerencia de Rodolfo. El mexicano también le dijo que el Departamento del Trabajo de Puerto Rico había establecido un servicio de empleo, primero en la ciudad de Nueva York, y que ya había abierto oficinas en más de 115 ciudades de los Estados Unidos. Como esposa de un puertorriqueño, podría encontrar un trabajo mucho mejor remunerado que el que él le podía ofrecer en el café.

—Necesito hacer una llamada a Dallas, pero no tengo dinero en efectivo aquí.

Rodolfo sacó un billete de veinte dólares de su cartera y se lo dio.

—Yo no puedo pagarte —informó Mila.

Rodolfo salió de la habitación y Mila y Lupita lo oyeron hablar con el *sheriff*. Regresó unos minutos después y le informó que le habían permitido hacer la llamada. Mientras los tres esperaban, Mila pensó cuidadosamente en las palabras que debía decir, y, cuando pudo hablar con Melany, se hizo entender muy bien. Las palabras de aliento al otro lado de la línea le infundieron esperanza en su corazón. El tío de Melany trabajaba para la televisión de Dallas y la chica accedió a hablar con él. Además, le aconsejó que se acercara a la prensa, que siempre estaba ávida de noticias sensacionalistas, como la historia de unos padres fallecidos y una niña a la que no le permiten conocer a su abuela. Ese consejo le hizo reflexionar mucho y evaluar distintas opciones. Ella conocía perfectamente el periódico que solía leer uno de los clientes de Cruz Coffee.

«Necesito contactar a un periodista del *San Francisco Chronicle*», pensó con mucho más ánimo.

Capítulo 21

Bufete Howard&McCoy, San Francisco

Rex Grey estaba sentado en la enorme sala de reuniones esperando la llegada de Billy y David. Lo habían convocado de manera urgente y sabía que no traían buenas noticias para él.

Desde su silla giratoria, podía ver los altos edificios de la zona financiera de la ciudad y, sin darse cuenta, entrecerró los ojos. La extranjera no había regresado a Europa, pero había salido de la cárcel. Si por él fuera, la habría mantenido allí indefinidamente. Sabía que el juez Griffith le había impuesto una fianza de dos mil dólares y desconocía cómo había obtenido el dinero para salir de la cárcel. Aunque ya no había vuelto al rancho y se mantenía alejada.

—Agradecemos que hayas venido tan pronto —dijo Billy Howard detrás de él.

David lo seguía de cerca. Ambos abogados tomaron asiento frente a él y comenzaron a distribuir una gran cantidad de documentos sobre la mesa.

—Estás cometiendo un error tras otro —le dijo el abogado de mayor edad.

Rex apretó los labios con ira.

—¿Pensabais lo mismo cuando ganaba todos los casos para el bufete? —les preguntó con voz dura.

—¿Realmente creíste que la mujer no se enteraría de la existencia de la nieta?

Eso era precisamente lo que Rex había intentado evitar, primero enviando a la niña a Nueva York con su hermana y luego impidiéndole la entrada a Bloomfield.

—Vosotros habríais hecho lo mismo —se defendió.

Por primera vez, Rex notó en los ojos de sus socios un reproche evidente.

—Pero has acumulado una serie de errores —indicó David McCoy.

—No es cierto —lo corrigió Rex—. Y, aunque lo fuera, estáis aquí para demostrar lo contrario.

—Podrías haber resuelto todo este asunto de manera más equitativa —señaló Billy, sosteniendo su mirada—. Sin enfrentarte directamente a la mujer.

Rex se veía bastante incómodo.

—Podría haber regresado a Europa pacíficamente —continuó David.

—Y podríamos haber tomado las medidas necesarias, ya que teníamos a nuestro favor el factor sorpresa —concluyó Billy.

Rex tensó la espalda y cruzó una pierna sobre la otra.

—Olvidáis que estáis hablando con el mejor fiscal que ha tenido la ciudad de San Francisco —les recordó a ambos.

Billy Howard y David McCoy estaban de acuerdo en ese aspecto, pero Rex Grey había cometido una serie de imprudencias que podrían costarle muy caro.

—Veo que no eres consciente de todo lo que te estás jugando —le dijo Billy moviendo la cabeza en señal negativa.

—No he perdido ningún caso —afirmó secamente—, y el mío no será diferente, ya que pienso poner todo mi empeño fuerza e inteligencia en demostrar que os preocupáis de forma innecesaria.

—Andy Saxon va a entrevistar a Milagros Cervantes.

Rex conocía a Saxon, era un reputado periodista del *San Francisco Chronicle*. Esa era la primera noticia que Rex tenía sobre el asunto. Conocía al periodista en cuestión, ya que era un sabueso que le había dado más de un disgusto en sus casos como fiscal.

—Y no sólo eso —continuó McCoy—. Thomas Buzz ha decidido representarla.

El rostro de Rex reflejó la sorpresa que le causaba esa noticia. Thomas Buzz era su enemigo jurado y el mejor abogado de Dallas.

—Milagros Cervantes no tiene suficientes dólares para pagar los honorarios astronómicos de Buzz —les replicó a ambos—. Además, Buzz ejerce en Dallas.

—Thomas Buzz planea representarla de forma gratuita, como parte de su trabajo pro bono —le informó David—. ¿Te sorprende? Sabe que se enfrentará a ti y no ha dudado en venir desde Dallas y subirse al *ring* jurídico de San Francisco.

Rex se preguntó cómo la extranjera había contactado con el abogado más narcisista de todo Estados Unidos. Rex Grey no había

perdido ningún caso, pero Thomas Buzz tampoco. Había sido socio gerente de Howard & McCoy y un eterno rival de Grey. Buzz había trabajado arduamente para tener una facturación mayor que cualquier otro abogado de la firma, pero Billy Howard prefería a Rex Grey y siempre elogiaba sus habilidades legales. David McCoy también lo defendía como uno de sus mejores abogados, y Thomas Buzz decidió abandonar el bufete cuando consiguió un puesto mejor en Dallas. Se marchó porque Rex Grey le había jugado sucio y le hizo perder el mejor contrato jurídico de su vida.

—¿Cómo contactó la señora Cervantes con Thomas Buzz? —preguntó Rex Grey a pesar de haber decidido no hacerlo.

—A través de Joe Sullivan, el presentador de *CBS*.

Rex asintió, pero esa explicación no era suficiente, ya que, si era difícil contactar con un abogado tan prestigioso como Buzz, hacerlo con Joe Sullivan era casi imposible.

—La prensa está comenzando a apoyar a la abuela desvalida a quien el implacable fiscal Grey no sólo le ha negado el derecho de conocer a su nieta, sino que la ha enviado a la cárcel como si fuera una delincuente.

Rex apretó los labios hasta reducirlos a una línea dura. Él no tenía nada en contra de la mujer, excepto la intención de proteger a la hija que Rachel había dado a luz y por la cual perdió la vida. Creía entender las intenciones de la extranjera: llevarse a la niña de su lado, pero la aplastaría como a una cucaracha si intentaba hacerlo.

—Estaba en mi derecho al proteger mi propiedad y defenderme de ser agredido. —Tanto David como Billy observaron a Grey con suma atención.

—Has manejado todo este asunto de forma equivocada desde el principio —le dijo Billy en tono calmado y serio—, y vamos a enfrentar dificultades para ganar si sigues con esa actitud.

—Os aseguro que no perderé mi propio caso —respondió elevando su tono de voz—. Dejad que el juez Griffith se haga cargo.

Ambos abogados guardaron un incómodo silencio.

—Hilary Spencer ha sido designada jueza en el caso Grey contra Cervantes.

Rex escuchó las palabras de Billy Howard sin creer lo que oía. Hilary Spencer había sido su amante diez años atrás, y la relación entre ellos no había terminado de la mejor manera. ¡Maldición! Parecía que todo se estaba confabulando en su contra. Primero el

maldito periodista del *San Francisco Chronicle*, luego su archienemigo Thomas Buzz y ahora su amante despechada Hilary Spencer. ¿Qué más podría salir mal? ¡Absolutamente todo!

—Tendrás que permitir que la abuela visite a la nieta —le informó McCoy.

—No voy a ceder en eso. Las visitas de la extranjera a Bloomfield no volverán a ocurrir —informó Rex sin pestañear—. No pisará mis tierras a menos que concluya el juicio y lo pierda.

Howard y McCoy se miraron sorprendidos. Era la primera vez en toda su carrera que Rex Grey admitía la posibilidad de perder un juicio, especialmente uno tan importante como el suyo propio, pero ellos habían sido sinceros.

La extranjera no era la inocente que todos habían creído. Se había ganado la simpatía de la prensa hasta el punto de lograr que el mejor abogado de la costa sur la representara. ¡Y cómo las cosas se habían enredado desde la llegada de la extranjera a Santa Rosa! Se habían complicado tanto, que la amante despechada de Rex Grey sería la juez en el juicio. El fiscal veía la mano de Buzz en esa jugada. Tanto Billy Howard como David McCoy tenían claro que, si Rex Grey alguna vez tenía que pagar por sus pecados pasados como fiscal, sería en un juicio tan importante como el que tenían actualmente en sus manos.

Capítulo 22

Mayo era el mes de las flores, el más hermoso del año, excepto para Mila, que lo consideraba el peor de todos. Había tenido que iniciar un juicio para conocer el nombre de su nieta, Melissa Ellen Grey, de catorce meses de edad. Siguiendo el consejo de su abogado Thomas Buzz, no había visitado el Rancho Bloomfield ni había molestado a la familia Grey, pero le resultaba difícil y doloroso saber que una hija de su amado Miguel estaba viva. No sabía cómo no enloquecía de ansias por verla, besarla y abrazarla. Ninguna abuela merecía el trato que ella estaba recibiendo, pero Mila seguía luchando con todas sus fuerzas y seguiría haciéndolo.

Regresar a Argüeso se había convertido en algo imposible para ella, ya que no podía dejar a la hija de Miguel. Ahora tenía algo que la ataba y la unía a esa tierra tan grande y desconocida. El juicio acababa de comenzar y Mila ya sentía que lo estaba perdiendo. Desconocía cómo el señor Grey había obtenido toda esa información sobre su vida en Argüeso, pero lo había hecho y sus abogados habían dejado en claro su supuesta ineptitud e incapacidad a lo largo de su vida.

A pesar de todo, Mila seguía trabajando en Cruz Coffee y pudo alquilar un pequeño apartamento que no tenía ni dormitorio, pero no podía permitirse más. En el transcurso de ese largo y duro proceso, comenzó a hacer buenos amigos, como el *sheriff* Charles Stevens. También recibió la visita de Melany Sullivan desde Dallas, lo cual la hacía sentir menos sola.

Sin embargo, en el juicio se decían tantas cosas desagradables sobre ella, su vida y su relación con Miguel, que mantener la entereza se volvía cada día más difícil. Mila se preguntaba constantemente si Rachel Grey y Miguel habían estado realmente tan enamorados como ella quería creer. O si su matrimonio con Miguel había sido un error que duró sólo unas pocas semanas, como intentaba demostrar la parte contraria. Además, la prensa informaba diariamente sobre el juicio y

Mila no era tan ingenua como para creer que todo ese sensacionalismo era debido a ella. Al contrario, sucedía por el implacable fiscal, quien despertaba tanto admiración como animadversión en los ciudadanos.

Durante el juicio, Mila descubrió que Rachel había deseado ser actriz y se había marchado fuera de Estados Unidos para participar en una película como actriz secundaria. Fue en Buenos Aires donde conoció a Miguel. También se enteró de que Rachel había viajado a Argentina en tres ocasiones para encontrarse con su hijo, y en su última visita de regreso al rancho Bloomfield lo hizo casada. Mila llegó a creer que su hijo había organizado todo para irse a Estados Unidos con su esposa antes del accidente aéreo, pero resultó que no fue así. Cuando Rachel dejó Argentina, ya estaba embarazada, pero Miguel no pudo irse con ella, debido a la intervención de su malvado suegro. Durante el juicio, el abogado de Milagros Cervantes hizo hincapié en que el divorcio de la pareja no estaba en trámite; afortunadamente, la parte contraria no pudo refutar esa afirmación.

—¿No está Rodolfo? —preguntó el *sheriff*, quien venía acompañado de su ayudante.

Mila les dio la bienvenida con una sonrisa.

—Se fue a San Francisco para recoger un envío que llega desde México —explicó mientras les servía café.

Charles Stevens observó a las dos jóvenes que ayudaban a Mila en Cruz Coffee. Una de ellas estaba limpiando las mesas mientras la otra reponía.

—Este lugar ya no parece el mismo —comentó el joven ayudante mientras se quitaba el sombrero y lo colocaba sobre la barra.

Mila se sentía muy orgullosa de los cambios que Rodolfo había hecho en el local. Las ventanas tenían cortinas, las mesas estaban cubiertas con manteles y había flores frescas sobre ellas.

—Aquí tenemos la mejor cocina de todo San Francisco —la halagó el *sheriff*, mirándola intensamente.

Mila se puso nerviosa. Muchas cosas habían cambiado desde la primera vez que el *sheriff* Stevens la había encarcelado por orden del implacable fiscal Grey, pero en ese entonces ella no sabía lo que el futuro le depararía. Ahora, sin embargo, gracias al *sheriff*, Cruz Coffee tenía una clientela fiel que dejaba generosas propinas.

—Háblenos de Europa —le pidió el ayudante mientras removía su taza de café oscuro. Mila parpadeó sorprendida.

Ella no había salido de Argüeso, así que no podía contarles mucho

sobre Europa.

—Buenos Aires es una ciudad hermosa e interesante, con gente muy amable y hospitalaria —comentó Mila.

—Pero Buenos Aires no está en Europa —la corrigió el joven ayudante.

—Puedo hablarles sobre hermosos lugares de mi tierra, Cantabria, que me han descrito personas que conozco, como Santillana del Mar, que se conoce como la «villa de las tres mentiras» —los dos agentes la miraron expectantes—. Porque ni es santa, ni es llana, ni tiene mar —respondió y, al ver que ninguno de los dos hombres entendía el chiste, les explicó—. Es una broma que solemos contar entre los cántabros.

—¿Cómo va el juicio? —preguntó el ayudante del *sheriff*.

Mila se humedeció el labio inferior. ¡Como si nadie en Santa Rosa supiera cómo iba el juicio! La prensa repetía constantemente cada detalle de lo que sucedía en la sala.

—Creo que lo voy a perder —se lamentó Mila—. El señor Grey ha logrado retratar a mi hijo como un aprovechado, un descerebrado y una persona peligrosa.

—Eso es imposible teniendo a una madre como tú —intervino una de las camareras, que se había acercado a la barra junto a ella—. Mila es buena y dulce, no hay maldad en ella. ¿Cómo podría ser su hijo diferente?

Mila se emocionó por las palabras de Thelma.

—¿Y qué pasará si pierdes el juicio? —preguntó el *sheriff*.

Mila encogió los hombros.

—Trabajaré arduamente para intentarlo de nuevo con todas mis fuerzas y, si vuelvo a fracasar, lo volveré a intentar —respondió con determinación.

—¿Eso significa que no regresarás a Europa? —le preguntó el hombre.

Mila levantó la mirada y clavó sus ojos en el rostro anguloso del agente. Era un hombre fuerte, de carácter severo, y no había un ápice de simpatía en su mirada, especialmente para aquellos que no eran «gringos», pero ella lo entendía. En cierto sentido le recordaba a Tomasa y a Celestina: dos mujeres desconfiadas y cautelosas con todo lo desconocido.

—Mi hijo está enterrado en Bloomfield, y mi única nieta vive allí. ¿Cómo podría regresar a Europa?

El ayudante terminó su segundo café y se puso el sombrero.

—Espérame afuera, Robert —le dijo al ayudante.

El hombre joven asintió.

—Arrancaré el coche.

Mila observó cómo el agente se iba. Thelma se adentró en la cocina para preparar los almuerzos. El *sheriff* miró atentamente a Mila, tanto que ella sintió que un escalofrío la recorría de la cabeza a los pies.

—Le debo una disculpa —le dijo de repente.

Mila lo miró sorprendida.

—Sólo estaba cumpliendo con la ley.

Estaba claro que ambos se referían a los tres arrestos de Mila y a su encarcelamiento en el calabozo.

—En ese entonces no entendía su lucha porque desconocía la mayoría de los detalles —continuó el *sheriff*.

Mila parpadeó.

—¿Qué detalles?

—Que Rachel Grey se casó fuera de Estados Unidos —le dijo el *sheriff*, y Mila intuyó que él trataba de transmitirle algo, pero no sabía qué—. Sería necesario averiguar a través de la embajada si el nacimiento de la niña está registrado en Buenos Aires, porque su hijo ya era padre cuando tomó el avión hacia Estados Unidos.

El corazón de Mila amenazó con salirse de su pecho. ¿Cómo es que su abogado y ella no habían considerado ese detalle? ¡Era algo muy importante!

—¿Qué cambiaría eso? —le preguntó.

Pero el *sheriff* ya no le dijo nada más. Se ajustó el sombrero y se despidió de ella con un gesto amable. Mila lo vio salir del café mientras se hacía infinidad de preguntas. Luego se volvió hacia las camareras y respiró profundamente.

—Thelma, Susan, salgo un momento para hacer una llamada telefónica urgente. Vuelvo enseguida.

Mila necesitaba contarle a su abogado la conversación que había tenido con el *sheriff* de Santa Rosa.

Capítulo 23

El juicio había dado un giro de ciento ochenta grados. Miguel Cervantes había registrado a la pequeña Melissa Ellen Grey como Melissa Ellen Cervantes Grey. La embajada española se ofreció a enviar todos los documentos relacionados con el matrimonio y el registro de nacimiento de la niña. Mila también presentó las cartas que Rachel le había enviado a Miguel para refutar la idea de que planeaba divorciarse pronto.

Después de estas pruebas, Rex Grey solicitó un encuentro con ella aconsejado por sus abogados. En ese momento, Mila Cervantes entró en la sala de reuniones del bufete Howard&McCoy acompañada de su abogado.

Ella y Thomas Buzz se sentaron frente a Rex y sus dos abogados.

—Nuestro cliente ha aceptado una visita suya a Bloomfield —anunciaron.

Mila fijó la vista en Rex Grey. Su rostro mostraba molestia y la tensión era palpable en su cuerpo.

—La visita se realizará en un lugar de encuentro elegido por mi cliente —corrigió Thomas Buzz en un tono firme.

Mila no comprendía la tensa relación entre los cuatro hombres, desconocía el trabajo que su abogado había realizado en el pasado para Howard&McCoy. Empezó a escuchar una serie de crudas advertencias y amenazas que no lograba asimilar, ya que su atención estaba totalmente centrada en el señor Grey, quien permanecía en completo silencio. ¿Ver a su nieta en un lugar desconocido y rodeada de extraños?

—¿Podrían dejarnos a solas por un momento? —pidió de repente, y en contra de toda lógica.

Su abogado comenzó a aconsejarle que eso era contraproducente, pero ella deseaba tener una conversación privada con el suegro de su difunto hijo.

Finalmente, los tres abogados salieron de la sala de reuniones.

Entre los dos suegros se generó un momento tenso, largo e incómodo.

—¿Por qué mintió en el juicio acerca de mi hijo? —le preguntó de manera directa.

Rex Grey decidió que las vistas de la ventana ya no le interesaban, y miró fijamente a Mila sin parpadear.

—Rachel era lo único que tenía —respondió secamente.

Mila contuvo la respiración.

—Miguel era lo único que tenía —argumentó ella.

Rex apretó los labios al escuchar su respuesta idéntica a la suya.

—Está claro que la embaucó y la dejó embarazada a propósito para asegurarse su entrada a los Estados Unidos.

Las palabras de Rex sorprendieron a Mila que parpadeó en respuesta.

—¿Por qué mi hijo haría algo así? —se preguntó a sí misma—. Miguel siempre fue un chico noble, leal y obediente —comenzó a decirle—. Y, como vio en las cartas que Rachel le escribió, se amaban de verdad —le recordó.

—Esas cartas no significan nada para mí —respondió bruscamente.

Mila suspiró largamente. Grey era tan duro como una roca.

—Pero serán muy importantes para Melissa Ellen Cervantes Grey —respondió Mila.

La fiera mirada de Rex la taladró. Ella había deletreado los apellidos de forma intencionada. Mila supo lo que cruzó por la mente de él.

—En España es costumbre que los hijos lleven el apellido del padre y de la madre, como usted ha podido comprobar por los documentos enviados por la embajada española en Buenos Aires.

Mila no dejaba de observar el rostro del hombre que había intentado impedirle ver a su nieta, pero no podía culparlo por ello. Durante los meses en los que se había sentido tan sola y desamparada, había desarrollado una inusual capacidad para comprender los sentimientos de los demás.

—Nunca he pensado en separar a nuestra nieta de usted —le confesó sincera sosteniéndole la mirada.

Rex Grey pudo percibir la sinceridad en su tono.

—No la creo —respondió bruscamente.

—Si estuviera en su lugar, jamás le habría impedido conocerla, porque nuestra nieta ya ha sufrido demasiado al quedar huérfana de padre y madre.

—Esa niña le costó la vida a Rachel.

Estaba claro que el hombre no retrocedía en su postura.

—Y por eso culpó a Miguel —respondió ella—. Durante todos estos meses he podido aprender sobre la enfermedad que se llevó a Rachel —continuó diciéndole—. Y puedo afirmar sin lugar a duda que mi hijo no tuvo nada que ver con las complicaciones que Rachel sufrió después del parto. —Rex apretó los labios mientras la escuchaba.

—Soy yo quien debe juzgar por qué Miguel no estaba donde debía estar cuando mi hija dio a luz a Melissa —respondió Rex con rostro imperturbable. Mila decidió que si el señor Grey lanzaba dardos, ella le devolvería algunos.

—Miguel no tenía forma de saber que Rachel iba a tener complicaciones tan graves durante el parto de su hija —contestó conciliadora—. Pero si mi hijo no estuvo junto a su esposa, no fue por su elección —le recordó en tono duro—. Usted se negó a conocerlo y a tener relación con él, y le cerró las puertas de Bloomfield. —Rex levantó la barbilla en un gesto hostil.

Mila guardó unos minutos de silencio mientras buscaba las palabras adecuadas. Había tenido muchos días y noches para pensar en cómo enfrentar a Rex Grey, porque ella buscaba lo mejor para su nieta.

—Durante mi estancia en Santa Rosa he aprendido a observar y a entender que los estadounidenses: independientemente de su color de piel, tienden a resolver todo tipo de problemas a través del sistema legal.

Rex tensó la espalda. ¿A qué se refería mencionando el color de piel? ¿Estaba insinuando que era racista?

—¿Existe alguna otra forma? —respondió Rex en un tono calculado.

—Sí, a través del diálogo —respondió Mila sosteniendo su mirada —. Hablando se entiende la gente, pero eso es muy difícil porque ustedes son reacios a expresar sus sentimientos, a compartir lo que realmente quieren. A enseñar lo que necesitan.

—Nos educan de esa manera desde pequeños —contestó Rex.

Mila ya lo sabía, y no quería de ninguna manera que educaran así a la pequeña Melissa.

—Durante los días que duró el juicio, parecía casi amable, cercano, y ahora se comporta como si nada de esto le importara, y me pregunto por qué.

—Este juicio era inevitable —se justificó él.

—Era evitable —lo corrigió ella—. ¿Y sabe por qué? Porque yo no tenía la intención de quitarle a Melissa ni llevarla lejos, porque sé que su lugar está aquí, con su abuelo, con sus tíos maternos —Mila pudo escuchar el largo suspiro que soltó el hombre—. Deberíamos intentar ser amigos por el bien de Melissa.

—En el juicio ha quedado claro que yo soy el único que puede educar y mantener a Melissa adecuadamente —expresó Rex.

Sí, durante el juicio había quedado claro que Mila tenía muy pocos recursos.

—Sí, usted tiene una situación económica cómoda y la niña no tendrá carencias en el futuro —aceptó Mila—. Pero este juicio debería enseñarnos a ambos las lecciones que debemos aprender, y lograr una comprensión mutua por el bien de nuestra nieta.

—¿Qué me está ofreciendo, señora Cervantes? —le preguntó Rex Grey observándola atentamente.

—Que el perdón y la reconciliación son el único camino para proteger a Melissa, y para velar por su felicidad ahora y en el futuro.

—Ya he aceptado que la visite en Bloomfield.

Mila dejó pasar unos segundos antes de hacerle la pregunta crucial.

—Señor Grey, le ruego que me responda con sinceridad, si la situación fuera al revés, ¿se conformaría usted con eso?

Capítulo 24

La pequeña Melissa se mostró desconfiada y no quiso separarse de los brazos de su abuelo. Mila aceptó que en esa primera vez no la forzaría a mantener contacto con ella. Era preciosa, alegre y vivaz. ¡Y tenía los ojos de Miguel! El salón de Bloomfield estaba abarrotado, como si todos temieran que ella raptara a la niña y se la llevara por la fuerza. Mila hizo una mueca ante esa absurda situación.

—Te he traído un regalo —le dijo a la niña con dulzura.

Rex Grey no parecía incómodo sosteniendo a la niña en sus brazos, y era evidente que la quería de verdad. Mila abrió su pequeño bolso y sacó un sonajero de plata que tenía las iniciales MC grabadas.

—Era de tu padre —le dijo a la niña mientras se lo entregaba—. No sé por qué sentí el impulso de traerlo en un viaje tan largo, pero ahora estoy feliz de haberlo hecho.

Melissa se sentía segura en el regazo de su abuelo y tomó el sonajero, aunque no sonrió. Su sonrisa pertenecía únicamente a Rex Grey.

—Los vecinos de Argüeso hicieron una colecta en la iglesia para comprarlo. Fue el regalo más precioso que tuvo tu padre.

Mila volvió a sentarse y observó con gran atención al abuelo y a la nieta. Él no parecía incómodo sosteniendo a la pequeña en su regazo y no se veía como un abuelo; más bien parecía un tío o incluso un padre. Rex Grey era un hombre con una constitución envidiable, sin un centímetro de grasa en su cuerpo. Tenía leves arrugas alrededor de los ojos, pero su mirada era clara. «¿Cómo podría tener arrugas alguien que nunca sonríe?», se preguntó Mila entrecerrando los ojos. Luego recordó que él enviudó joven y tuvo que ocuparse de su única hija, y que Rachel le había causado más de un disgusto debido a su forma de ver y disfrutar la vida.

Al observar la escena de los dos, supo que ella era prescindible en la apacible e idílica vida de ambos, pero de alguna forma entendió que Rex no la alejaría. Melissa era lo único que le quedaba de Miguel y

Mila lucharía con uñas y dientes para verla crecer sana y feliz. Su abogado le había dicho que, si lograba tener una vida estable, un buen trabajo y mantenerse alejada de problemas, podrían solicitar la custodia compartida de la pequeña; después de todo, ella era la abuela paterna. Mila no se creía capaz de solicitar algo así, aunque lo deseara con todas sus fuerzas. ¿Cómo podría ocuparse de una niña tan pequeña teniendo un trabajo precario y viviendo en un apartamento de cuarenta metros cuadrados? Sólo tenía que mirar el interior de Bloomfield para darse cuenta de que Rex Grey podría enterrarla en dólares. ¿Cómo se había fijado Miguel en una chica que estaba tan fuera de su posición social?

Rex Grey observaba a la extranjera con atención. Sabía que ella se sentía en clara desventaja en comparación con él, y ese poder económico que tenía sobre ella le daba un sentido de superioridad. Además, consideraba que ella había mostrado poca inteligencia y sentido común al ofrecerle un acuerdo antes de que concluyera el juicio, un juicio que él sabía que iba a perder. Sin embargo, no podía ignorar el hecho de que el jefe mexicano de la mujer estaba movilizando a la comunidad puertorriqueña para ofrecer donativos a su causa, retratándola como una abuela desesperada llegada desde lejos y siendo injustamente tratada por un fiscal gringo implacable. Y, como si eso no fuera suficiente, una conocida periodista de Los Ángeles estaba siguiendo de cerca su caso y movilizando a importantes figuras para apoyar su causa. La mujer sentada frente a él no era consciente del movimiento social que se estaba formando a su alrededor: un movimiento imparable impulsado por mujeres de clase media que se identificaban con su situación. En todos sus años como fiscal, nunca había visto una movilización tan perturbadora.

Rex no era estúpido y sabía cómo aprovechar el momento para colocarse en una posición de ventaja; por eso había aceptado sin dudar el trato ofrecido por ella: tres visitas semanales a Bloomfield. Si el juicio hubiera continuado, él habría perdido mucho más.

—¿Come y duerme bien? —preguntó Mila sin dejar de mirar a la pequeña. Observaba los movimientos de la niña al tocar el sonajero y sonrió sin ser consciente de ello.

—No le gusta mucho la verdura —contestó Glory—, pero es una buena niña.

Mila soltó un largo suspiro. Estaba deseando abrazar a ese angelito que Dios había puesto en su camino para avivar una fe que casi había

perdido.

—A Rachel tampoco le gustaba la verdura —respondió Rex.

Después de esas palabras, tres hombres corpulentos abandonaron el salón de Bloomfield.

—La niña tiene que dormir, señor Grey —dijo Glory en tono seco.

Un largo silencio llenó la sala.

—Me marcharé enseguida —respondió Mila con tristeza.

Apenas había pasado una hora en compañía de la pequeña.

—¿Cómo regresará a Santa Rosa? —preguntó Rex de forma educada.

Mila dejó de observar a la niña y clavó la mirada en él.

—Le he pedido al taxista que me espere.

Rex parpadeó.

—Eso le costará muchos dólares —comentó sorprendido.

Mila estaría dispuesta a entregarle al taxista el sueldo de un mes si pudiera pasar toda una tarde con su nieta.

—En la próxima visita, despida al taxista —dijo Rex de repente—. Uno de mis hombres la llevará de regreso a Santa Rosa.

Mila se sorprendió al escucharlo. Esa oferta desinteresada la tomó por sorpresa, porque no la esperaba.

—Es un gesto muy amable, gracias —respondió nerviosa.

Con Rex Grey todo había sido tensión y malos modos desde el principio, por lo que esa repentina amabilidad por su parte le resultó inesperada.

—Si lo desea, puedo pedirle a Carl Buckley que la recoja los lunes y miércoles para traerla a Bloomfield. —Mila desconocía que Carl Beckley era el secretario de Rex Grey y que solía ir al rancho los lunes y miércoles por la tarde para informarle sobre las finanzas—. Carl tiene que pasar por Santa Rosa para llegar a Bloomfield.

—Sería muy amable de su parte —contestó Mila.

Al aceptar la oferta del señor Grey, podría ahorrar el dinero del taxi y utilizarlo para comprar regalos para la pequeña Melissa. El ánimo de Mila mejoró considerablemente.

—El sábado puede venir con Glory cuando haga la compra semanal.

A Glory no le agradaba tener que encargarse de la extranjera.

—El sábado no podré venir a Bloomfield —Mila no quería explicar que ese era su día más ocupado en Cruz Coffee—. Si no le importa, puedo acompañarlos a misa el domingo y después dar un pequeño

paseo con la niña.

Rex Grey no había asistido a misa en años.

—Pensé que era católica —le dijo de repente.

Mila suspiró.

—A Dios se le puede rezar en cualquier iglesia, sea católica o no.

Rex se quedó callado. Si la extranjera no podía visitar a la niña el sábado, era su problema.

—Este domingo no será posible —le dijo en tono bajo.

Mila lo observó atentamente y, después de unos segundos, asintió con la cabeza.

Había esperado mucho tiempo y todos esos días, noches, horas y minutos le habían ayudado a cultivar la paciencia. Un domingo no era importante para ella, porque habría muchos más.

Cuando concluyó el tiempo de visita, Mila se despidió de la niña y de Rex, salió del rancho con paso firme y sintiendo un inmenso alivio en su cuerpo. Había superado la parte más difícil, y ahora todo sería mucho más fácil.

Capítulo 25

Rodolfo y Lupe habían llevado a Mila a un *dinner* americano cerca de Santa Rosa. A ella le pareció como un vagón de tren con luces deslumbrantes y música que salía de una máquina llamada *jukebox*, lo cual le resultaba increíble, ya que podía contener una gran variedad de música. Disfrutó de su primera hamburguesa, aunque ya había probado anteriormente los macarrones con queso, la empanada de carne de pollo, el filete tipo Salisbury con puré, espinacas a la crema y alubias cocidas en salsa de tomate. Le gustaban las tartas, especialmente la de calabaza y la de manzana con helado de vainilla.

Sin embargo, a Mila no le agradaba completamente esa forma rápida de cocinar y comer. En Argüeso, durante los días festivos, las sobremesas solían extenderse hasta la hora de la cena. A menudo, Mila pensaba en todos aquellos que había dejado atrás, lo cual le provocaba una sensación de melancolía y un nudo en la garganta.

Esa noche había una fiesta en Cruz Coffee para celebrar el cumpleaños del *sheriff* de Santa Rosa, organizada por sus compañeros del cuerpo. Mila se esforzó en preparar entremeses, como empanada de carne de cangrejo, ya que eran abundantes en California, tortilla de verduras, croquetas de pollo, y, como plato principal, un asado de cordero bien condimentado con patatas. Rodolfo y Lupe obsequiaron al *sheriff* con unos dulces mexicanos llamados «borrachitos», que estaban hechos de leche y harina, y rellenos con diferentes cremas. Al *sheriff* le gustó especialmente el de rompope.

Dado que en Cruz Coffee no había *jukebox*, la música fue proporcionada por una banda de puertorriqueños que tocaban muy bien. Mila observaba con asombro los bailes de *rock and roll* en vivo; ella no podría hacer esos movimientos sin salir disparada.

Conforme la fiesta llegaba a su fin, Mila pudo sentarse junto a Lupita y observar bailar a los demás.

—¿Se está divirtiendo? —le preguntó Charles Stevens con una mirada radiante.

Telma y Susan se encargarían de recoger la cocina más tarde; así le permitían a Mila descansar unos momentos mientras disfrutaba observando los bailes.

—Creo que debería ser yo quien se lo pregunte, señor Stevens —respondió Mila con una sonrisa.

El *sheriff* tomó asiento a su lado.

—Es el mejor cumpleaños de mi vida —contestó seriamente.

Pero Mila conocía bien al *sheriff* de Santa Rosa y, aunque no sonriera con la boca, sus ojos brillaban, al menos en ese momento.

—Esperemos que sea el primero de muchos mejores cumpleaños —le dijo mientras seguía sonriendo.

—¿Me permitiría bailar con usted? —le preguntó el agente.

Mila lo miró horrorizada.

—Es imposible que yo pueda bailar algo como eso —afirmó categóricamente.

En ese momento, varias parejas bailaban el *Swing Dance*.

—Creo que ya no tengo la edad para moverme así. —Mila no sabía que el *sheriff* le había pedido a la banda una canción en particular.

Cuando comenzó una canción lenta, Charles Stevens se levantó y le tendió la mano a Mila, quien se sintió cohibida. Sin embargo, dado que todos los presentes los miraban, optó por aceptar y caminaron juntos hacia el centro de la improvisada pista. Bailar esa hermosa melodía no resultó difícil. El *sheriff*, siendo un hombre grande, la llevaba con destreza.

—Es una canción muy bonita —le dijo Mila mientras se movían de un lado a otro—, pero suena tan triste.

Mila simplemente se dejaba llevar por el *sheriff*.

—La canción forma parte de la banda sonora de la película *Unchained* , que se estrenó el año pasado —le explicó el *sheriff*.

Mila no sabía qué era una banda sonora, ya que nunca había ido al cine. El *sheriff* interpretó perfectamente la expresión de su rostro.

—¿Nunca ha ido al cine? —Mila negó con la cabeza—. Eso es algo que debemos cambiar.

La canción llegó a su fin y Mila se separó del agente, aplaudiendo como los demás. Había sido su primer baile y se sentía emocionada y nerviosa. El solista de la banda puertorriqueña anunció que iban a interpretar la última canción. Mila se alejó lentamente del centro de la pista en busca de una silla para sentarse.

—¿Me permites invitarte al cine la próxima semana? —la tuteó de

pronto.

Mila no supo qué responder y fue Rodolfo quien vino en su ayuda. El resto de la celebración continuó y el cumpleaños llegó a su fin.

***

El lago Tahoe le encantó a Mila por sus aguas limpias y cristalinas. Observaba las montañas verdes que rodeaban el lugar y disfrutaba viendo a las familias pasear felices. Pasaron un día realmente agradable. Aunque les llevó casi medio día llegar al lago y regresaron a Santa Rosa de madrugada, Mila disfrutó mucho mojándose los pies en las frías aguas y comiendo una hamburguesa completa, también alitas de pollo y una ensalada gigante en un restaurante donde sonaba la música de Elvis Presley. Además, jugó con los hijos de Rodolfo y Lupe, convirtiendo ese día en el mejor regalo que podrían haberle dado.

Mila había visitado varias veces a la pequeña Melissa, quien ya no la extrañaba tanto, aunque aún no le permitía que la tomara en brazos. Pero Mila tenía paciencia de sobra para ganarse el afecto y la confianza de la niña. Cuando no trabajaba en Cruz Coffee, pasaba horas cosiendo vestiditos para su nieta, también tejiendo. Ya había terminado un jersey del mismo color celeste que tanto le gustaba a Miguel.

Mientras subía a su pequeño apartamento, justo al lado de donde vivía la familia de Rodolfo, Mila se sentía afortunada, especialmente porque, aunque había perdido a un hijo, había ganado a una nieta. Era una niña preciosa, y ella no la había visto cumplir su primer añito porque no conocía su existencia. Había perdido un año de vida de su nieta y se prometió a sí misma no perderse ni un sólo día más.

Mila se deshizo la trenza y peinó su larga cabellera. Pensó en cortarse el pelo y llevarlo suelto, pero se arrepintió de inmediato. Le gustaba cómo vestían las mujeres estadounidenses, su libertad de movimiento y la forma en que conducían sus enormes autos. Se preguntó si podría aprender a conducir para facilitar sus visitas a Bloomfield, pero se llamó «tonta» varias veces. ¿Cómo podría permitirse comprar un auto? Con lo poco que ganaba, apenas le quedaba dinero para sobrevivir, ya que todo en Santa Rosa le parecía carísimo en comparación con Argüeso. Sin embargo, se sentía realmente afortunada. Estaba haciendo muchos amigos, tenía un buen

trabajo y estaba segura de que la vida en el futuro sería mejor para ella que en el pasado.

Mila soltó un suspiro largo, se metió en la cama y apagó la luz.

Capítulo 26

Rex Grey esperaba a su hermana Emma y a su cuñado Charly, quienes acababan de llegar de Europa. Pasarían unos días en Bloomfield antes de partir hacia Nueva York, y él tenía muchas novedades que contarles.

Dado que la pequeña Melissa ya caminaba, había contratado a una niñera para ayudar a Glory. La mujer no se quejaba, pero cuidar de una niña tan pequeña le quitaba tiempo que debía dedicar al rancho para que todo funcionara correctamente. Al pensar en el rancho, Rex entrecerró los ojos.

Bloomfield había sido construido en 1890 por un acaudalado empresario del negocio ferroviario y minero, quien también resultaba ser tío abuelo de su esposa Ellen. La propiedad, a la que se accedía por una impresionante puerta de hierro forjado, consistía en dos parcelas separadas con una vivienda principal y una casa de invitados. La casa principal se caracterizaba por las elaboradas molduras en forma de corona que adornaban la mayoría de los espacios. Aunque originalmente tenía siete chimeneas, Rex las redujo a cuatro. En la actualidad, contaba con cinco dormitorios principales, siete baños y una bodega. A Emma no le gustaba llamarlo rancho, pero Rex lo había adaptado para que no fuera tan lujoso, sino más acogedor.

Rex dejó de contemplar el estanque de lirios, el lugar favorito de Rachel, cuando Glory abrió la puerta para recibir a su hermana Emma.

—Si supieras todo lo que hemos visto en Europa... —le dijo Emma con una sonrisa de oreja a oreja.

Charly dejó su maletín y su gabardina sobre el sillón.

—Pero teníamos ganas de volver a casa.

Emma miró a su alrededor.

—¿Dónde está la pequeña Melissa?

—Linda la traerá en un momento —respondió Rex, y Emma alzó las cejas, ya que no conocía ese nombre—. He contratado a una niñera más joven para que ayude a Glory con la niña.

Charly ya había tomado asiento y cruzado una pierna sobre la otra.

—Me alegra que me hayas hecho caso —dijo Emma mientras aceptaba una taza de café que le servía la mencionada—. Melissa necesita brazos fuertes y jóvenes.

Rex optó por guardar silencio. Su hermana Emma no podía ni imaginarse todo lo que había cambiado desde su partida.

—¿Cuándo regresáis a Nueva York? —le preguntó a su cuñado.

—¿Acabamos de llegar y ya nos estás echando? —inquirió Emma haciendo una mueca con la boca.

—Tres o cuatro días —contestó el cuñado—. Todavía no tengo que reincorporarme.

Emma miró a los dos hombres con sorpresa.

—Eres el dueño de la clínica —le dijo a su esposo—. No tienes que reincorporarte.

Charly ladeó la cabeza.

—Y tú estás jubilado —le espetó a su hermano.

—No estoy jubilado —contestó Rex—. Me he tomado un tiempo porque pensaba dedicarme a la política.

Emma tomó un pequeño emparedado.

—¿Y por qué has cambiado de opinión?

Rex tomó su taza de café para tomarse un tiempo antes de responder. No había cambiado de opinión, había perdido a Rachel.

—Han surgido algunos problemas en el bufete —Rex omitió que el bufete había llevado su causa contra Milagros Cervantes.

Emma pensó que su hermano se refería a algún caso en particular y que ella no conocía.

—Seguro que Howard y McCoy están deseando que regreses.

Sí, pero Rex no pensaba hacerlo sin decidir antes qué iba a hacer al respecto.

—La habitación ya está preparada —anunció Glory, quien ya había dado órdenes de que subieran el equipaje de los recién llegados.

Emma observó a la mujer con ojos soñadores. Cuando Glory se marchó, miró directamente a los ojos de su hermano.

—¿Cuándo me permitirás llevarme a Glory a Nueva York? —le preguntó directamente.

Rex sabía que Emma quería llevarse consigo a su mejor asistente, pero él no estaba dispuesto a permitírselo.

—Glory es indispensable en el rancho.

—Bloomfield no es un rancho —lo corrigió la hermana—. Un

rancho es una propiedad de muchas hectáreas dedicada principalmente a la cría de ganado a gran escala o de caballos —continuó—. Y en Bloomfield no se hace nada de eso.

Rex no hizo comentario alguno.

—Hay ranchos tan grandes que cabrían cuatro Bloomfield dentro —apuntó Charly con media sonrisa.

—¿Os gustó París? —les preguntó Rex para cambiar de conversación.

Emma sonrió de forma cándida.

—Me ha sorprendido la diferencia en la percepción del tiempo para los europeos, y también las distancias —comenzó a explicarle Emma —. Edificios de más de mil años, ¡guau!, y luego piensan que cien millas es una distancia medianamente larga.

—Eso se debe a que Europa tiene una mayor densidad de población y un tamaño más reducido —intervino Charly.

—¿Puedes creer que la gran mayoría de los europeos tienen coches con transmisión manual? —Emma lo dijo como si fuera algo inaudito —. Y admito que me ha resultado un poco complicado el sistema métrico de gramos, litros y celsius, pero me adapté rápidamente.

—Las francesas son mujeres muy bellas —apuntó Charly para molestar a su esposa.

Rex terminó sonriendo al ver el rostro enojado de su hermana.

—Pues los franceses no se quedan atrás —afirmó Emma con tono seco.

Rex recordó su estancia en Europa durante la guerra, pensó en todos los compañeros que perdió y, sobre todo, en cómo la guerra le hizo cambiar de opinión sobre varios aspectos de su vida y su futuro. Pero regresó de la guerra y perdió a Ellen...

—¿Me estás escuchando, Rex?

—Disculpa, estaba pensando en mi estancia en Europa.

Tanto Charly como Emma se fijaron en el rostro de Rex. Sabían cuánto había sufrido durante esos años que sirvió en el frente. Tener que dejar a una esposa e hija no debió de resultarle fácil, y tampoco fue fácil perder amigos en el camino.

—Deberías volver a Francia —le dijo la hermana—. Estoy convencida de que te gustaría ver con tus propios ojos cuánto ha mejorado Europa desde la guerra.

Rex ni siquiera se lo había planteado. Regresar a Europa no estaba entre sus prioridades.

—Quizás en el futuro —respondió para tranquilizar a su hermana.

Pero Emma lo conocía muy bien. Rex había sido un joven divertido, estudioso pero muy competitivo. Siempre había tenido claro cómo quería dirigir su vida; de hecho, había planeado cada uno de los pasos que había dado, hasta que estalló la guerra en Europa.

La entrada de la pequeña Melissa hizo que Emma dejara de pensar en su hermano y en lo desgraciado que parecía en ese momento.

—Pero ¡cómo ha crecido!

Emma se levantó rápida y caminó hasta la niña que venía dando pasitos pequeños cogida de la mano de la niñera. La pequeña le sonrió, y fue como si el sol iluminara el salón de Bloomfield.

Emma llevaba muy mal no tener hijos propios, pero lo disimulaba muy bien delante de la gente.

—Ven con la tía Emma, preciosa.

Rex se dedicó a observar las carantoñas y tonterías que le hacía Emma a Melissa.

Capítulo 27

Mila agradecía la rutina. Veía a su nieta tres veces a la semana, y como el sábado era el día de más trabajo en Cruz Coffee, Rex Grey había aceptado que la viera en domingo después de misa. La pequeña ya le sonreía cuando la veía y la aceptaba a su lado. El abuelo siempre estaba presente durante las visitas, pero entre ambos se había establecido una cierta cordialidad, pues él permitía los regalos a la pequeña y también que Mila preparara la comida del domingo. Aunque Mila había sido una mujer analfabeta e ignorante, ponía el corazón en cada alimento que cocinaba.

En ese momento, se sentía feliz.

La tarde de cine que vivió Mila acompañada del *sheriff* resultó memorable. Juntos vieron la película *Limelight*. Charles la había escogido porque le gustaba el actor Charles Chaplin y la historia que contaba. Mila se emocionó, ya que era la primera vez que iba al cine y además comió palomitas. Lloró por el desarrollo de la historia y, una vez que terminó la proyección, se sintió tranquila. La experiencia había valido la pena, pero antes de aceptar la invitación al cine, Mila se había mostrado renuente, ya que nunca había tenido una cita con un hombre. Charles tuvo infinita paciencia y ganó gradualmente su confianza. Para Mila, resultaba incomprensible la libertad que las mujeres tenían en Estados Unidos: podían estudiar libremente, conducir un coche e incluso divorciarse. Pensaba en Argüeso y su corazón se entristeció. Ahora más que nunca comprendía a Lola, sus inquietudes e inconformismo. Una mujer que nunca ha probado la libertad no la echa de menos, sobre todo cuando no puede acceder a información que le muestre la diferencia. Pero ahora Mila podía escuchar las noticias en inglés, leer los diarios y se sorprendía de todos los cambios cuando se tenía suficiente conocimiento para comparar.

—No te ha gustado la película —le dijo el hombre, pero no era una pregunta, sino una afirmación.

Charles Stevens caminaba al lado de ella en dirección al coche.

—Al principio me pareció muy triste y me puso sentimental —admitió Mila.

—Un veterano de guerra en plena decadencia que acoge en su hogar a una joven atormentada —Charles resumió el argumento en esas palabras.

—Decadente y alcohólico —le recordó Mila—. ¿De verdad puede la mente hacernos creer que estamos enfermos sin estarlo?

La joven protagonista había intentado suicidarse con gas y, como resultado, sufría un trastorno psicológico que la hacía creerse paralítica.

—Pero el cómico logró que recuperara el movimiento, también su amor por la danza.

Mila clavó la mirada en los ojos del *sheriff* y sonrió. Le gustaba ese tono azul intenso y también su practicidad al encarar los asuntos.

—Por eso te gusta el argumento —le dijo—. Porque en parte te recuerda la labor y el esfuerzo que hacen los policías para proteger a la gente.

Charles sonrió de oreja a oreja.

Le gustaba la extranjera porque era muy guapa, porque tenía una fuerza de voluntad como no había visto nunca y porque parecía tan frágil que daban ganas de sobreprotegerla. Con ella tenía que ir muy despacio y mostrar prudencia, pero cada momento que pasaba a su lado lo hacía sentir muy bien.

—Háblame del padre de tu hijo —le pidió de pronto.

Mila dejó de caminar y Charles se percató de que la había molestado.

—Lo lamento —se disculpó sinceramente—. No pretendía incomodarte.

Entre los dos ya se tuteaban, pues habían compartido varias cenas en Cruz Coffee y una primera cita en el cine, además de algunos paseos ya que Charles solía acompañarla cuando terminaba su trabajo, siempre que se lo permitía el suyo propio. Se quedaba en Cruz Coffee hasta que ella finalizaba su jornada laboral y luego la acompañaba hasta su apartamento. Al principio, Mila se negó rotundamente, pero luego fue aceptando su compañía con naturalidad.

—Háblame sobre tu esposa —le pidió a su vez.

Charles encogió los hombros.

—Nunca me he casado —le dijo con franqueza—. Ahora ya sabes que soy un solterón gruñón e intratable.

Mila sonrió, y a él le pareció que la tarde se iluminaba.

—Un poco gruñón sí que eres —afirmó ella sin dejar de mirarlo.

Los dos volvieron a caminar.

—Toda mi vida la he dedicado al Cuerpo —confesó el hombre—. Como mi padre y mi abuelo antes de mí, y no he tenido tiempo para buscar a la persona indicada que soporte este mal carácter.

Mila soltó una pequeña risa. Los estadounidenses eran únicos para enumerar sus defectos sin inmutarse.

—Yo tampoco me casé —confesó de pronto—. Pero nunca hablo sobre el padre de Miguel —con esas palabras esperaba cortar cualquier interés sobre el tema.

—Me gusta escucharte —le dijo Charles—. Tienes un acento muy interesante.

Mila resopló. Rodolfo solía decirle que le hería los oídos con las jotas y las erres.

—Antes de venir a California —comenzó Mila—, jamás podría haber imaginado que hablaría otro idioma que no fuese mi lengua materna.

—Hablas español mexicano —la corrigió él.

Mila volvió a sonreír. Charles la provocaba a menudo porque le gustaba especialmente cuando sonreía.

—No manches —respondió ella—. Órale pues, que tienes puritita *rasón*.

Charles soltó una carcajada.

—Ahora parece que estoy escuchando al charlatán que tienes por jefe.

—Rodolfo Cuarón es una buena persona —afirmó Mila, rotunda—. Me tendió la mano cuando más lo necesitaba.

El *sheriff* optó por guardar silencio porque habían llegado al vehículo. Le abrió la puerta de forma caballerosa y, antes de introducirse en el interior, Mila le sostuvo la mirada.

—Tú también eres un buen hombre —le dijo en un tono bajo, pero Charles la había escuchado muy bien.

—¿Cenarías conmigo la próxima semana? —le preguntó impaciente.

Mila se sentó en el asiento del conductor antes de responder.

—¿En Cruz Coffee? —le preguntó ella.

—Quiero llevarte a un lugar especial en la ciudad de San Francisco.

—No creo que sea una buena idea —contestó sin mirarlo—.

Podemos despertar murmuraciones.

A Charles esa respuesta le pareció ilógica. Los dos eran adultos, estaban solteros y se atraían. ¿Dónde estaba el problema?

—Soy un hombre honorable.

—Lo sé —respondió ella—. Pero nunca me ha gustado ser el centro de un chisme.

Esas palabras le dijeron a Charles mucho más sobre Mila de lo que ella se imaginaba. El *sheriff* arrancó el vehículo.

—¿Te gustaría ver un musical? —le preguntó mientras ponía el intermitente.

Mila giró el rostro para mirarlo.

—Podemos ir al teatro en San Francisco —le ofreció.

—¿Un musical? —preguntó ella.

—¿Nunca has asistido a un musical? —Mila negó—. ¿Tampoco ópera? —Volvió a negar—. Prefiero los musicales actuales, porque la ópera no me gusta, pero haría una excepción por ti.

Mila se emocionó al escucharlo. Pensó en su vida en Argüeso y lo diferente que era en Estados Unidos. Había aprendido a leer, a comprender otro idioma. Había visto cosas que muchas españolas nunca verían. Disfrutaba de libertad de movimiento, podía expresar libremente sus opiniones y exponer sus ideas, pero todo eso lo cambiaría sin dudar un sólo instante si pudiera tener de nuevo a Miguel con ella.

Charles debió percibir su cambio de humor porque se giró a mirarla un segundo.

—Creo que mi propuesta sobre el musical no te ha gustado mucho.

Mila hizo una mueca con la boca que el *sheriff* no vio, y se tomó un tiempo en responderle.

—Pensaba en lo mucho que ha cambiado mi vida en este último año —confesó en voz baja.

—Algunas cosas pueden cambiar a mejor —le soltó él.

—Daría mi vida por volver a tener a mi hijo a mi lado.

—Debió de ser muy duro para ti que se marchara tan lejos.

Y esas palabras accionaron un mecanismo en su interior, y la movieron a explicarle cómo era su vida en Argüeso. La ayuda que había recibido del párroco para que su Miguel pudiera terminar sus estudios y cómo Lola le había buscado al muchacho un puesto de trabajo en Argentina gracias a un huésped de la hospedería que tenía negocios en Buenos Aires. Charles la escuchaba atentamente mientras

conducía, porque ella, sin darse cuenta, le daba detalles muy importantes sobre su vida, como que siempre había estado sola y necesitada.

—Le encantarías a mi madre —le soltó él de pronto.

Mila clavó la mirada en el rostro anguloso.

—¿Por qué te extrañas tanto? No soy tan mayor.

Mila ignoraba cuántos años tenía el *sheriff* de Santa Rosa.

—¿Tu madre vive? —le preguntó perpleja.

—Es una anciana, y ahora vive en una residencia. —Para Mila eso era algo inadmisible porque los hijos debían cuidar a los padres—. No puedo verte, pero sé que me censuras con esos bonitos ojos.

La mujer medio sonrió.

—¿Y por qué vive sola en una residencia en lugar de vivir con su hijo? —la pregunta contenía una crítica inesperada.

—Se le fue la cabeza cuando mis dos hermanos menores perdieron la vida en Europa durante la guerra. —Mila lamentó haber preguntado —. Mi padre murió meses después en un accidente de ferrocarril, era el maquinista.

Eso era una terrible tragedia. Perder dos hijos en la guerra y un marido en un accidente. ¿Qué mujer podía enfrentarse a eso cada día?

—Lo lamento mucho —se compadeció ella sinceramente.

Charles le sonrió.

—Los primeros años pude ocuparme del cuidado de mi madre, pero a medida que fue perdiendo la cabeza, su salud también empeoró.

Mila no se atrevía a preguntarle cuántos años tenía, aunque no hizo falta porque Charles lo adivinó.

—Voy a cumplir cincuenta y dos el próximo otoño. —Mila bajó la mirada porque Charles parecía mayor—. Ya conoces mi mayor secreto.

—Yo tengo treinta y ocho, pero aparento más —le dijo ella para consolarlo.

Charles hizo cálculos mentales.

—¿A qué edad tuviste a Miguel? —le preguntó.

Mila se sentía incómoda hablando sobre su vida privada, pero Charles y ella eran amigos, y habían compartido muchos momentos buenos durante esas semanas.

—Tuve a mi Miguel a los quince años —confesó apenas con un hilo de voz.

El hombre no podía creérselo.

—Eras casi una niña —se podía apreciar la incredulidad en la voz del hombre.

Lo era, se dijo Mila, pero Miguel había sido el regalo más hermoso que una mujer podía recibir.

—Eran tiempos duros en España, ahora lo son más, pero fui afortunada al tenerlo porque le dio un motivo a mi existencia.

Charles podía entenderla.

—¿Y no sentiste la necesidad de tener más hijos? —indagó con verdadero interés por conocer su respuesta.

—Vivo en un lugar muy pequeño y somos pocos vecinos —reveló con cierto humor—. Fíjate si es pequeño que no hay coches salvo el de Lola, la dueña de la hospedería, y el del veterinario que también es el alcalde del pueblo —Charles la escuchaba atento—. Hasta mi llegada a Buenos Aires, no sabía lo que era una televisión, ni una lavadora.

—¿No teníais televisión ni lavadora en tu pueblo? —le preguntó perplejo.

—¡Aquí tenéis hasta aspiradora! —exclamó—. Una mujer puede pasarse la vida manejando todos esos aparatos del hogar.

—¿Es una queja? —quiso saber él.

Mila ladeó la cabeza y lo miró fijamente.

—Todo lo contrario...

Charles estacionó el auto frente a la fachada del apartamento de Mila, la acompañó hasta la puerta, y le deseó las buenas noches como un perfecto caballero. Esperó hasta que ella entró a la vivienda y se giró de nuevo hacia el coche. Había sido una cita muy interesante, y confiaba en que no fuera la última.

Capítulo 28

Rex Grey sentía un dolor de cabeza horrible, un malestar provocado por la intromisión constante de la extranjera y sus recriminaciones. Pero sentía que se estaba rindiendo, que estaba aceptando cada vez más la intrusión de la extranjera en su vida y se sentía desleal consigo mismo. ¿Cuándo se le había ablandado el corazón? Rex admitía que disfrutaba de mirarla y escucharla, así como de las nanas en español que le cantaba a Melissa. Darse cuenta de que Milagros no era la oportunista que había creído, le provocó una hecatombe y le hizo mirarla con nuevos ojos. ¿Se habría equivocado realmente en su trato hacia su hijo Miguel? Ya no sabía qué pensar, salvo que la extranjera le provocaba sentimientos encontrados.

Emma entró al salón como una tromba. Su esposo Charly aún no había regresado de cabalgar.

—¿Melissa tiene una abuela y me lo has ocultado? —le recriminó Emma alzando la voz—. Por eso me extrañó ver las tumbas tan limpias y cuidadas.

Rex se giró hacia ella. Emma llevaba el cabello arreglado a la última moda. Su visita a la peluquería había valido la pena.

—La familia paterna de Melissa no es de nuestra incumbencia —respondió el hermano mayor, cruzando los brazos al torso.

—¿Te estás escuchando? —preguntó Emma horrorizada.

Rex apretó los labios.

—¿Cómo te enteraste?

Emma parpadeó incrédula.

—Porque no se habla de otro tema en Santa Rosa. Es un chisme muy jugoso entre la clientela de Judy.

Judy era la mejor peluquera de Santa Rosa según su hermana.

Como Rex casi no salía por el pueblo, apenas se enteraba de cosas que no le interesaban.

—Fue una sorpresa verla en la puerta de Bloomfield —reveló de repente—. Traía una foto de su hijo Miguel y de Rachel.

—Y la echaste a la calle, la denunciaste y pasó la noche en la comisaría —le recordó la hermana.

—Era una desconocida e hice lo mejor para Melissa.

—¡Es su abuela! —exclamó la hermana, molesta por la conducta de su hermano mayor.

—Pero ya todo se ha arreglado —intentó calmarla—. Hemos establecido un acuerdo de varias visitas a la semana, y también el domingo por la mañana.

Emma miró a Rex con los ojos entrecerrados. Sentía que él presentaba el acuerdo como si fuera una gran concesión por su parte.

—Sé todo sobre el juicio y lo que intentaste hacer para evitar que tuviera contacto con su única nieta —replicó en un tono encendido—. Eso no es propio de ti, Rex.

El fiscal tragó saliva con fuerza.

—Por culpa de los Cervantes he perdido a Rachel.

Esa acusación fue la más injusta que Emma había escuchado de su único hermano.

—Miguel no tuvo la culpa de la muerte de Rachel —le recordó en un tono de voz seco.

Rex tensó la mandíbula y la miró fijamente.

—Para mí siempre la tendrá —declaró con voz grave.

Emma quedó conmocionada al conocer todo lo que había sucedido durante esas semanas en las que ella y Charly estuvieron en Europa.

—La abuela tiene muchos más derechos, y lo sabes —le recordó.

Sí, Rex lo sabía, pero le convenía que la extranjera fuera tan ignorante y desprovista de recursos. Como si su hermana pudiera leer su mente, le soltó:

—Pues la señora Cervantes se ha ganado la amistad de Charles Stevens —le informó sin dejar de observarlo.

—No me importa en lo más mínimo las amistades de esa mujer —espetó Rex, dando por zanjado el asunto.

—Me niego a creerlo —respondió sin estar convencida—. ¡Tienes miedo de que te la quite!

Rex parpadeó.

—¿De verdad crees que puedo temer algo de esa mujer? —la pregunta de Rex ardía.

Emma soltó un largo suspiro.

—Por lo que he oído, Charles le pedirá matrimonio y, una vez que estén casados, le informará legalmente sobre todos y cada uno de sus

derechos. Además, te tendrá atrapado en ese laberinto que has construido en torno a ti por tu estupidez.

Era la primera vez que Rex escuchaba eso. Tal vez debería visitar a Charles y advertirle sobre ello.

—No me importará nada de eso, porque planeo establecerme en Nueva York.

Emma no podía creerlo.

—¿Vas a huir? —le preguntó perpleja—. Debo decirte que no importa a dónde vayas, eso no te servirá de nada —le advirtió seriamente—. Según todo lo que he oído, esa mujer es fuerte y no se rendirá. Te seguirá donde sea que vayas.

Sí, esa era una posibilidad, pero a Rex no le importaba. Tenía buenos contactos y excelentes referencias, por lo que podría instalarse en Nueva York en un par de meses.

Emma intentó cambiar la perspectiva.

—¿Y si fuera al revés, Rex? ¿Cómo te sentirías si esto hubiera sucedido en Europa y fueras tú la parte contraria en esta historia? ¿Te conformarías?

Claro que no se conformaría, pero Melissa era lo único que le quedaba de Rachel y no iba a ceder ni un milímetro en protegerla de todos.

—¿Cómo la convenciste? —terminó preguntando la hermana.

—¿Cómo la convencí de qué? —respondió el hermano con otra pregunta.

—Rachel se casó fuera de Estados Unidos —le recordó Emma—. Y la niña está registrada como ciudadana española en la embajada española de Buenos Aires.

—Eso no significa nada —alegó el hermano.

—La abuela puede solicitar la custodia de la nieta, lo sabes — Emma había tocado un punto sensible.

—Ella no tiene recursos —le recordó el hermano—, no es ciudadana estadounidense y no puede reclamar nada. —Emma mostró sorpresa—. Además, su abogado ya la ha asesorado sobre este tema y ella conoce sus limitaciones.

—Si se casa con Charles Stevens, obtendrá la ciudadanía estadounidense por matrimonio y no se conformará con las migajas que tú le das. Al menos yo no me conformaría.

—¿Qué intentas decirme?

Emma lo miró durante un largo rato.

—Que te prepares para lo peor…

Capítulo 29

Cruz Coffee estaba lleno. Rodolfo había contratado a un camarero muy eficiente de la pequeña población de Fulton, especialmente para el turno de tarde noche. Rodolfo seguía en la cocina y Mila atendía las mesas con la jarra de café caliente. La puerta del local se abrió y una mujer muy guapa entró, lo observó todo hasta que sus ojos se encontraron con los de Mila.

—¿Mesa para uno? —le preguntó Mila, acercándose a ella.

—Sí, por favor.

Mila giró la cabeza para encontrar un lugar para ella.

—¿Es usted Milagros Cervantes?

—Así es —contestó—. Sígame.

Normalmente los clientes no esperaban que Mila u otros camareros los acomodaran, pero el café estaba casi lleno.

—¿Qué desea tomar? —le preguntó Mila, sacando su libreta de notas.

—Un café —contestó la mujer.

Las cejas de Mila se alzaron en interrogación.

—¿Sólo café? —le preguntó—. La tarta de queso es la favorita de los clientes y casi se ha terminado —la animó—. Pero si no le gusta el queso, le recomendaría la de manzana.

—Está bien —aceptó la mujer—. Café y tarta de queso.

Mila sonrió y se dirigió a la barra donde estaba Thelma. Hizo el pedido y esperó.

Emma observaba a la mujer tratando de no mostrar su sorpresa en el rostro. Era muy guapa, joven y se desenvolvía muy bien en ese ambiente frenético. Llevaba un uniforme distinto al de las otras dos camareras, especialmente porque no llevaba identificación, por eso había necesitado verificar su nombre. Emma no tenía modo de saber que Mila se había dejado olvidada en su apartamento la placa con su nombre.

—Verá que le gusta la tarta, aunque hoy no podrá repetir —le dijo

Mila al colocarle el plato con la tarta y los cubiertos.

—¿Es usted la abuela de Melissa? —le preguntó la otra directamente.

Al escucharla, Mila se detuvo en seco. Miró hacia la barra y le hizo una señal a Thelma. Se tomaría un par de minutos. Thelma salió de detrás de la barra para atender los pedidos de los clientes.

Mila tomó asiento frente a la desconocida.

—No tengo el placer de conocerla —le dijo en tono suave.

Emma apartó el plato con la tarta y la miró fijamente.

—Soy Emma Smith, y soy la tía de Melissa.

Mila sabía que las mujeres estadounidenses adoptaban el apellido de sus esposos al casarse.

—¿Es usted hermana de Rex Grey? —quiso saber—. Nunca la he visto en Bloomfield.

Emma apoyó la espalda en el respaldo del sillón corrido.

—He estado viajando por Europa, concretamente en París, durante los últimos meses.

—Bienvenida de nuevo a casa —respondió Mila con una sonrisa—. ¿Cómo está Melissa hoy? —era lunes y su próxima visita era el miércoles.

—Está guapísima y es tan dulce…

Los ojos de Mila se suavizaron.

—Melissa ha heredado lo mejor de su madre y de su padre.

Emma había ido a Cruz Coffee para conocer a la abuela, una abuela que resultaba ser igual o incluso más joven que ella misma.

—Melissa tiene unos ojos tan hermosos como los suyos —la aduló Emma.

A juzgar por el volumen del moño de la extranjera, Emma supuso que debía tener el cabello muy largo: un cabello castaño brillante que apenas mostraba canas. Al igual que su tez clara. Sus rasgos no eran típicamente mexicanos o puertorriqueños. Tenía facciones europeas, incluso podría pasar por una estadounidense.

—Lamento no haber conocido a Miguel, pero vivo en Nueva York. —El rostro de Mila mostró cierta confusión al escuchar eso—. Mi esposo y yo decidimos pasar unos días de vacaciones con mi hermano Rex aquí en California.

A Mila le parecía increíble que esa mujer amable, con una mirada cálida, fuera hermana del fiscal.

—Nunca había visto a una persona con el mismo color de ojos que

su apellido —bromeó Mila, pero luego se disculpó—. Debo seguir atendiendo a los clientes, pero me alegra haberla conocido.

Mila se levantó y le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Cuándo podríamos conversar? —la escuchó preguntar.

Mila se preguntaba qué querría hablar Emma con ella.

—El miércoles por la tarde en Bloomfield, es la tarde en la que visito a Melissa —propuso Mila.

Emma asintió. Ahora que la había visto, tenía muchas preguntas sobre ella y deseaba conocer más acerca de su vida y de su hijo Miguel.

—Entonces, te esperaré en Bloomfield el miércoles por la tarde.

Mila se despidió y se dirigió hacia la barra, pero se detuvo en una de las mesas debido a la solicitud de un cliente que deseaba repetir uno de los platos que había pedido.

Emma la observó trabajar, sonreír y desenvolverse con habilidad. Pensó en su hermano y en lo equivocado que estaba respecto a todo lo relacionado con Melissa. La abuela era la persona más adecuada para educar a la niña. Era joven, dispuesta y, sobre todo, parecía ser una buena persona.

Emma había realizado sus investigaciones en el pueblo y se había sorprendido por lo que había descubierto. Melissa necesitaría un modelo femenino en su vida, y nunca lo obtendría de una niñera. Ahora, ¿cómo podría hacerle entender eso a su hermano?

Probó la tarta y cerró los ojos. Era la mejor tarta de queso que había probado en su vida y se preguntó si el resto de la comida sería igual de buena. Decidió llevar comida de Cruz Coffee a Bloomfield. Tenía que probarla Charly y también Rex.

***

—Qué bueno está este asado —dijo Charly, disfrutando de una buena porción de carne.

Rex se había servido bastante menos, ya que últimamente no tenía mucho apetito.

—Me gusta el sabor de las especias —añadió Emma, mientras se servía una generosa cantidad de salsa.

—Tengo que felicitar a Glory por esto —afirmó Charly, saboreando cada bocado.

—No lo ha cocinado Glory, sino Milagros Cervantes —reveló

Emma.

Rex se quedó paralizado con el tenedor a medio camino de la boca. Lo dejó sobre el plato y miró a su hermana con reproche en sus ojos grises. Habían probado unos bocados rebozados que le habían gustado especialmente. Su hermana los había llamado croquetas o algo así.

—¿Has visto a la señora Cervantes? —le preguntó Rex.

—Sí, he podido conversar con ella en Cruz Coffee —respondió Emma. Rex inclinó la cabeza, asimilando la noticia—. Me ha gustado tanto la tarta de queso que decidí llevarme un poco de asado y también los aperitivos que ella ofrece.

—Pues yo también quiero probar esa tarta de queso —dijo Charly, sin dejar de comer.

—¿Por qué fuiste a verla? —inquirió el hermano.

Emma siguió cortando sus patatas asadas como si nada hubiera pasado.

—¿Por qué iba a ir a ese lugar sino para conocerla? —explicó Emma de forma paciente—. Después de todo, ella es la abuela de Melissa.

A Rex no le gustó en absoluto esa explicación.

—¿Estás conspirando en mi contra? —le preguntó, inquisitivo.

—Esto no es uno de tus juicios —le recordó la hermana—. Tenía interés en conocer a la madre, ya que no tuve la oportunidad de conocer a su hijo, mi sobrino político.

Emma notó cómo su hermano apretaba los labios en señal de enfado. Charly comenzó a comprender la tensión entre ambos. Al principio de la cena, no había notado los comentarios ácidos que su esposa le dirigía, pero ahora todo estaba claro.

—Podré hablar con ella el próximo miércoles aquí en Bloomfield —añadió Emma—. Es la primera visita de la semana, ¿verdad?

Rex no dijo nada más. Dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó. Charly se quedó mirando a su esposa con una expresión de sorpresa. El resto de la cena transcurrió en silencio.

Capítulo 30

Mila había traído unos bollos que ella misma había horneado para el café, y también le había llevado comida a Melissa. Un guiso que olía especialmente bien y un postre al que llamó natillas. Dejó todo en la cocina antes de disculparse y salir por la puerta.

Emma se quedó asombrada.

—El miércoles suele limpiar las tumbas —le explicó Glory—. Le he dicho que no es necesario, que yo me ocupo, pero no me hace caso.

Emma entendía la postura de la señora Cervantes. ¿Quién mejor que una madre para cuidar la tumba de su hijo? Si su hermano Rex se mudaba a Nueva York, le daría su propia llave de Bloomfield. Y, para su sorpresa, Rex decidió estar presente en la visita del miércoles. Llegó a la casa mientras Glory explicaba a Milagros cómo funcionaba la lavadora, ya que Milagros decía que iba a comprarse una. La pequeña Melissa estaba devorando las natillas que le había hecho Milagros.

Sentada en el regazo de su abuela, parecía más una hija que una nieta.

—Yo también me animo a probar esa crema que parece tan deliciosa —dijo Emma, contemplando a su sobrina que no dejaba nada en el plato.

—Era el postre preferido de Miguel —explicó Milagros, mostrando cierto orgullo en su voz.

—¿Y qué son estas galletas tan extrañas? —preguntó Emma.

—Son pantortillas de mi tierra. Están hechas de hojaldre y azúcar caramelizado.

—Están muy buenas —dijo Emma que ya se había comido tres.

Rex observaba a las dos mujeres mientras tomaba una taza de café. Le dieron ganas de coger una de esas galletas, pero se contuvo. La señora Cervantes también había traído una especie de bizcochitos que olían a mantequilla.

—¿Les gustaron los aperitivos? —les preguntó.

—Esas bolitas estaban deliciosas: cremosas y suaves por dentro, y

crujientes por fuera —confesó Emma.

—Son croquetas, y en Argüeso las preparamos incluso con las sobras de otras comidas.

—¿Y esa crema con tropezones? —preguntó Emma.

—Le decimos ensaladilla —respondió Milagros. Emma se quedó pensativa—. Puede hacerse de varias formas, aunque la más conocida es la que lleva atún y patata.

—Es un poco difícil de untar en el pan, pero de sabor estaba muy buena.

Milagros sonrió al escucharla y Rex frunció el ceño. Veía a su hermana hablando con la extranjera como si la conociera de toda la vida, y Glory escuchaba atentamente sus recetas. Incluso Melissa se sentía cómoda en sus brazos. Era obvio que a Milagros le gustaban los niños, pero Rex no podía evitar sentir desconfianza de sus intenciones... Bueno, debía admitir que también sentía celos. Celos de que ella se ganara el cariño de Melissa y de que la volviera en su contra. Eso era lo que lo hacía actuar de manera tan radical.

Su hermana le hizo una pregunta y él no sabía cuál era su motivo.

—¿Perdona? —le pidió que se la repitiera.

—Podríamos organizar una cena el domingo e invitar a Milagros, ya que es su día de descanso. Así podría pasar más tiempo con Melissa.

A Rex no le hizo ninguna gracia, pero no podía negarse.

—Yo podría preparar el almuerzo, siempre y cuando Glory compre los ingredientes —le ofreció Mila.

—No sé si sería una buena idea —empezó a excusarse el hombre, pero Emma se le adelantó.

—Es una forma de reconocimiento.

Emma no dejaba de mirarlo, como si esperara ansiosa su respuesta, y Rex se sintió incómodo. Se giró rápidamente para que nadie notara su apuro.

—Si ya lo has decidido, no sé por qué me preguntas.

Emma lo miró sorprendida.

—Porque Bloomfield es tu casa y eres el anfitrión.

Mila no perdía detalle de los gestos del hombre.

—Mientras no tenga que cocinar yo...

Esa respuesta le pareció a Emma una forma de evadirse. Algo ilógico en su hermano.

—Y puedes traer contigo al *sheriff* Stevens —remató su hermana.

En ese momento, Milagros se encontró sin saber qué decir, excepto un simple «gracias».

—Es un buen amigo de la familia —le explicó Emma.

—No creo que sea lo correcto, pero gracias —respondió Milagros en tono suave.

Rex se percató entonces del suave acento de la extranjera y tuvo que admitir que le gustaba cómo sonaba, sobre todo cuando le cantaba esas nanas en español a Melissa.

El resto de la tarde pasó rápidamente.

***

El jueves, a media mañana, Mila estaba algo distraída. Rodolfo le preguntó cuál era el motivo, pero ella sólo farfulló en respuesta.

Emma iba a pasar a última hora para recoger la lista con los ingredientes que tenía que comprar para preparar la comida del domingo. Como todavía había tiempo, le informó que haría la compra el viernes. Sin embargo, Milagros estaba indecisa por primera vez en su vida. No podía elaborar uno de los platos típicos de Cantabria porque no tenían los mismos ingredientes, y quería impresionar a los comensales, así que decidió hacer un lechón asado al horno. En Argüeso, solían hacer los asados en el horno de leña, pero estaba segura de que en el horno que había visto en Bloomfield saldría incluso mejor, ya que no había que controlar las brasas.

En el décimo intento de Rodolfo de obtener información de ella, Milagros decidió contarle el motivo de su preocupación: la cena formal que tenía que preparar en el rancho Bloomfield el domingo. Rodolfo se autoinvitó y Milagros soltó una pequeña risa que logró calmarla. Le dijo que Emma había invitado a Charles, pero ella había rechazado la invitación. Rodolfo le dijo que estaba equivocada, pero Milagros no se enfadó. El *sheriff* siempre era un tema demasiado punzante para su gusto en Cruz Coffee, ya que todos lo señalaban como una gran opción y le decían que sería una tonta si lo rechazaba. Rodolfo no le decía tonta sino «pendeja», pero ella no se enfadaba.

—No voy a llevarlo y punto —le dijo a su jefe, dando por concluida la conversación. Pero a Rodolfo no le importaba en absoluto. Tenía una opinión y, antes de guardarla para sí mismo, preferiría que el mar se secara.

Capítulo 31

Emma la recibió con una amplia sonrisa y se ofreció a ayudar en lo que pudiera, pero Mila amablemente rechazó su oferta, ya que quería hacerlo todo por sí misma. Además, quería demostrar a todos que era una buena cocinera. Era la primera vez que Mila se ponía nerviosa al cocinar, pero sentía la mirada de cuatro pares de ojos fijos en ella. Finalmente, decidió preparar lechón asado con patatas, ensalada como acompañamiento y quesada de postre. Glory tenía todos los ingredientes preparados cuando llegaron de la misa. Era la primera vez que Mila se sentaba en el amplio coche del señor Grey con su nieta y disfrutó del paseo. Al llegar a Bloomfield, pudieron deleitarse comiendo unos sándwiches de pollo que Glory había preparado por la mañana.

Mila se puso manos a la obra con el asado a las cuatro de la tarde, justo cuando la pequeña Melissa dormía la siesta, y Emma le ofreció una copa de vino blanco mientras charlaban.

—Siempre hay que tener contento al cocinero —dijo Emma mientras le tendía la copa.

Mila trató de rechazarla, pero Emma no lo permitió. Le explicó que quería brindar por el futuro de Melissa, y Mila no tuvo más opción que aceptar.

—Es un buen vino californiano —le dijo Emma—, especialmente cuando se disfruta en buena compañía.

Mila sabía que el señor Grey estaba en la sala, y eso la ponía nerviosa, ya que parecía juzgarla sin mirarla ni hablarle. Era una sensación extraña, sobre todo porque no habían tenido ninguna diferencia de opinión durante ese tiempo y sólo tenían un trato mínimo y necesario.

—¿Cómo aprendiste a cocinar? —preguntó Emma mientras se sentaba en un taburete y tomaba un sorbo de su copa. Mila miró hacia la sala—. No te preocupes por ellos, mi esposo y mi hermano saben cómo entretenerse hasta la hora de la cena —le dijo en voz baja—.

Comenzarán a hablar de política y deportes, dos temas que detesto con toda mi alma; por eso me alegro de estar aquí mirándote y charlando.

—¿Qué me habías preguntado? —inquirió Mila mientras terminaba su copa y viendo que Emma se servía otra.

—Cómo y dónde aprendiste a cocinar —reiteró Emma.

Mila se sumió en recuerdos que la hicieron sentir melancólica.

—Cocino desde que tengo uso de razón —comenzó a decir—. Como no sabía leer ni escribir, algunas vecinas del pueblo me recitaban los ingredientes de los guisos locales hasta que los aprendía de memoria.

—Tu forma de cocinar no se basa sólo en la memoria —le dijo Emma—. Tus guisos tienen un alma propia.

Mila ya había metido la bandeja con el lechón en el horno y se reincorporó, mirando atentamente a Emma.

—Eso es lo más bonito que me han dicho nunca —respondió emocionada.

—¿Qué le disgustaba a Miguel? —preguntó Emma.

A Mila le encantaba hablar sobre las preferencias de su hijo.

—A Miguel no le gustaban los caricos —respondió Mila.

—¿Caricos? —repitió Emma con curiosidad.

Mila se quedó pensativa por un momento, buscando una palabra similar.

—Es una legumbre roja que utilizamos mucho allá —explicó Mila.

Emma le sonrió.

—Aquí las mujeres no cocinan —le explicó.

Mila no podía creerlo. Con esas hermosas cocinas llenas de utensilios y electrodomésticos, ¿cómo podían resistirse las mujeres?

—Entonces, ¿quién cocina aquí? —preguntó Mila intrigada.

Emma le guiñó un ojo.

—En Bloomfield, cocina Glory —respondió—. Sí, esa negra tan quisquillosa pero a la que queremos mucho. Ella fue quien nos crio a mi hermano y a mí.

Mila dejó de pelar las verduras para la ensalada y miró fijamente a Emma con un auténtico interés.

—¿Aquí las madres no crían a sus propios hijos? —preguntó asombrada, recordando una conversación que había tenido con Rodolfo sobre las mujeres blancas y las sirvientas negras. Mila las veía esperando el autobús que las llevaba a San Francisco para su jornada diaria. Entre el viaje y el trabajo debían de perder un valioso tiempo

que podrían pasar con sus propias familias. En ese momento, Mila se dio cuenta de que en Estados Unidos también había personas que sufrían mucho y no tenían nada.

Como Mila había preparado el postre temprano en la mañana, pudo sentarse con Emma para seguir conversando. La hermana de Rex le llenó de nuevo la copa.

—Me gustaría que fuéramos amigas —admitió Emma seriamente.

Mila hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

—Eso es muy difícil, considerando que usted vive en Nueva York.

Ni Mila ni Emma lo sabían, pero Rex estaba prestando mucha atención a la conversación que mantenían ambas mujeres en la cocina. El aroma que salía del horno era una verdadera tentación y Rex se dio cuenta de que tenía mucha hambre.

—Voy a picar algo —le dijo a Charly, quien lo siguió a la cocina.

Mila había preparado unos aperitivos en un plato. Emma ya estaba devorando una de las empanadillas.

—Está deliciosa, ¿qué es?

—Son empanadillas rellenas —respondió Mila.

—Nunca había probado esta masa antes —comentó Emma.

Rex siguió el ejemplo de su hermana y tomó una empanadilla con forma de media luna. Le dio un mordisco y disfrutó del relleno. Estaba realmente sabrosa. Cuando terminó, se dio cuenta de que Charly ya se había comido cuatro. Rex envió a Charly a la bodega para que trajera otra botella de vino.

—Están muy buenas —le dijo a Mila.

—Es un aperitivo muy común en mi lugar de origen —informó Mila.

Emma intentó pronunciar la palabra, pero no pudo hacerlo.

—Aquí lo llamarían *snack* —les explicó Mila.

Rex tomó otra empanadilla y la observó más detenidamente. Lo que tenía entre los dedos no podía ser llamado simplemente un *snack* porque estaba demasiado bueno.

Cuando Melissa se despertó de su siesta, su abuela la mimó y le preparó su propia cena. Mila le había pedido a Emma que le diera la tarde libre a Glory para que pudiera estar con su familia, por lo que Mila pudo encargarse de preparar la cena de Melissa. Cuando la niña se terminó todo, la acomodaron en su lugar favorito en el salón para que pudiera jugar mientras ellos ponían la mesa. Durante la cena, hubo pocos intercambios de palabras. Mila mantuvo la mirada baja,

pero de vez en cuando la levantaba para echar un vistazo a Melissa. La niña jugaba ajena al interés de la abuela.

Rex no dejaba de observar a Mila, ya que indudablemente tenía un talento para cocinar. Estaba sentada a su mesa, él disfrutando de los manjares que había preparado, y Rex podía ver en su mirada que ella no deseaba estar en Bloomfield y, si estaba allí, era sólo por Melissa.

La cena fue un éxito y todos felicitaron a Mila por su habilidad en la cocina.

—Oh, Milagros, esto está delicioso, por favor, deja Cruz Coffee y ven conmigo a Nueva York —le ofreció de repente Emma—. Te pagaré lo que me pidas.

La propuesta parecía fuera de lugar para Mila.

—Nunca dejaré a Melissa —respondió con determinación—. Dondequiera que esté mi nieta, estaré yo sin dudarlo.

Esa afirmación golpeó fuertemente el pecho de Rex, quien supo que la extranjera le iba a complicar mucho más la vida de lo que ya lo había hecho meses atrás.

—Señora Cervantes, ponga precio a su trabajo, y Emma y yo lo pagaremos gustosos —ratificó Charly.

Mila se puso a la defensiva.

—Ya les he dicho que no puedo marcharme de Santa Rosa porque aquí está mi nieta.

—¿No te ha contado mi hermano que está pensando en mudarse a la ciudad de Nueva York? —le dijo Emma con una sonrisa calculada.

Mila clavó la mirada en el señor Grey, esperando una confirmación por su parte, pero al mantenerse en silencio, no dudó en preguntarle:

—¿Piensa trasladar su residencia a Nueva York? —demandó en tono bastante enfadado.

Rex planeaba hablar con su hermana más tarde, ya que lo había metido en un aprieto.

—He decidido retomar mi intervención en la política, y lo haré mucho mejor desde Nueva York —se justificó.

Mila no entendía de política estadounidense, pero tenía claro que Nueva York estaba demasiado lejos de San Francisco.

—Antes de morir Rachel, pensabas hacer política por California —le recordó la hermana.

Mila se quedó en silencio. Ese domingo que prometía ser genial se había convertido en un desastre porque el señor Grey no le había dicho que pensaba irse. Dejó de comer y de prestar atención a la

charla de los dos hombres sobre política. Su hermana también estaba callada. Tenía que llamar a Tom Buzz y contarle lo que había pasado. Quizás él le diera más importancia a la idea del periodista Joe Sullivan, el tío de Melany, de sacar su caso a la luz pública en Dallas. Eso podría ser lo que necesitaba para detener las intenciones del señor Grey de irse lejos. Cuando Rex Grey ofreció llevarla de vuelta a Santa Rosa Mila aceptó, ya que era una oportunidad perfecta para hacerle unas preguntas sin la presencia de su hermana y cuñado.

Capítulo 32

El coche del señor Grey era tan grande y opulento como su dueño. La primera milla la recorrieron en completo silencio, pero Mila no pudo contener su enfado por más tiempo.

—¿De verdad piensas llevarte a nuestra nieta lejos de mí? —lo tuteó por primera vez.

Rex se veía visiblemente incómodo.

—Es una decisión que todavía no he tomado, pero lo he considerado, sí.

Su sinceridad no la molestaba, sino su condescendencia.

—¿Vas a llevarte a Melissa a más de tres mil millas de distancia?

Mila no podía creérselo.

—Podrás verla siempre que lo desees —respondió de manera seca.

Mila cerró los ojos sintiendo un vuelco en el estómago. ¿Cómo podría superar esa distancia cada vez que quisiera ver a Melissa? Un año atrás, se habría echado a llorar, pero Mila era una mujer nueva que ya no se permitía ceder a la desesperación.

—Entonces tendré que considerar aceptar el trabajo que me ha ofrecido tu hermana en Nueva York —lo desafió con toda intención—. Porque allí donde vaya Melissa, iré yo.

Rex situó el coche en el arcén con una frenada brusca y se giró para mirarla fijamente.

—¿Todavía no entiendes que no te quiero en la vida de Melissa?

Mila apretó los labios con enfado.

—Eso me ha quedado muy claro durante todos estos meses —le espetó tan furiosa que no se contenía—. Pero no se trata de lo que tú quieres o lo que yo quiero, se trata de nuestra nieta y lo que ella necesita.

—Soy perfectamente capaz de proporcionarle todo lo que necesita.

Sí, eso se lo había repetido hasta la saciedad.

—Melissa necesita a su abuela tanto como a su abuelo —afirmó rotunda.

—Melissa necesita seguridad, estabilidad, y sólo yo puedo ofrecérsela.

El enfado de Mila aumentaba por momentos.

—¿Y qué hay del cariño, del afecto?

—¿Me acusas de no querer a mi nieta?

Mila sentía ganas de bajarse del vehículo y continuar caminando hasta Santa Rosa, porque, si seguía dentro del coche, era posible que comenzara a golpearlo con el bolso.

—Melissa nos tiene a los dos —protestó ella—. Ambos somos importantes en su vida, y no voy a permitir que te la lleves tan lejos.

Rex pasó la mano por su cabeza y decidió sincerarse un poco. Llevaba días con un pesar en su interior al que no podía darle salida. La presencia de ella lo perturbaba, lo incomodaba, y le despertaba algo que hacía mucho tiempo que no sentía: interés.

—Deseo poner distancia entre tú y yo, y no sólo por Melissa.

Mila no entendió muy bien su explicación.

—¿Es por el juicio? —le preguntó—. Porque podría haberlo ganado, y sin embargo te ofrecí un trato justo que me dejó en clara desventaja — la voz de Mila subió de tono y gesticulaba con sus manos de manera exagerada—. Pero te aseguro que, si tuviera la oportunidad, no te lo ofrecería de nuevo.

Rex la miraba intensamente, sin parpadear. Mila estaba enfadada y acalorada, pero aun así, seguía siendo hermosa.

—Tengo motivos para marcharme o para que te marches —le espetó de pronto.

Mila se quedó con la boca abierta durante unos segundos.

—¡No te he dado ningún motivo! —exclamó dolida.

Ella era una buena mujer que había hecho todo lo posible para ganarse el corazón de los Grey porque deseaba formar parte de la vida de Melissa. De pronto, Rex hizo algo completamente inesperado: la sujetó de la cabeza con ambas manos y la besó. Mila se quedó estupefacta y no pudo reaccionar, pero fue perfectamente consciente de los labios de Rex moviéndose sobre los suyos en una caricia tan íntima que la estremeció. El beso duró sólo unos segundos, pero la había conmocionado para el resto de su vida.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó con voz dura.

Rex soltó un suspiro largo.

—Para que entiendas que tengo que marcharme o que te marches tú.

Esa explicación la dejó aún más confusa.

—¿Por qué me has besado? —volvió a preguntarle.

Pero Rex ya no dijo nada más. Arrancó de nuevo el coche y salió del arcén rumbo a Santa Rosa.

Mila sentía ganas de llorar, de maldecir y abofetearlo. ¿Acaso no se daba cuenta del caos que le había provocado con ese beso repentino?

El hombre la dejó en silencio frente a su apartamento. Mila bajó del auto sin decir nada, incapaz de mirarlo porque se sentía sofocada. Tampoco se despidió. Cuando escuchó el rugido del motor, se giró para ver cómo se alejaba. Rex Grey no podía ni imaginar el tremendo caos que había desatado en su interior.

***

Rex buscó a su hermana para emplazarle a que se marchara por la mañana de Bloomfield. Su presencia sólo empeoraba las cosas porque lo obligaba a tomar decisiones drásticas, como mostrarle a Milagros Cervantes el interés que le despertaba. Ignoraba cuándo había sucedido o cómo, pero recelaba que habría comenzado durante el juicio cuando la mujer se defendía con tanto candor de sus graves acusaciones. La había visto a diario, se había enfrentado a ella continuamente, y le había ganado en todas y cada una de las luchas. En ese momento, recordó todas sus palabras, las constantes peleas verbales y el cambio que se había operado en él.

De detestarla a desearla sólo había una línea muy fina, y la había cruzado sin darse cuenta.

—Has sido muy grosero con Milagros —la recriminación de su hermana la esperaba.

—¿A qué juegas, Emma? —le preguntó directamente—. ¿Piensas que eres una especie de Robin Hood?

Emma apretó los labios.

—No estaría mal un poco de justicia, señor fiscal —se burló la hermana.

—¿Piensas que Milagros merece justicia de mi parte? ¿Una completa desconocida de la que no sabes qué intenciones trae?

Emma inspiró hondo.

—Es una buena mujer —contestó seria—. Y ha recibido un trato injusto por tu parte.

—Tal parece que la Robin Hood de Santa Rosa necesita hacer

sangrar al malvado fiscal, ¿no es cierto? —le preguntó en un tono muy serio.

—No —respondió la hermana—. Nunca he pretendido hacerte daño, pero sé lo injusto que fuiste con Rachel y su decisión de casarse con Miguel, y lo mal que te has portado con la madre.

Rex se sentía dolido por las palabras de su hermana. ¿Por qué lo atacaba?

—Y eso lo dice una mujer que no sabe lo que significa ser madre...

Emma soltó un jadeo de sorpresa por las palabras ofensivas de su hermano.

—Discúlpate ahora mismo —le ordenó Charly, que se sentía furioso con Rex.

Él nunca se entrometía en peleas entre hermanos, debido a las muchas que habían ocurrido en el pasado, pero no podía permitir que Rex dañara intencionalmente a su esposa. Ellos no tenían hijos debido a la infertilidad de Emma, y que Rex se lo echara en cara había sido despiadado por su parte.

—Nos marchamos —afirmó Charly.

Emma todavía no podía articular palabra debido al dolor que sentía por su hermano y su injusta acusación.

Rex se masajeó el cuello, sintiéndolo tenso. Todo se había descontrolado desde la cena, y había lastimado a su hermana a propósito.

—Discúlpame, Emma —le pidió sinceramente.

Pero la hermana se sentía incapaz de reaccionar.

—Vete a la mierda —respondió su esposo por ella.

Y, como si los astros se hubieran alineado en su contra, se escuchó el llanto agudo de la pequeña Melissa desde el piso de arriba.

—Nos vamos...

La marcha abrupta de su hermana Emma y de Charly se sumó a la fiebre de la niña, y su impaciencia y angustia crecieron aún más.

Capítulo 33

Milagros regresó al rancho Bloomfield en un taxi poco después de que Emma se marchara, quien había hecho una breve parada en la puerta de su apartamento en Santa Rosa para informarle de que la pequeña Melissa había enfermado. A ella no le importaba haber sido sacada de la cama: había escuchado que la niña estaba enferma y su corazón se llenó de miedo. Se vistió rápidamente sin prestar atención a lo que llevaba puesto. Cuando llegó al rancho y tocó el timbre, fue Rex quien abrió la puerta.

—¿Dónde está Melissa? —preguntó mientras se apresuraba a entrar.

Milagros nunca antes había estado en la planta alta del rancho, pero no preguntó si podía subir. Siguió el sonido del llanto y acudió rápidamente. En cuestión de segundos se hizo cargo de la pequeña. Le tocó la frente, bajó la mano por su cuerpo hasta el vientre y lo sintió duro. Cuando presionó, la niña gritó. Le preguntó a Glory si había hecho deposiciones ese día y la mujer negó con la cabeza. Le informó de que llevaba dos días sin hacerlas, y Milagros se puso manos a la obra. La niña sufría de un fuerte estreñimiento, pero ella sabía cómo solucionarlo.

—El doctor llegará pronto —le dijo Rex desde la puerta de la habitación infantil.

Milagros se negó a mirarlo.

—Melissa no necesita un doctor, necesita hacer caca —respondió con sequedad.

Le dio instrucciones a Glory, quien la miró sorprendida, pero no cuestionó su orden. Rex decidió abandonar la habitación, ya que Milagros se estaba ocupando de la situación con habilidad, y se dirigió al salón para servirse un *whisky*.

Varias horas después, decidió subir para ver cómo iba todo y encontró a Milagros sentada en una mecedora con la pequeña en brazos mientras dormía plácidamente.

Esa mecedora había sido comprada por Rachel poco después de regresar de Argentina.

Había intentado llamar al doctor nuevamente, pero se encontraba atendiendo una urgencia. Si Milagros no hubiera llegado, él habría llevado a la niña al hospital.

—La fiebre ha bajado —le informó la abuela.

Rex entró en la habitación infantil y se detuvo frente a ellas.

—Te debo una disculpa —le dijo sincero.

Milagros apartó la mirada, recordando el beso que él le había dado unas horas antes.

—No puedo permitir que te la lleves —su voz se quebró en un sollozo—. Ella es lo único que me queda de Miguel.

Rex había sido muy injusto con ella, pero se resistía a admitirlo.

—Fue una idea loca que se me pasó por la cabeza —trató de explicarse—. Pero me has demostrado lo importante que eres en su vida.

Rex no le había preguntado qué remedio había utilizado para hacer que la niña se sintiera mejor, y no lo necesitaba porque la había visto decidida, competente y sin miedo. Él, por otro lado, se había sentido paralizado.

Mila trató de comprobar si la estaba engañando, porque ya no sabía qué creer de él después de la discusión que habían tenido

—Está claro que no sé cómo tratar a las mujeres de mi vida —le explicó de repente—. Rachel, Emma, Melissa...

Mila soltó un suspiro suave.

—Melissa sólo ha tenido un leve estreñimiento, pero es muy pequeña para poder explicar lo que le sucede —respondió.

Mila se levantó con la niña en brazos y se dirigió a la cama. Rex apartó la colcha y ella la colocó con suavidad sobre el colchón. La tapó hasta la barbilla y le besó la frente con cariño.

—Duerme, mi ángel...

Un segundo después, se giró hacia Rex.

—No puedo permitir que te la lleves —insistió de nuevo.

Rex tenía las manos en los bolsillos de sus pantalones, las mangas de su camisa blanca dobladas hasta los codos y una expresión preocupada en su rostro. Mila tragó saliva mientras esperaba su respuesta.

—No lo haré.

Ella se colocó delante de él y le sostuvo la mirada.

—No es suficiente —le aclaró.

—¿Qué necesitas? —preguntó él.

—Un acuerdo legal firmado por ambos —propuso ella.

—Mi palabra debería ser suficiente —respondió molesto.

Mila se quedó pensativa. Había sentido tanto miedo al enterarse de que Melissa podría ser llevada lejos que ahora no sabía en qué confiar.

—Mi abogado redactará el acuerdo —ofreció ella, dejando claro que no se conformaría sólo con su palabra.

Rex asintió levemente con la cabeza.

—Te llevaré a Santa Rosa.

Mila no quería separarse de Melissa. Esperaría unas horas para asegurarse de que todo estaba bien o hasta que regresara del doctor.

—Me quedaré un poco más —dijo—. Después volveré en taxi.

Rex entendió su postura. Estaba molesta y lo demostraba.

—¿Puedo quedarme aquí con las dos? —preguntó Rex, pero Mila negó con la cabeza.

Lo último que quería era tenerlo a su lado, especialmente después de lo que había pasado entre ellos.

—Cuando necesite el taxi, te lo haré saber.

Ya no se dijeron nada más.

***

Mila esperaba impaciente el taxi que había solicitado por teléfono. Había pasado una semana desde la cena y no podía quitarse de la cabeza todo lo sucedido esa noche. Melissa se había recuperado y seguía siendo la dulce y tranquila niña de siempre. Cruz Coffee seguía recibiendo cada vez más clientes y Rodolfo comenzaba a verse como un próspero comerciante, incluso estaba pensando en ampliar la cafetería. Mila no había vuelto a ver a Rex Grey. En cada visita que hacía a Bloomfield, el dueño no se encontraba en el rancho. En una de sus visitas, Rex le había dejado una nota a Mila pidiéndole que se quedara unos días en la casa con la niña porque él tenía que hacer un viaje a Nueva York. Le explicó que su viaje no tenía que ver con un traslado, sino con una disculpa que le debía a su hermana porque se había comportado como un necio.

Emma estaba enfadada y le había retirado la palabra, y él tenía que poner remedio a esa incómoda situación.

Después de la extraña petición, Mila habló con Rodolfo y le pidió

unos días libres. Su jefe le dijo que era imprescindible para el negocio, pero que se merecía unos días de descanso para estar con su nieta ahora que el «ogro fiscal» no estaba en California. Mila se preguntó cómo sabía que Rex estaba de viaje, y entonces pensó en Charles Stevens, el *sheriff*. Precisamente él era el hombre que conocía cada paso que daba cada ciudadano de Santa Rosa.

En la vieja maleta que antes pertenecía a su hijo Miguel, Mila metió lo imprescindible. Como no tenía que trabajar en el rancho debido a la presencia de Glory, pensaba aprovechar el tiempo para coserse un par de vestidos que ya tenía en proceso, pero sobre todo, iba a disfrutar cada una de las veinticuatro horas del día con su preciosa nieta Melissa.

El taxi dobló la esquina y se estacionó frente a ella. El taxista le abrió la puerta y se encargó de la maleta, colocándola en el maletero.

El corazón de Mila latía con fuerza, se sentía nerviosa y se llamaba tonta más de una vez. Rex Grey le había dado la oportunidad de disfrutar de un tiempo valioso con Melissa, no sólo unas pocas horas a la semana. ¿Cómo no iba a estar nerviosa e impaciente?

Tenía tantas canciones para cantarle y tantos juegos para jugar que no veía el momento de hacerlo.

El taxista arrancó el coche y llevó a Mila hacia Bloomfield.

Capitulo 34

Mila observaba con atención la forma en que Glory colocaba la loza en el lavavajillas.

—Algún día tendré todos estos aparatos en mi propia casa —dijo convencida.

Glory explicó que sólo las familias más adineradas podían permitirse tener cocinas completamente equipadas, pero Mila ya lo sabía.

—¿Puedes creer que mientras el bizcocho se hornea, la ropa se lava en la lavadora, y la vajilla se limpia aquí dentro? —preguntó asombrada—. Y ni siquiera hay que preocuparse por el polvo y la suciedad, porque existe una maravillosa aspiradora que lo absorbe todo.

Glory no podía creer que hubiera lugares en el mundo donde las mujeres no tuvieran acceso a esos electrodomésticos.

—En las grandes ciudades como Madrid y Barcelona, es posible que existan todos esos aparatos, pero no en Argüeso —respondió a su pregunta.

Mila le explicó cómo vivían las mujeres en un pueblo tan pequeño donde no llegaba la electricidad ni el agua. Le habló de la guerra que lo había devastado todo, y de la pobreza y el hambre que habían sufrido los españoles. A su vez, Glory le contó sobre la esclavitud de sus antepasados, y cómo cientos de ellos habían muerto como si fueran animales. Esas conversaciones habían forjado una amistad entre las dos mujeres.

Mila descubrió que Glory tenía cinco hijos y luchaba cada día para que se educaran y pudieran tener un futuro, ya que creía firmemente que las cosas cambiarían para los afroamericanos en California y en todo Estados Unidos. Compartieron recetas porque Mila se negaba a dejar que Glory cocinara todos los días. Mila le enseñó a hacer su famosa tarta de queso y empanadas rellenas, mientras que Glory le enseñó a freír pollo al estilo Kentucky, lo cual a Mila le encantó.

Después de recoger todo, Mila animaba a Glory a pasear con ella y la niña por los verdes prados, donde compartían historias de su infancia y los sueños que ambas tenían. Glory le contó que su esposo trabajaba en una barbería y que su hijo mayor estaba estudiando para convertirse en abogado, ya que era una profesión con mucho futuro.

Mila pensó en Rex Grey y en su implacable manera de ejercer su profesión.

—Háblame sobre Melissa —le pidió de repente.

Mila aprovechó la confianza que había surgido entre ellas para preguntar algo tan personal sobre la hija de Rex. Aunque Emma le había contado cosas, Glory la había criado. Así descubrió que Glory era una empleada afroamericana que inicialmente limpiaba casas y cuidaba a los niños de varias familias blancas, pero que la despidieron. Mila preguntó el motivo y Glory respondió que les había dicho a sus jefes lo que pensaba de ellos, por lo que la despidieron de las tres casas en las que trabajaba. Luego conoció a la esposa de Rex Grey y ésta la contrató de forma exclusiva para Bloomfield.

—¿Cómo la conoció? —le preguntó Mila.

—Su coche se averió justo cuando mi última empleadora me despidió sin contemplaciones, y no me callé, claro está —respondió altiva—. Le dije lo mala persona que era por descuidar a sus hijos para salir a jugar a las cartas con sus amigas.

Mila se llevó la mano a la boca para contener una exclamación.

—Eso que hiciste fue muy valiente, pero también temerario.

—Y tuvo consecuencias, pero me encontré con la señora Grey, quien tenía una niña pequeña, y después de hacerme varias preguntas, decidió darme una oportunidad. Y aquí estoy desde entonces.

Entonces, Glory le contó que Rachel no había terminado sus estudios porque quería ser actriz, una profesión que no le gustaba nada a su padre. Ese fue el comienzo de la separación entre padre e hija y de los múltiples desencuentros que tuvieron durante la infancia y adolescencia de Rachel. Sin que Mila le preguntara, Glory comenzó a explicarle la vida del señor Grey desde la muerte de su esposa. Aunque nunca se había vuelto a casar, había tenido una serie de amantes. Mila se ruborizó al escuchar eso, ya que le parecía desleal que la criada revelara esa información, pero no dijo nada al respecto.

Durante los días que Mila estuvo en el rancho, aprendió todo sobre la familia Grey y disfrutó de su nieta las veinticuatro horas del día. No podría ser más feliz ni estar más entregada, pero Rex Grey llegaba al

día siguiente y Mila tendría que marcharse. Sin embargo, se consoló pensando que había establecido un vínculo duradero con su nieta. La niña la adoraba y ella sentía un amor absoluto por ella. No había nada en el mundo que Mila no hiciera por Melissa.

Antes de que anocheciera, Mila regresó a su pequeño apartamento.

Duchada y envuelta en un albornoz, miraba por la ventana mientras soplaba para enfriar el té de la taza que sostenía entre sus dedos. Mila era muy pobre, sin educación y había sufrido mucho con la pérdida de su único hijo, pero conocer a la familia Grey le había demostrado que el dinero, la posición social y la educación no te hacían inmune a las desgracias. Tenía mucho en común con Rex Grey, más de lo que le gustaba admitir. Y no podía evitar pensar continuamente en el beso que le había dado.

¿Un beso reflejaba interés en ella como mujer? ¿O enfado porque no tenía control sobre la situación? Mila se preguntó por qué sentía emociones encontradas cada vez que recordaba ese contacto íntimo entre ambos. Siendo honesta, el beso le había dejado una profunda marca, pensó inquieta. Se emocionó al recordarlo. Sentía nerviosismo porque tendría que enfrentarse a él y ver esos labios que la habían besado. ¿Por qué todo eso le provocaba ansiedad y confusión? Mila admitió que el beso que le había dado Grey fue una experiencia emotiva y significativa en su vida, y ahora no sabía cómo actuar cuando volviera a verlo. «Parece que tengo quince años de nuevo», se dijo enfadada. Soltó un largo suspiro, dejó la taza vacía sobre la mesa y se dirigió hacia la cama para acostarse. No quería pensar más en el asunto, aunque dudaba de que pudiera conciliar el sueño sabiendo que él llegaría pronto a Santa Rosa.

Capítulo 35

Milagros Cervantes estaba aprendiendo a conducir.

Antes del examen, Charles Stevens le estaba dando unas clases particulares que ella estaba aprovechando al máximo. Al principio, enfrentarse a ese «monstruo de metal» le provocó una creciente angustia, pero la paciencia y el ánimo del *sheriff* la impulsaban a no rendirse.

Mila no podía evitar sentirse nerviosa cada vez que se sentaba al volante, ya que el coche era muy grande y ella se sentía demasiado pequeña. Sin embargo, tenía muy claro que quería aprender a conducir para poder comprarse un coche. De esa forma, ya no dependería de nadie para visitar el rancho Bloomfield, donde vivía su nieta. Podría ir y venir a su antojo.

Después de dos horas al volante, Charles se dio por satisfecho. Le dio algunas indicaciones adicionales, las cuales ella aceptó humildemente, y le aseguró que estaba preparada para enfrentar el examen de conducir. Mila no podía creerlo y, de tan emocionada que estaba, se abrazó al cuello de Charles Stevens, quien no pudo evitar buscar sus labios para besarlos. Inmediatamente, Mila se dio cuenta de su error y se apartó bruscamente.

—Mila, disculpa, no pretendía aprovecharme... —dijo el hombre, sintiéndose realmente avergonzado.

—He sido yo quien ha provocado esta situación, pero no lo hice a propósito para provocarte —se disculpó ella.

Charles Stevens tuvo que salir del coche para tomar aire. Había cometido un error imperdonable y lamentaba mucho lo sucedido. Mila hizo lo mismo y salió del coche para tratar de aliviar la tensión en el ambiente. Ella se había abrazado a él, debido a lo emocionada que estaba, sin esperar su reacción.

—Es que me gustas mucho, Mila —le confesó de pronto.

Ella se apoyó en la puerta cerrada del coche y soltó un suspiro largo. Le agradaba la compañía de Stevens, era un hombre serio y

responsable, aunque carecía de sentido del humor. Sin embargo, nunca invadía su espacio privado ni la incomodaba con miradas o acciones inapropiadas.

Mila deseaba ser sincera porque lo consideraba un hombre bueno.

—No tengo experiencia tratando con hombres —le confesó, sintiéndose realmente apenada al ver la expresión en el rostro de él—. Estaba tan emocionada por saber lo cerca que estoy de poder examinarme, que no pensé en lo que hacía.

—Estoy enamorado de ti —le reveló el *sheriff* de pronto.

Mila guardó silencio durante un largo rato. Charles la veía pensativa, mirando hacia el lado opuesto de donde él se encontraba. Decidido, dio un paso hacia ella.

—Todos estos momentos que hemos compartido me han hecho ver la maravillosa mujer que eres —Mila seguía en silencio—. Deseo que me conozcas mejor, que puedas comprobar por ti misma que soy un buen hombre y que puedo hacerte feliz si me aceptas.

Milagros Cervantes respiró profundamente varias veces.

Después del beso de Charles, Mila recordó el beso que le había dado Rex Grey, y notó que eran completamente diferentes. Charles la había besado de forma casi fraternal, mientras que Rex intentaba arrebatarle el alma con su beso.

—No sé lo que es estar enamorada —confesó en voz baja, pero Charles la escuchó atentamente.

El hombre mostró confusión durante unos segundos.

—¿No estabas enamorada del padre de Miguel? —preguntó perplejo.

Mila nunca hablaba del padre de Miguel y evitaba el tema cada vez que alguien intentaba sacárselo, pero frente a ella se encontraba un hombre que la había tratado bien y con respeto. La había ayudado trayendo clientes a Cruz Coffee y le había mostrado cosas hermosas, como el cine y el teatro. Habían compartido paseos tranquilos y sonrisas. Mila se sentía muy agradecida por el nuevo mundo que Charles le había mostrado. Ella levantó la mirada y clavó sus ojos en el corpulento hombre.

—No conocí al padre de Miguel —confesó de repente.

Charles Stevens se quedó parado, sin saber qué decir a continuación. Creyó que debía permitirle a ella hablar, así que guardó silencio. Durante un momento eterno, Mila no dijo nada, simplemente suspiraba y se sumía en pensamientos oscuros. Pero había tomado una

decisión y seguiría adelante con ella.

—Cerca de Argüeso se instaló un circo italiano —comenzó a contar —. Yo vivía en las afueras del pueblo y tenía que recorrer un largo camino hasta mi casa —Mila se calló durante unos instantes antes de continuar—. A mitad de camino sentí que alguien me sujetaba por detrás, que me empujaba hacia una zanja, que me levantaba la falda y que... y que... —le costaba continuar—. Sentí un dolor insoportable que pareció durar una eternidad. Tenía el rostro aplastado contra la hierba y me tiraban del cabello hacia abajo para que no pudiera alzar la cabeza, mientras alguien se movía sobre mí y me causaba ese dolor atroz.

Charles tragó saliva con fuerza mientras la escuchaba. No apartaba la mirada del rostro de ella, que se veía tenso.

—Cuando terminó, me golpeó tan fuerte que perdí el conocimiento.

—¿Era italiano? —le preguntó Charles porque ella había mencionado un circo italiano.

Mila apretó los labios y en sus ojos se reflejó una mirada de angustia.

—*Puttana spagnola* —susurró Mila con un hilo de voz, recitando esas palabras como si estuvieran grabadas a fuego en su alma—. Cada vez que se movía sobre mí, repetía esa palabra, y jamás he podido olvidarla.

—¡No sé qué decir! —exclamó Charles conmocionado hasta lo más profundo de su alma—. ¡Maldito cabrón, eras sólo una niña! —exclamó el hombre. Mila permaneció en silencio—. ¿Atraparon a ese desgraciado? —preguntó.

Mila encogió los hombros.

—Nunca le conté a nadie lo que me sucedió. —Charles no podía creerlo—. Todos asumieron que alguien de la capital me engañó y me dejó embarazada, y me dio igual lo que pensaran; incluso lo prefería —confesó con una amargura que era nueva para el hombre—. Era pobre, analfabeta...

Mila ya no quiso seguir hablando.

—Eras una joven encantadora que no merecía lo que te hicieron —la contradijo él, profundamente afectado.

—Pero tuve a Miguel, y él llenó de luz mis días oscuros. Tenerlo en mis brazos hizo que relegara a lo más profundo de mi memoria aquello tan horrible que me sucedió.

Charles dio unos pasos hacia ella.

—Te mereces ser cuidada, protegida —afirmó sin dejar de mirarla con infinita ternura—. ¡Permíteme hacerlo!

—No quiero lastimarte —le dijo ella de repente.

—¡Por favor, Mila! —exclamó él—. Quiero cuidarte, protegerte, porque eres una mujer maravillosa y mereces una vida feliz y tranquila con alguien que te respete.

Las palabras de Charles emocionaban a Mila, pero sentía que no eran las que quería escuchar. No sabía exactamente qué quería escuchar, pero no eran esas palabras.

—No sé qué respuesta darte, porque no quiero equivocarme al hacerlo. Después de lo que me pasó, nunca he permitido que ningún hombre se me acercara.

Él entendía perfectamente sus dudas y deseó tranquilizarla.

—Tómate tu tiempo —le dijo de repente—. No necesito una respuesta ahora, porque puedo esperar.

Mila permaneció en silencio durante unos minutos. Charles no interrumpió sus pensamientos. Podía ver en sus hermosos ojos almendrados que ella estaba tomando decisiones y descartando otras, y confiaba en que él no fuera una de las últimas opciones.

—Tengo mucho en qué pensar —admitió ella finalmente.

—No te presionaré —afirmó el *sheriff*, aliviado de que ella se tomara su tiempo para pensarlo—. Me asombra saber que aquello que te ocurrió no te haya quebrado emocionalmente.

La relación entre ellos había dado un giro de ciento ochenta grados, y se alegraba de que se hubiera sincerado con él, ya que ahora podrían abordar el asunto de manera más franca y emotiva.

—Pasé mucho tiempo con miedo, sin entender por qué me tuvo que suceder algo tan horrible —comenzó Mila—, pero conocí a una comadrona que me ayudó mucho durante mi embarazo. Casi fue como una madre para mí y me explicó todo lo que desconocía. Gracias a sus consejos y cuidados, no perdí la cordura.

—¿Te habló sobre las relaciones íntimas entre un hombre y una mujer? —preguntó Charles.

Mila no quería responder, ya que las conversaciones que tuvo con Juana, la comadrona, le habían causado una vergüenza extrema.

—¿Regresamos a Santa Rosa? —preguntó Mila, suspirando—. La verdad es que me tomaría un café —admitió para sí misma.

—Y yo me tomaría un *bourbon* —dijo Charles mientras gentilmente le abría la puerta del copiloto—. Para ser honesto, me tomaría media

botella.

—Eres un agente de la ley —le recordó ella—. ¡No puedes beberte media botella!

Charles estuvo a punto de soltar una carcajada. Milagros Cervantes le había confesado el secreto que había guardado toda su vida, pero seguía mostrándose tranquila y confiada a su lado. Pensó que estaba hecha de una pasta muy diferente al resto de las mujeres que conocía.

—Entonces, volvamos a Santa Rosa y tomemos ese café —dijo Charles mientras ponía en marcha el motor.

—Quizás también pruebe ese *bourbon* —añadió Mila.

Capítulo 36

Milagros se llevó la sorpresa de su vida al ver quién estaba sentada en el interior de Cruz Coffee esperándola: su antigua jefa y amiga, Lola. Se quedó tan sorprendida que no pudo reaccionar. Rodolfo le preguntó cómo iban las clases de conducción, pero ella no pudo responder nada.

—Veo que mi llegada te ha sorprendido —le dijo Lola.

Milagros superó los pasos que la separaban de Lola y se abrazó a ella con los ojos llenos de lágrimas. ¡La había echado tanto de menos!

—¿Pero qué haces aquí en Santa Rosa? —preguntó emocionada.

Era evidente para los que observaban que las dos mujeres se apreciaban de verdad.

—Tu última carta me preocupó, así que decidí venir a verte —susurró Lola, apartándose un paso de Milagros.

Se oyó un carraspeo detrás de ambas y Milagros soltó a Lola, aunque a regañadientes. Un segundo después, hizo las oportunas presentaciones a todos los que observaban interesados la escena. Presentó a Lola a su actual jefe, Rodolfo, a sus compañeras de trabajo, y finalmente a Charles Stevens, que se había quedado apartado a un lado. Cuando Milagros los presentó, lo hizo con voz cariñosa, sin ser consciente de las miradas que Lola y Charles intercambiaban en ese momento. Milagros notó que algo pasaba y fue como si presintiera tensión entre ambos.

El rostro de Charles se veía incómodo, al igual que el de Lola. El *sheriff* se quedó con la mano tendida, pero Lola no correspondió a su saludo. De repente, la mirada de Lola se endureció y sus ojos se entrecerraron, como si acabara de percatarse de lo que había entre Milagros y el hombre maduro que la había acompañado al café.

—¡Lola! ¿No saludas a Charles? Es un buen amigo —exclamó Milagros.

La recién llegada soltó un chasquido con la lengua.

—A la vista está de lo amistoso que quiere ser —respondió Lola,

girándose y dando la espalda al hombre que ignoraba qué demonios le sucedía a la extranjera antipática.

Rodolfo les ofreció café a todos y Milagros llevó a Lola a un rincón apartado del café para acribillarla a preguntas. Charles se despidió de ambas mujeres con un gesto de la cabeza, al que correspondió Milagros, pero no Lola.

—¿Pero qué te pasa con Charles? —preguntó Milagros, bastante sorprendida por la actitud de Lola.

—No me gusta cómo te mira —respondió seca.

—Es un buen amigo —reveló Milagros—. El que más me ha ayudado desde que estoy aquí en Santa Rosa —explicó.

—¿No es el hombre que te ha detenido varias veces por culpa de ese engendro del demonio que tienes por consuegro? —inquirió Lola.

La mirada de Mila se dirigió a la de su jefe Rodolfo, quien le sonrió como si la cosa no fuera con él. Estaba claro que había puesto a Lola al corriente de todo mientras esperaba su llegada.

Y el resto de la tarde la pasaron ambas contándose la una a la otra todo lo acontecido en ese año en el que Mila había estado ausente de la hospedería. Rodolfo Cuarón, ante la llegada sorpresiva de la extranjera, decidió darle a Mila la tarde libre. Las dos mujeres salieron del local y se dirigieron hacia el pequeño apartamento de Mila. Cuando Lola lo vio, arrugó el ceño. Era tan pequeño que apenas cabían las dos.

—Necesito encontrar un hotel para hospedarme —le dijo de pronto Lola.

Mila la observó tan sorprendida que no fue capaz de pestañear.

—¿Pero qué dices? ¡Por supuesto que vas a hospedarte aquí conmigo!

Lola hizo un barrido con la mirada por la estancia.

—¿Vamos a dormir las dos en esa pequeña cama? Porque no tienes ni sofá.

Era cierto. El minúsculo apartamento no tenía dormitorio ni sofá, pero era lo único que podía permitirse.

—Te dejaré mi cama y yo dormiré en el suelo —se ofreció voluntariosa.

Lola chasqueó la lengua en un gesto típico suyo al escucharla.

—No pienso permitir que duermas en el suelo, ni pienso quitarte tu cama —afirmó Lola sin parpadear—. Puedo hospedarme en algún hotel del pueblo.

—Ahora eres mi invitada y no pienso tolerar que gastes dinero en un hotel. Además, has hecho un viaje muy largo y deseo que pasemos juntas todo el tiempo posible.

Lola no dijo nada más. Observó que Mila colocaba su maleta en un rincón del estrecho salón.

—No tienes una cama grande, pero tienes una tele —protestó al ver que el aparato ocupaba una parte importante del apartamento.

Mila soltó una carcajada.

—¿Recuerdas todo lo que me contaste sobre París y las mujeres parisinas? —le preguntó Mila a Lola—. Pues va a sorprenderte mucho Estados Unidos.

***

Rex Grey llevaba tres semanas sin ver a Mila, y hasta el momento de su regreso al rancho no se había percatado de cuánto la echaba de menos. Pero había podido arreglar los asuntos con su hermana y su cuñado, quienes habían aceptado sus sinceras disculpas. También había resuelto los temas relacionados con la política y su intención de retomarla en San Francisco. Finalmente, había descartado presentarse en el Estado de Nueva York, porque le había prometido a Mila que no se marcharía de Santa Rosa, y pensaba cumplir su palabra.

Una vez que llegó al rancho, Glory le contó todo lo que habían hecho ambas mujeres durante los días que él había estado ausente. La pequeña Melissa se veía feliz. Crecía sabiéndose querida por los dos abuelos, y en Rex se evaporó la última chispa de duda que sentía al respecto. Que Melissa tuviera una abuela como Milagros Cervantes era lo mejor que podía pasarle a la niña, y admitió que él también se había beneficiado de su llegada porque nada en su vida era ya igual que antes.

Le había abierto una brecha en el corazón y había removido sentimientos enterrados en lo más profundo de su ser, pero las confidencias de Glory sobre lo que Milagros le había contado le habían provocado unos celos que lo pillaron por sorpresa. No le era ajeno que el *sheriff* de Santa Rosa tenía intenciones amorosas, pero él no pensaba permitirlo. Supo por Glory que Charles la estaba enseñando a conducir y lo hacía en su propio vehículo. También que la sacaba todas las semanas a cenar y la llevaba a espectáculos variados. Pensar en Charles Stevens como futuro abuelo de su nieta

Melissa le provocaba un malestar infinito. Estaba claro que, durante esas semanas en las que había estado ausente, Charles le había tomado la delantera.

Tendría unas palabras con él y confiaba en que se apartara a un lado con respecto a Milagros.

Capítulo 37

Si Charles se sorprendió de ver al señor Grey en la comisaría, no lo demostró. Abrió la puerta de su despacho y lo invitó a entrar. Rex tomó asiento frente a él y cruzó una pierna sobre la otra.

—¿Qué tal tu viaje a Nueva York? —le preguntó Charles.

—Pude arreglar todos los asuntos que tenía pendientes —le reveló —. Pero me ha llevado más tiempo del que pensaba.

Charles cruzó las manos sobre la mesa y lo miró atentamente. No era inusual que el señor Rex Grey visitara su oficina en la comisaría. Durante el tiempo que había sido fiscal, lo había hecho a menudo para consultarle asuntos, pero se preguntaba en ese momento qué lo había llevado esa mañana a visitarlo.

—Quiero hablarte sobre Milagros Cervantes —le dijo de pronto.

El rostro de Charles mostró la sorpresa que sus palabras le habían provocado. En modo alguno podía imaginar que la visita del señor Grey a la comisaría tuviera que ver con Milagros.

—¿Vienes a presentar otra denuncia contra ella? —le preguntó seco.

Rex hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Se rumorea que la visitas a menudo —comenzó Rex.

—No es un rumor —lo corrigió el otro.

—No pienso tolerar ningún escándalo que afecte a mi nieta Melissa —le advirtió.

—Otras intenciones tengo —terminó por confesarle el *sheriff*—: Convertirla en la señora Stevens.

Rex entrecerró los ojos. En modo alguno había esperado esa respuesta franca por parte del *sheriff*. En el pasado, había sido un buen aliado suyo, pero en ese momento lo observaba como si fuera un rival a abatir.

—Me guste o no, la señora Milagros Cervantes forma parte de mi familia, y tengo el deber de protegerla.

Charles se preguntó si Grey se refería a Milagros o a su propia

familia.

—¿Estás tratando de decirme que no deseas que forme parte de tu familia? —se burló Charles.

Rex Grey veía en las palabras del sheriff una provocación.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo —le advirtió seriamente.

—Yo también tengo el deber de protegerla —afirmó el *sheriff*.

—¿De hombres como yo? —le preguntó Rex.

—Has sido, desde su llegada a Santa Rosa, un enemigo implacable —en esas palabras Rex veía una advertencia velada sobre su actuación pasada con Milagros—. Pero ya no está sola para enfrentarse al poderoso fiscal Grey —siguió informándole—. Tengo toda la intención de ganarme su afecto y protegerla de hombres como tú.

Rex se dijo que ya no tenían nada más que decirse.

—Entonces te deseo buena suerte, porque la vas a necesitar —le dijo en un tono bajo.

—¿Percibo un tono de amenaza en tus palabras? —preguntó el *sheriff* de pronto.

Rex no respondió de inmediato. Se tomó su tiempo antes de hacerlo.

—Sólo estoy pensando en mi nieta Melissa —respondió finalmente.

—Pues no me lo parece —contestó Charles.

Ambos hombres se conocían desde hacía más de veinte años y jamás habían tenido un desencuentro como el que estaban viviendo en ese momento.

—No sólo pienso proteger a mi nieta —comenzó a decirle Rex—. También pienso proteger a su abuela.

Charles abrió los ojos de par en par.

—¿Crees que tienes que proteger a Milagros de mí? —le preguntó un tanto perplejo—. Porque yo creo que es todo lo contrario.

—Tienes corta la memoria, parece que has olvidado a Susan Roberts.

El rostro de Charles se demudó. Que Rex Grey le trajera a colación aquel incidente del pasado lo molestó de verdad.

—Aquello sucedió hace mucho tiempo —se defendió el *sheriff*.

—Cuida tus pasos, Charles, porque estaré vigilante…

Rex Grey no esperó una respuesta por parte de Charles. Se levantó ceremoniosamente y salió por la puerta de la oficina dejándola abierta. Charles Stevens maldijo en voz baja.

***

—¿Por qué nadie en este pueblo quiere alquilarme un apartamento? —preguntó Lola bastante enfadada.

Había llegado a Santa Rosa unas semana atrás y seguía alojándose en el único motel del pueblo a las afueras. Pero sin vehículo, ni amigos, se sentía aislada en ese lugar desconocido. Mila trabajaba seis días a la semana, y doce horas al día; Lola se preguntaba cómo seguía teniendo esa vitalidad para todo, porque ella estaría desfallecida. El único día que libraba, lo dedicaba a cocinar para su nieta, y a cuidarla.

—Charles está haciendo gestiones para que nos alquilen una pequeña casa cerca de Cruz Coffee —respondió Mila mientras embastaba un vestido de niña de una tela muy bonita—. La casa pertenece a una tía por parte de madre que vive en Fairfield.

—Trabajas demasiadas horas en ese restaurante —dijo de pronto Lola.

Mila dejó la costura y se masajeó los ojos. Quería terminar el vestido de domingo para Melissa, y todavía le quedaban los bordados de cereza en las solapas.

—Ahora mismo me pongo con la cena —apuntó Mila.

Lola dormía en el motel, pero el resto del día lo pasaba en el minúsculo apartamento de Mila.

—Te pasas los días cocinando —contestó Lola—. ¿No te apetece descansar?

Mila se mordió el labio inferior.

—Aquí todo es mucho más caro que en Argüeso —contestó pensativa—. Y trato de ahorrar el máximo de dinero posible porque quiero alquilar una casa más grande para poder tener a Melissa conmigo los fines de semana. Y comprarme un auto para poder visitarla cada vez que lo desee.

Lola se sintió avergonzada. Ella se mostraba quejosa siendo una mujer más privilegiada que Milagros.

—¿Piensas que el ogro lo permitirá? —preguntó irónica.

Milagros le había contado por carta todos los problemas que había tenido con el señor Grey por Melissa.

—Estos últimos meses ha cambiado mucho —reveló con una sonrisa—. Los dos nos esforzamos por el bien de Melissa.

Lola caminó hacia la ventana sin responderle y se que quedó

mirando la desierta calle.

—Estados Unidos no se parece en nada a Europa —casi susurró—. Aquí todo es enorme.

—Yo también tuve esa impresión cuando puse un pie en Nueva York —confesó Mila con la mirada perdida—. Me siento tan pequeñita aquí.

—Pero te has adaptado muy bien —respondió Lola, que dejó de mirar por la ventana.

Mila se había dirigido hacia la minúscula cocina para preparar la cena.

—¿Te apetece que cenemos fuera? —le propuso Lola en un impulso.

—Siempre te apetece cenar fuera —contestó la otra con una sonrisa.

—¡Es que no quiero que trabajes más! —exclamó la invitada.

—Imagino que no te apetece cenar en Cruz Coffee —le propuso Mila.

Lola arrugó la boca en un gesto negativo.

—Pues aquí en Santa Rosa no tenemos mucho dónde escoger —le advirtió—. Si tuviésemos un vehículo propio, todo sería más fácil.

—Yo puedo conducir —se ofreció Lola.

Mila ya negaba.

—Necesitas un permiso especial, porque el permiso de aquí no es el mismo que el de España.

—Pues me sacaré el permiso americano.

Mila se quedó pensativa. Lola tenía arrestos para sacarse el permiso de conducir americano, y todo lo que se propusiese.

—Me encanta tenerte aquí conmigo —confesó de pronto Mila—. Es como tener un trocito de Argüeso en este lugar tan lejano.

Lola le había contado las novedades de la aldea. Como la construcción de un hotel en Espinilla que le iba a quitar todos los clientes de la hospedería. También, que iban a construir una escuela en La Serna, y un complejo turístico en Reinosa.

Mila la había observado con el rostro demudado. Esos eran muchos cambios en una zona tan pequeña.

—No vas a volver a España, ¿verdad? —Lola había evitado hacerle esa pregunta en días anteriores, pero había llegado el momento.

Mila se quedó pensativa unos momentos.

—¿Cómo puedo regresar estando la hija de Miguel aquí? —

respondió en un tono de voz bajo—. Allí os tengo a vosotros, pero aquí tengo la única familia que me queda.

Lola podía entenderlo.

—En España todo es tan asfixiante —se sinceró de pronto.

Mila sabía que se refería a la política del país.

—Aquí todo es muy diferente —contestó sonriente—. Jamás pude imaginar que una mujer pudiera gozar de tanta libertad —concluyó Mila.

—Salvo que seas una mujer negra —esa era una respuesta contundente.

—Para nosotros es muy extraño —comenzó a decir Mila—, porque en Argüeso no hemos visto muchas mujeres como ellas.

—En toda tu vida en Argüeso nunca habías visto a una mujer negra —respondió Lola.

—No las llames así, no me gusta —comenzó a decir Mila mientras removía el guiso en el cazo.

—Es que son negras —repitió Lola.

—Suena despectivo —argumentó Mila.

Lola colocó los tenedores en la mesa y se giró para mirarla.

—Tú eres blanca —respondió—. ¿Te molesta que te llamen blanca? —inquirió.

—Es que no suene igual de peyorativo.

Lola alzó las cejas con sorpresa.

—¿Sabes lo que significa esa palabra?

Mila se mostró avergonzada.

—Antes era una mujer analfabeta, pero ya no lo soy. Leo mucho para aprender a expresarme. Los libros son una fuente inagotable de sabiduría y conocimiento.

—¿Pero te queda tiempo para leer? —le preguntó sarcástica; sin embargo, al ver el semblante de Mila, Lola reculó—. Es admirable lo que has hecho por ti misma.

—Viajar me abrió los ojos a la vida —contestó Mila.

Lola no pudo resistirse.

—Y confío que te haya abierto además de los ojos las piernas.

—¡Lola! —exclamó Mila escandalizada.

Ella se arrepentía de haberle revelado que Charles Stevens quería con ella algo más que amistad, aunque no le dijo nada del beso que le había dado Rex Grey. Lo había ocultado en lo más profundo de su alma tratando de olvidarlo, pero le resultaba imposible.

—Sigues siendo la misma mojigata de siempre —se burló Lola.

Mila dejó de remover el contenido del cazó y la amenazó con la cuchara de madera.

—Te mereces que sale de más tu plato de comida —farfulló.

Lola hizo un gesto con los hombros, como si tratara de contener la risa.

Capítulo 38

Mila estaba muy preocupada.

Lola y Charles discutían cada día. Sobre todo cuando Charles la invitaba a cenar o al cine. Entre los dos se habían declarado la guerra, y ella sufría mucho porque estaba claro que no se soportaban.

Su mejor amiga, y el hombre que la pretendía, discutían siempre por ella.

—He encontrado el sitio perfecto —comenzó a decir Lola.

Mila estaba detrás de la barra de Cruz Coffee, y Lola justo al otro lado echándose azúcar en el café.

—No quiero seguir con el tema —anunció.

—La casa está vieja, pero es grande y tiene muchas posibilidades.

Mila ya no sabía cómo hacerle entender que no quería dejar de trabajar en Cruz Coffee, pero Lola no atendía a razones. Le molestaban el mísero sueldo que le pagaba Rodolfo Cuarón y la cantidad de horas que la obligaba a hacer.

—No pienso permitir que ese individuo te siga explotando.

—Es un buen jefe, que me ofreció ayuda cuando más lo necesitaba.

Lola se subía por las paredes al ver a su amiga tan servicial e inocente. Milagros Cervantes había levantado el negocio de Cruz Coffee, y recibía a cambio un sueldo ínfimo. Pero ella pensaba cambiar eso. La casa de Sieroty Beach era perfecta, porque estaba junto al mar y tenía playa privada.

—Con mi ayuda podrás alquilar esa casa que necesitas para ti y para tu nieta, y también para comprarte el coche que sueñas —la tentó Lola.

Mila dejó de anotar y clavó la mirada en su anterior jefa.

—Veo que hablas en serio —respondió queda.

Lola observó el interior de Cruz Coffee con atención. Ese lugar ya no necesitaba a Mila salvo que la mujer no se daba cuenta, y ella había encontrado la casa perfecta que podría transformar en albergue y restaurante. Estaba junto al mar en un enclave maravilloso.

—He vendido la hospedería El Cruce —le informó de pronto.

Mila parpadeó atónita.

—¡Lola! —exclamó sin saber qué decir a continuación.

—No voy a dejar este lugar —le informó—. No, después de ver la libertad con la que se vive aquí en Santa Rosa. Me has dado una envidia de muerte, pero en el buen sentido.

En esas palabras Mila entendió demasiadas cosas. El viaje de Lola a Estados Unidos no había sido casual. Lo había creído en un principio, pero ahora sabía que tenía motivos ocultos.

—¿Has tenido problemas en Argüeso? —le preguntó en voz baja para que nadie las oyera, pero Lola no pudo responderle porque en ese momento hizo su entrada en el café el señor Grey.

Para Mila el tiempo se detuvo. Su corazón comenzó a latir de forma rítmica, y los ojos le brillaron de una forma como no le había visto Lola jamás.

Giró la cabeza para saber qué había captado la completa atención de Mila, y entonces lo vio: un hombre que quitaba el sentido junto con la respiración.

—¡Mila! —exclamó comprendiendo a la perfección la mirada de su amiga.

Durante varios minutos, el hombre no se movió de la puerta, ni los ojos de Mila se apartaron de la espléndida figura. Instantes después comenzó a caminar directamente hacia ella. Milagros apartó la mirada y escondió las manos, porque le temblaban. Para Lola fue todo un descubrimiento.

—Buenas tardes, Milagros —la saludó el hombre con una media sonrisa.

Mila carraspeó para encontrarse la voz. Lola decidió ayudarla presentándose ella misma, así le daría un poco de tiempo más a Mila para que se preparase.

—¡Señor Grey! —lo saludó efusiva.

Rex miró a la mujer extranjera con una ceja alzada. ¿Cómo lo conocía si no la había visto nunca?

—Es mi amiga Lola, que ha venido desde Argüeso para visitarme —soltó Mila de forma atropellada.

—No tengo el gusto de conocerla —correspondió Rex en el saludo.

Lola había entrecerrado los ojos y apretado el mentón.

—En cambio yo lo conozco demasiado —respondió entre dientes.

Mila observó a su amiga con pánico en los ojos. Si algo

caracterizaba a Lola, era su tendencia a no callarse ni estando debajo del agua.

—Soy el abuelo de Melissa —se presentó el otro con la mano tendida.

Lola tardó un par de segundos en aceptar el saludo.

—Y yo la mejor amiga de Milagros —contestó un poco envarada.

—Atendiendo a la verdad, Lola es la única amiga que tengo —la corrigió Mila en inglés.

Y si el momento que vivían los tres no era lo suficientemente tenso, por la puerta de Cruz Coffee cruzaba en ese momento el *sheriff* de Santa Rosa. La mirada que se dedicaron ambos hombres dejó a Lola boquiabierta.

Rodolfo Cuarón salió de la cocina, entre las manos llevaba un paño con el que se limpiaba.

—Aguanta vara —le susurró a Mila al oído—. Porque puede armarse un pancho.

El *sheriff* llegó hasta la barra y sonrió a Mila de una forma cálida, un segundo después miró a Lola, tensó los hombros y apretó los labios.

Rex percibía entre el *sheriff* y la amiga de Mila una tensión más que palpable.

—Has aprobado el permiso de conducir —le informó el *sheriff* de pronto.

Para Mila eso era poco menos que un milagro. Ella, antes analfabeta y torpe, había aprobado el permiso de conducir…

—¿Es cierto? —le preguntó con los ojos abiertos de par en par.

No pudo resistirse. Salió de detrás del mostrador y se abrazó al hombre de la ley llena de júbilo. Lola empequeñecía los ojos cada vez más con esas muestras de afecto.

—No manches —dijo de pronto Rodolfo—. ¡Nuestra fresita ya puede manejar!

Mila estaba tan contenta que no podía contenerse.

—¡Invito a todos a una ronda! —exclamó con ánimo.

Rex se sentía fuera de lugar en ese ambiente festivo, pero no se marchó. Se hizo a un lado mientras Milagros recibía las felicitaciones de sus compañeros de trabajo, y también del resto de clientes.

—Siento ganas de llorar —susurró Lola en español.

Rex la miró sin comprenderla. Lola no hablaba bien inglés, porque no lo había intentado, pero ahora que pensaba quedarse en los Estados

Unidos, tendría que hacer un esfuerzo.

—¿No habla español? —le preguntó Lola al señor Grey de forma directa.

Rex negó con la cabeza.

—Pues tiene una nieta medio española —le informó como si el hombre desconociera ese detalle.

—¿Disculpe? —le preguntó Rex Grey.

Lola resopló. Le parecía inaudito que ese hombre no se hubiera esforzado lo más mínimo en aprender un par de palabras. ¿Cómo se había entendido con Mila?

«Ya verá este dandi cuando la pequeña Melissa hable un español auténtico y con la tonada cántabra», rezongó para sí misma.

Durante los siguientes minutos, tanto Lola como Rex se dedicaron a contemplar y disfrutar las muestras de alegría y cariñó que Mila despertaba en todos. Las felicitaciones eran sinceras y emotivas. Rex no dejaba de observar la escena con ojos brillantes y Lola recibió una segunda impresión: Mila le causaba al americano el mismo caos que el americano le causaba a Mila, y entonces sus ojos se desviaron hacia el *sheriff*, que la miraba arrobado y, sin ser consciente, Lola se encontró analizando cada acto y palabra de las que se decían en Cruz Coffee.

«¡Qué buena las has liado, Mila!», se dijo así misma.

Unos minutos después, el señor Grey abandonó el café sin despedirse de nadie. Solamente Lola fue consciente de la retirada del hombre en completo silencio. Y durante unos segundos sintió pena por el *sheriff*, aunque no la suficiente. Por alguna extraña razón, Charles Stevens le provocaba un rechazo absoluto. Le removía fibras de su interior que la dejaban atónita y también exhausta.

«Es porque se parece a Jean Paul Clavier», se dijo cabizbaja.

Jean Paul Clavier era el hombre que la había roto el corazón en París. El verdadero motivo de su regreso a Cantabria. Pero el abrazo de Mila logró que Lola dejara de pensar en el pasado.

—¡Vamos a celebrarlo! —exclamó de pronto.

Lola quería que su amiga disfrutara de verdad la celebración, pero, como todavía le quedaban unas horas para terminar, le propuso ocupar su lugar en Cruz Coffee.

—¿Pero cómo voy a permitir que hagas mi trabajo? —preguntó atónita.

Lola ya se lo había propuesto a Rodolfo y, como esa noche la mayoría de clientes eran puertorriqueños, pensó que sería fácil tomar

las comandas.

—Necesito aprender inglés, puesto que voy a quedarme en Santa Rosa —afirmó Lola mirando fijamente el rostro de Mila—. Y te mereces celebrarlo con tu amigo Charles.

Para Mila resultó todo un cambio la actitud de Lola, que la empujaba a salir con el *sheriff* con la excusa de la celebración.

—Anda, márchate antes de que cambie de parecer —le dijo Lola con una sonrisa.

Milagros se quitó el delantal y se lo pasó a Lola.

Capítulo 39

Rex miraba a la mujer con atención. La pequeña Melissa estaba sentada sobre su regazo mientras disfrutaba de un dulce que Milagros llamaba flan, se parecía mucho a un *pudding*, pero la niña se lo comía extasiada. La veía relajada, feliz, y la envidió un poco. Parecía que ella vivía ajena a la hecatombe que le provocaba a Charles y a él mismo.

—Felicidades por tu licencia de conducción —le dijo de pronto.

Milagros alzó el rostro de la coronilla de la niña y le sonrió.

—Parecía imposible que lo lograra —respondió dejando el cuenco sobre la mesa, al mismo tiempo que le limpiaba la boquita a la pequeña—. Pero Charles me ha ayudado mucho. Sin él no lo habría logrado.

Melissa quería ir a su rincón favorito a jugar y Mila la bajó de su regazo con cuidado.

Glory se llevó el cuenco y la cuchara sucios al fregadero.

—Voy a prepararles un té —dijo la mujer.

Mila iba a protestar, pero Rex la cortó.

—Gracias, Glory; Milagros y yo te lo agradecemos.

No le había dado opción a negarse.

—Desde la llegada de Lola, estás más feliz —le dijo de pronto—. Es indudable el bien que te hace.

Milagros ya le había contado a Rex los planes de Lola de comprar una casa vieja en la playa y habilitarla. A él le había parecido una idea estupenda, tanto que incluso se había ofrecido como avalista y asesor, pero Mila se había negado en redondo porque Charles también había hecho lo mismo. El *sheriff* tenía unos ahorros y se los había ofrecido.

—Como la compra y la restauración de la casa llevará un tiempo, había pensado que le dejaras tu apartamento a Lola y te instalaras aquí en Bloomfield, con la pequeña Melissa.

La oferta era en verdad tentadora porque de ese modo Lola no tendría que gastar más dinero en el motel.

—Es una propuesta muy generosa —le agradeció ella con una

sonrisa.

Glory ya había preparado el té y había cocinado una tortas al estilo de Reinosa, gracias a la receta que Mila había compartido con ella. La mujer dejó la bandeja sobre la mesa y se marchó del salón.

Mila no fue consciente de su marcha, pero Rex sí.

—Mi hermana y mi cuñado te envían sus saludos y sus felicitaciones.

Acostumbra a servir, Milagros llenó las dos tazas de té y le sirvió una a Rex.

—¿Verdad que parece increíble? —respondió emocionada.

A Rex le brillaron los ojos, porque su entusiasmo resultaba contagioso.

—Quién lo diría cuando el año pasado apenas sabías defenderte en inglés —le recordó él—. Y ahora ya puedes conducir.

Mila dio el primer sorbo a su té.

—Mi ilusión es poder alquilar una casa decente y conducir mi propio automóvil.

Con qué poco se conformaba Milagros, se dijo Rex.

—No necesitas otra casa cuando aquí tienes una.

A Mila le costó entender sus palabras, pero, cuando las asimiló, se atragantó con la bebida caliente.

—¿Me estás ofreciendo un trabajo, señor Grey? —bromeó sonriente —. ¿Cómo cocinera de Bloomfield? ¿Y qué diría Glory si aceptara? —siguió con su chanza.

—No serías una criada —contestó muy serio—. Eres la abuela de Melissa.

Por algún motivo inexplicable, las palabras de él la pusieron seria.

—Sabes que pretendo la custodia compartida de Melissa, y sólo podré lograrlo teniendo mi propia casa. Así me lo señaló mi abogado —le recordó a Rex los acuerdos del juicio.

Sí, el abogado de Milagros le había informado muy bien. Ella quería la mitad de la custodia de la pequeña, por ese motivo trabajaba hasta la extenuación, pero Rex perseguía otro fin para la relación entre ambos, y sabía que debía jugar bien sus cartas.

—Puedes tener a Melissa todo el tiempo, no sólo la mitad de la custodia —le ofreció él.

Mila parpadeó confundida, un segundo después comprendió.

—¡No puedo instalarme en Bloomfield! —protestó con energía inusitada—. Seríamos la comidilla de Santa Rosa.

—Podríamos formalizar una relación entre los dos por el bien de Melissa.

A Milagros le temblaron tanto las manos que casi se le cae la taza de té. Se quedó un rato largo mirando el rostro atractivo. Escudriñando su mirada con atención.

—¿Qué me estás proponiendo? —le daba miedo preguntar, pero quería cerciorarse de que el señor Grey no la había tomado por algo que no era.

—Un lugar permanente en la vida de Melissa —respondió sincero.

Milagros se lamió el labio inferior preocupada.

—Ya tengo un lugar permanente en la vida de Melissa —respondió queda.

—Pero no es suficiente para ti —contestó el otro—, como no lo sería para mí de estar en tu lugar.

Milagros respiró profundo varias veces porque se le había acelerado el pulso.

—Es lo que más deseo en el mundo: cuidar de mi nieta las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, doce meses al año… toda la vida —confesó vehemente.

—Sólo tienes que aceptarme —casi susurró él.

Milagros creía que no lo había escuchado bien, pero Rex lo había planeado todo muy bien.

—¿A…aceptarte? —balbuceó.

Rex se tomó un tiempo en responder.

—Hace unas semanas te demostré lo que siento por ti. —Milagros parpadeó porque estaba confundida, pero recordaba perfectamente ese momento—. No sé de qué forma, ni cómo, ni cuándo, pero has logrado que me replantee muchas cosas sobre mi vida.

Mila seguía callada, porque se sentía incapaz de pensar o hablar con cordura.

—¿Dices todo eso porque no deseas compartir a Melissa? —le preguntó alarmada.

Rex soltó un suspiro largo.

—Melissa siempre va a estar por encima de ti, de mí, de todos —afirmó rotundo y sin dejar de mirarla—. Pero me gusta ver cómo la cuidas, cómo creces en todos los sentidos —la aduló—. Vas a ser una influencia muy buena y positiva para nuestra nieta, y por eso deseo verlo cada día.

Mila estaba sin palabras.

—¿Qué me estás proponiendo? —volvió a preguntarle.

Pero Rex ya no contestó. Le hizo un gesto con la cabeza que Mila entendió muy bien. Y durante los siguientes minutos, la cabeza de Milagros estalló en un caos. Cuidar a Melissa a tiempo completo era lo que más ansiaba en el mundo, pero eso significaría entregarle su vida y su futuro a Rex Grey, y ella no estaba preparada. No lo estaba por lo que le había sucedido en el pasado. Porque le aterraba esa fuerza que demostraban los hombres sobre las mujeres.

—¡Tengo que irme! —exclamó de pronto alterada y levantándose de sopetón.

Rex la imitó y dejó la taza sobre la bandeja.

—¿Te he molestado? —le preguntó preocupado.

Y lo estaba, porque el rostro de Milagros había perdido el color.

—No deseo hablar sobre el tema —respondió cabizbaja.

El ánimo de Milagros Cervantes había dado un giro completo. La mujer alegre y despreocupada había mutado en un ser asustado e introvertido.

—Lamento si mi proposición te ha molestado.

Mila alzó el rostro y clavó la mirada en la de él.

—No estoy preparada para una relación —le soltó de pronto—. Somos dos desconocidos con metas opuestas, aunque con un vínculo en común: Melissa.

Rex no estaba de acuerdo con sus palabras.

—Has sido un caos en mi vida durante meses —le reveló él—. Al principio te detestaba con toda mi alma, pero te mantuviste firme y demostraste una voluntad inquebrantable. Fuiste derribando todas y cada una de mis defensas sin que pudiera hacer nada por impedírtelo.

A cada revelación de él, Mila se ponía más nerviosa. Tenía que salir de la casa, porque parecía que el techo se le caía encima. Cuando se giró, Rex la sujetó del brazo para impedírselo.

—Puedo esperar una respuesta. La paciencia no es una de mis virtudes, pero puedo esperar.

De repente sintió ganar de reír, pero no con humor, sino de histeria. Charles le había propuesto exactamente lo mismo.

—Tengo que irme —repitió nerviosa.

La niña percibió la tensión entre los adultos, porque comenzó a llorar.

Y escucharla le provocó a Milagros la misma reacción, y rompió en llanto. Rex estaba atónito viendo la escena. Lloraba la nieta y lloraba

la abuela. ¿Qué había hecho mal? A pesar de la debacle emocional que sentía Milagros, corrió hasta donde estaba Melissa y la sujetó para consolarla. Rex ignoraba lo que sucedía, pero se mantuvo en silencio. Cuando la niña se calmó, Milagros se levantó y se giró hacia él.

—Tengo que irme…

Era lo único que repetía desde hacía un rato.

—¿Te he ofendido de alguna manera? Porque no ha sido mi intención.

Los ojos de Milagros se llenaron de lágrimas otra vez, y Rex hizo lo único que se le ocurrió: abrazarla para ofrecerle el consuelo que minutos antes le había dado ella a la niña.

—Eres una milagro en nuestra vida —le dijo en voz baja—. Permíteme cuidarte, cuidaros a las dos.

Rex bajó el rostro hacia Milagros y buscó su boca. El beso no era inesperado porque lo había deseado desde la llegada de ella esa tarde a Bloomfield.

Pero Milagros tiritaba entre sus brazos y no respondía a su beso. Rex dejó de abrazarla y entonces vio el temor en sus bonitos ojos. ¿Por qué mostraban miedo?

—Perdóname, no quería asustarte.

Pero ella no respondió. Quería salir del rancho y respirar un poco de aire. Era tanto su apremio que no cogió ni su bolso de la silla. Salió en tromba hacia el exterior de la casa y ya no regresó.

Capítulo 40

La casa de Sieroty Beach le gustaba mucho a Mila. Estaba situada en un paraje muy hermoso, y del que se podía sacar un buen provecho.

—Es perfecta —dijo Lola de pronto—. ¿Verdad que sí?

—Es demasiado cara —protestó Mila—. Te quedarás sin dinero para poder restaurarla.

—Pediré un crédito —argumentó la otra.

Mila soltó un suspiro.

—Eres extranjera, ¿quién se fiará de ti? —le recordó.

Lola no perdió el buen humor. Comprar la casa le había costado un mundo, pero había tenido la inestimable ayuda del *sheriff* de Santa Rosa. Si en medio de esa ecuación no estuviera Mila, el hombre no habría movido un dedo para ayudarla. Pero Charles Stevens estaba de acuerdo con el negocio que quería montar Lola. El *sheriff* también argumentaba que Rodolfo Cuarón le pagaba muy poco a Mila, casi la esclavizaba, y entre los dos la habían convencido para embarcarse en un nuevo proyecto. Lola podía no entender inglés, pero era buena con los números y con los negocios.

—¿Qué te sucede, Mila? Porque, desde que regresaste de Bloomfield, no pareces la misma persona.

Milagros se giró en medio del salón vacío, y clavó la mirada en Lola.

—El señor Grey y yo mantuvimos una discusión.

—¿Tú discutiendo? Permíteme que lo dude.

—Me ha ofrecido irme a vivir al rancho Bloomfield, y que te quedes tú en mi apartamento.

La idea no le pareció descabellada a Lola.

—Sería perfecto —aceptó agradecida.

—Pero le he dicho que no —Mila se reservaba la parte más importante de la conversación que había mantenido con Rex.

—Estás pensando en el trayecto tan largo desde el rancho Bloomfield hasta Cruz Coffee, ¿verdad? Todavía no tienes coche y

pasarías demasiado tiempo en la carretera dependiendo de terceros.

No, esa no era la razón, se dijo Mila, salvo que no contradijo a Lola.

—Te preocupa algo, pero no quieres contármelo. —Mila se debatía entre hacerlo o no. Quería a Lola, la respetaba, pero ignoraba si podría comprenderla—. Vi cómo te miraba el señor Grey.

Milagros cruzó los brazos al pecho y caminó hacia el balcón. Salió al exterior y se quedó mirando el mar. Ese día no hacía viento, algo inusual en ese lado de la costa. Lola la siguió en silencio, porque entendía que Milagros tenía un problema.

Las dos mujeres se quedaron mirando el horizonte durante un largo rato.

—El señor Grey me besó —confesó al fin.

—¡Mila! —exclamó Lola sorprendida.

—Es la segunda vez que lo hace —reveló sin mirarla.

Milagros sentía vergüenza y no sabía cómo ocultarlo.

—Eres una mujer guapa, joven…

—Y decente —la cortó Mila.

—Aquí la decencia no tiene nada que ver —respondió Lola—. En todo este tiempo que llevas en Estados Unidos, ¿no has aprendido nada?

Mila giró el rostro y la observó.

—¿Aprender qué? —le preguntó.

—Que hay mucho más, aparte de tu vida en Argüeso. Que las mujeres tienen derecho a trabajar y a obtener un sueldo decente. Que pueden conducir un coche, que pueden ser libres.

—Ninguna mujer puede ser libre —argumentó Mila.

—Sé lo que te provoca el señor Grey.

Milagros la miró azorada durante un minuto largo.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque yo sentí lo mismo por alguien en París, y ese fue el motivo de mi regreso a Argüeso.

—Creí que tenía que ver con la muerte de tus padres.

Lola soltó un suspiro largo.

—Me enamoré de un hombre casado, con hijos, y con una vida en la que yo no podía tener cabida.

Con su confesión, Lola logró la completa atención de Milagros.

—Es un pecado robarle el marido a otra —le espetó Lola en un tono seco.

—Pero es tan bonito que te amen, que te hagan sentir especial.

Creer que eres la única mujer en el mundo para él…

Mila desvió la mirada.

—Nada de eso tiene que ver con el señor Grey y yo —afirmó dura.

—Te atrae, lo he visto —continuó la otra.

Mila se mordió ligeramente el labio inferior.

—Mi única experiencia con un hombre fue terrible —susurró casi sin voz.

La única persona que conocía lo que le había sucedido a Mila era el *sheriff* de Santa Rosa, y la viuda Tomasa que fue la que la auxilió. Desde entonces, siempre le aconsejaba que tuviera cuidado cuando caminara sola, pero Mila siempre había estado sola.

—¿Te refieres al padre de Miguel? —le preguntó Lola.

Mila no quería seguir hablando sobre el tema. Hacerlo le dolía, le hacía regresar a aquel momento horrible que no podía olvidar, aunque lo había intentado con todas sus fuerzas.

—Si das con el hombre apropiado, si es tierno y paciente, las relaciones íntimas pueden ser muy placenteras para una mujer.

Las mejillas de Milagros se pusieron rojas como la sangre.

—Siento pánico de estar a solas con un hombre —confesó al fin.

Lola quería entenderla. ¿El padre de Miguel había sido brusco con Milagros? ¿La había maltratado? A la vista estaba que sí.

—Pero eso no te sucede con Charles Stevens, ¿verdad? —inquirió Lola de pronto como si intuyera sus pensamientos—. Con él no sientes miedo —se atrevió a decir, pero Mila negó con la cabeza.

—Charles también me provoca miedo, pero de forma diferente a Rex —contestó Mila.

Lola se había percatado de que Milagros tuteaba a su consuegro.

—Eso es porque Rex te gusta, te despierta sentimientos que no controlas. —La mirada de Milagros le mostró a Lola que no se había equivocado—. Sientes un cosquilleo en el vientre cuando te mira, la piel se te eriza cuando pasa a tu lado… —La escuchó jadear, y sonrió —. Eso se llama atracción, y amor.

Mila cerró los ojos, porque le costaba asimilar que estuviera enamorada del señor Rex Grey.

—Pero querer a un hombre significa estar con él de forma íntima —admitió Milagros soltando un suspiro largo.

—Esa es la parte más bonita de estar enamorado —contestó Lola y, a continuación, comenzó un relato sobre lo maravilloso que era compartir la intimidad con la persona apropiada.

Cuando terminó de hablar, Milagros estaba más retraída todavía.

—Jamás podría hacer feliz de esa forma a un hombre —admitió sincera—. Además, no sería justo para Charles que ahora aceptara las atenciones del señor Grey. ¡Es el abuelo de Melissa?

Nuevamente ponía distancia entre Rex y ella.

—Claro, Charles no te provoca todo lo que te hace sentir Rex Grey, ¿no es cierto?

Milagros comenzó a masajearse las manos en un claro gesto de nerviosismo.

—Se nos hace tarde… —contestó finalmente.

Lola entendía demasiado bien. Milagros mantenía un problema con su pasado que no había solucionado y que la hacía tan desgraciada en el presente.

Las dos salieron de Sieroty Beach en silencio.

Capítulo 41

Finalmente, Milagros aceptó la invitación a cenar de Rex Grey. El hombre había insistido mucho y Lola había hecho apoyo común para convencerla. El lugar elegido había sido un restaurante muy caro en San Francisco, que la dejó fuera de lugar. Mila no iba vestida como las elegantes damas de esa noche, ni sabía utilizar todos los cubiertos de la mesa.

Rex supo la aflicción de ella cuando vio su rostro contrariado.

Había pretendido que esa noche fuera especial, pero había olvidado lo más importante: lo sencilla que era Milagros Cervantes. Se arrepintió de su impulso, pero ya no había remedio.

—Me siento fuera de lugar —admitió muy triste.

Rex había cometido un fallo, pero intentó solventarlo.

—Alguna vez tenías que probar un lugar como este.

Los ojos brillantes de Milagros le mostraron que ella jamás podría costearse una cena en Brown´s. El restaurante estaba literalmente al pie de los muelles en los que se recibía la pesca. Era un lugar cálido en el que se podía disfrutar de una variedad de delicias con una atención esmerada.

—Si te preocupan tantos cubiertos, yo sólo utilizo este. —Rex le señaló el tenedor de pescado.

El camarero impidió que Mila le respondiera. Rex pidió para ambos un par de platos de pescado, que le aseguró que estaban deliciosos y suaves al paladar, junto con un excelente Pinot noir de California, ligero y exquisito.

—Escogí este lugar porque tienen licencia de pesca, por lo que la mayoría del género no pasa por intermediarios.

Mila ignoraba a qué se refería Rex, pero hizo como si lo comprendiera.

Y durante la siguiente hora, Rex fue el perfecto anfitrión. Utilizaba cada cubierto de forma lenta y cuidadosa para que Mila pudiera saber qué coger a continuación siguiendo su ejemplo. Seguirle no le resultó

difícil. Rex le habló de su vida como fiscal. De su participación en la lucha en la guerra de Europa. Le habló de sus intenciones de ser político para mejorar el país y de lo mucho que se arrepentía de no haber estado más tiempo con su hija. Mila le habló a su vez de su vida en la aldea. De la gente del pueblo, de lo mucho que habían sufrido las personas con la terrible guerra española. Le habló de su infancia, de todas las carencias que había sufrido, y lo hizo con una sonrisa y sin rencores. Como si narrara la vida de uno de esos personaje que había visto en el cine.

Rex la admiró porque, a pesar de todas las carencias vividas en el pasado, Milagros seguía siendo una mujer sencilla que no le importaba el dinero ni la posición, salvo si tenerlo ayudaba a su nieta en el futuro. Le explicó que confiaba en que Melissa fuera al mejor colegio, a la mejor universidad para que se formara y fuera el día de mañana una muchacha competente. Milagros soltó una suave risa que lo estremeció entero. Rex ignoraba si era por el vino, o porque su compañía le complacía.

La dejó un momento a solas para llamar al rancho. Quería comprobar si Melissa estaba bien y andaba todo en orden. A ella le gustó esa responsabilidad. Lo estaban pasando bien compartiendo vivencias del pasado, pero Rex siempre estaba atento a la pequeña Melissa. El corazón de Milagros se llenó de ternura. Cuando regresó, su semblante había cambiado notablemente.

—Glory dice que Melissa tiene un poco de fiebre —le dijo algo preocupado.

Rex ya había pedido la cuenta. No se iban a quedar para el postre.

—Ha tratado de no alarmarme, pero es tan pequeña —dijo en un susurro.

—Me gustaría ir con ella —respondió Milagros, seria.

Rex aceptó.

—¿Podemos pasar antes por mi apartamento? —le preguntó—. Hice una cataplasma de eucalipto y romero, y me gustaría llevármela al rancho. La hice especialmente para Melissa, porque pronto vendrá la época de los resfriados.

Rex pagó la cuenta y los dos se levantaron al unísono. Le abrió la puerta del vehículo y emprendieron el camino de regreso a Santa Rosa.

***

Milagros había estado todo el tiempo callada, pensando en las décimas de fiebre de Melissa. Era tan pequeña e indefensa que cualquier enfriamiento le podía provocar calentura. Estaba tan concentrada en su nieta, que no fue consciente de quién estaba en el apartamento cuando abrió la puerta. Había sido tan cuidadosa, que las dos personas ni se habían percatado de que ella había llegado a la casa. Milagros se llevó la sorpresa de su vida cuando vio las dos sombras en su pequeña cama. De los gemidos de placer y de los susurros que los dos cuerpos entrelazados intercambiaban. Ella pudo escuchar la voz de Lola y la de Charles.

¡Ambos estaban teniendo un encuentro sexual en su apartamento!

El cuerpo de Milagros se ruborizó de la cabeza a los pies, pero fue incapaz de apartar la mirada de esas dos personas que estaban ensimismadas dándose placer la una a la otra. Se sentía una intrusa, pero le resultaba hipnótico. Contra todo pronóstico, sintió excitación y, cuando fue consciente, contuvo un jadeo. Se giró muy lentamente, caminó hacia atrás y salió mucho más en silencio que cuando había entrado. No podía coger la cataplasma de eucalipto, pero ya no le importaba.

Cuando subió de nuevo al vehículo de Rex, estaba pasmada. Sin voz y sin capacidad de decir nada. Seguía roja como una amapola y agitada como si hubiera corrido una maratón.

—¿Te encuentras bien?

Escuchó la voz de Rex y se convulsionó entera. Sentía una fuerte excitación entre sus muslos y una incomodidad como nunca había experimentado. Rex no sabía qué le ocurría, pero el brillo en los ojos de ella mostraba a las claras que se sentía excitada, y ser consciente de ello actuó como un revulsivo en todo su cuerpo que despertó y se puso duro como una piedra.

—¡Milagros! —exclamó antes de atraerla a su cuerpo y de besarla en la boca.

Era la primera vez que Mila permitía un beso así de profundo y posesivo, pero la visión de Lola y de Charles había actuado como un potente afrodisiaco en ella, que no sabía cómo calmar toda esa agitación en su interior.

Milagros era incapaz de lidiar y separar sus emociones. Sentía el corazón desbocado, el estómago encogido y una tensión en el interior de su vientre que no sabía canalizar ni hacia dónde la conducía.

Rex era un experto y supo llevarla hacia el lugar que él pretendía:

rendida a sus besos y caricias. A ninguno de los dos le importó besarse y acariciarse en el interior del vehículo en una calle donde podían ser vistos. Cuando Rex la acarició con dedos diestros justo en el triángulo entre sus piernas, Mila estalló en un orgasmo que la pilló completamente desprevenida. Rex la aprisionó en su pecho hasta que el pulso de ella se normalizó.

—Te amo —le susurró con voz muy baja, pero Mila lo había escuchado.

Ella debía sentir vergüenza, pero no. Su cuerpo estaba relajado y su corazón distendido. Le costó una eternidad separarse de los fuertes brazos de Rex y, cuando lo hizo, clavó sus bonitos ojos almendrados en el rostro serio de él, que no sabía si pedirle disculpas o si volver a besarla.

—Es la… la primera vez en mi vida que he… sentido esto —explicó con voz entrecortada.

Rex sabía que ella se refería al orgasmo.

—Con la persona adecuada, puede ser mucho mejor, créeme.

A Mila se le abrieron infinidad de puertas que hasta ese momento habían estado cerradas.

—Nos hemos olvidado de Melissa —dijo apenada.

Rex hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, pero tú también necesitabas atención inmediata —expresó sincero.

Mila ya había recuperado el ritmo normal de respiración.

—¿Vas a decirme qué ha sucedido allí arriba? —con la cabeza, Rex le señaló el apartamento.

Las mejillas de Milagros se ruborizaron de nuevo y, a pesar de la oscuridad de la noche, Rex pudo apreciarlo.

—He visto a dos personas haciéndose el amor mutuamente —dijo ella. El rostro de Rex resultó cómico—. Mi amiga Lola está teniendo un encuentro amoroso con Charles Stevens.

Si pretendía sorprenderlo, lo consiguió con creces.

—¿Charles y Lola? —preguntó atónito.

Y Mila estalló en llanto. Rex no supo valorar el motivo para las lágrimas de ella.

—Melissa nos espera —le dijo impaciente—. Vámonos ya…

Capítulo 42

Rex Grey no vio a Milagros durante la semana siguiente. Sorprendido y preocupado por su ausencia, y porque no había visitado a Melissa, decidió ir hasta su apartamento para hablar con ella. La fiebre de la pequeña Melissa la noche de la cena había sido insignificante y él no pudo hablar con ella cuando llegaron al rancho, porque Mila se había encerrado en sí misma, como era su costumbre.

Atendió a la niña hasta que le bajaron las décimas y le cantó una nana hasta que se durmió. Después, le pidió que le llamara un taxi para regresar a su apartamento y no permitió que Rex le dijera nada sobre el encuentro íntimo que habían mantenido en el interior de su vehículo.

Cuando el taxi llegó y Milagros se disponía a marcharse, Rex la sujetó del brazo y la miró fijamente.

—¡Cásate conmigo! —exclamó de pronto.

Mila parpadeó al escucharlo.

—Puedo hacerte muy feliz.

Pero Milagros no dijo nada. Tomó su bolso y se marchó en silencio. Esa había sido la última vez que la había visto. Ahora, frente a la puerta del pequeño apartamento, sintió vacilación, pero tenía que hablar con ella, para bien o para mal. Milagros Cervantes tenía que darle una respuesta a su proposición.

La persona que abrió la puerta del apartamento no fue Milagros, sino Lola.

—Busco a Milagros —le dijo Rex.

Lola se hizo a un lado para invitarlo a entrar.

—Se ha marchado unos días a Dallas.

Rex entrecerró los ojos. En Dallas vivía el abogado que la había representado, también su amiga Melany, la que le había puesto en contacto con su tío el periodista Joe Sullivan.

—¿Por qué se ha marchado? —le preguntó a Lola, que ya se manejaba bien con el idioma inglés.

—Me dijo que necesitaba un tiempo para aclarar sus ideas —contestó la mujer mientras preparaba un poco de café.

Lo invito a que tomara asiento frente a la minúscula mesa.

—Le pedí que se casara conmigo y salió huyendo —le confesó Rex con voz muy baja.

Lola sirvió el café y se quedó mirando al hombre con suma atención.

—No se ha ido por tu culpa, sino por la mía —confesó Lola.

La mirada de Rex le indicó a Lola que sabía lo de Charles y ella.

—No se le roba el pretendiente a la mejor amiga —la acusó sin contemplaciones.

Lola se lamió el labio inferior, porque todo se había desbocado. Charles había ido al apartamento para pedirle explicaciones a Milagros por su cena con Rex a espaldas suyas, salvo que la que estaba en la casa era Lola y no Milagros. Los dos habían comenzado a discutir y, de repente, Lola se encontró entre los brazos del *sheriff* recibiendo sus besos, y lo que siguió a continuación.

—Deberías darme las gracias y no recriminarme por allanarte el camino —se defendió ofendida. Al ver la confusión de él porque había hablado bastante rápido y su inglés no era el mejor del mundo, rectificó y se lo explicó mejor.

—¿Era eso lo que buscabas cuando decidiste acostarte con su pretendiente?

Lola soltó un suspiro largo. Y comenzó a explicarle todo lo que había sucedido. Le habló de la infancia de Milagros en su casa del Cerro de la Peña, un lugar alejado de la aldea y del pueblo de Argüeso. Le habló de la guerra, del padre de Milagros. Le habló de su aislamiento y de su repentino embarazo, que dejó a todos los vecinos boquiabiertos. Ninguno conocían al padre de Miguel, y Milagros ocultó su nombre toda la vida. Le habló también de la marcha de su hijo a Argentina por trabajo, y de la muerte de Miguel, que propició al largo viaje de Mila. Cuando hubo explicado todo lo que conocía sobre Milagros, Lola comenzó a narrarle su propia huida a Francia. Había estudiado en París y fue allí donde conoció al hombre que sería su perdición. Le habló de su error al fijarse en un hombre casado y que por culpa de ese enredo tuvo que regresar a España, a pesar de sus convicciones políticas tan alejadas del régimen, que tantos problemas le había causado. Lola se guardó la bomba del parecido físico de Charles Stevens con Jean Paul Clavier para el final.

Decir que Rex Grey estaba sorprendido sería como encerrar el vasto océano en una pequeña gota de agua.

—¿Te has acostado con Charles porque te recordaba a otro hombre? —preguntó espantado.

En verdad, Rex compadecía al *sheriff* después de conocer la sórdida historia de la amiga de Milagros.

Lola negó con la cabeza y comenzó a explicarle que el parecido entre ambos hombres sólo había sido al principio de conocerse, y que por eso discutían tanto, pero Charles le había demostrado que era completamente diferente al resto de hombres que había conocido en su pasado. Rex no sabía si creerla o no, pero le otorgó el beneficio de la duda.

—Antes de marcharse a Dallas, mantuve una larga conversación con Milagros para pedirle perdón y le aseguré que tenía pensado regresar a Argüeso porque entendía que la había herido; también asumía que no querría tenerme cerca de ella después de todo esto, ¿y sabes qué hizo? Se rio en mi cara. —Rex no sabía qué pensar ni qué decir al respecto tras oírla—. Yo estaba flagelándome por ella y Milagros se rio en mi cara. Arregló su maleta y me dijo que se marchaba unos días a Dallas, que hablaríamos cuando regresara.

Rex optó por tomarse el café, que ya se le había enfriado en la taza. Lola y él se mantuvieron en silencio hasta que escucharon la llave de la puerta y la voz grave de Charles.

Una vez dentro, Charles y Rex se observaron con atención. Lola y Milagros hicieron los mismo.

—Charles me ha recogido en la estación del tren —dijo Mila a modo de saludo.

—¿Qué tal tu viaje a Dallas? —le preguntó Lola.

Rex seguía en un silencio incómodo.

—Muy esclarecedor —admitió Mila.

—He preparado café, ¿quieres una taza? —le ofreció la amiga.

Charles no quería quedarse y se despidió de todos. Rex no se levantó, ni Lola se movió de su lugar en la mesa. Milagros le puso la mano en el antebrazo a Charles y le sonrió.

—Gracias por todo —le agradeció.

El *sheriff* se caló el sombrero y se marchó del apartamento. Rex veía demasiada cordialidad entre los dos y se preguntó por qué motivo actuaba Charles como si no se hubiera acostado con la amiga de la mujer que pretendía.

—¿Quieres un poco de café? —le preguntó Lola a Milagros.

Mila negó con la cabeza. Todavía se resistía a mirar a Rex, pero Lola no le hizo caso y se la preparó de todos modos.

—Melissa te ha echado de menos —le dijo de pronto el hombre.

Mila contuvo una sonrisa.

—Charles me ha llevado a verla justo después de recogerme en la estación —dijo de forma tímida—. Le he traído un bonito regalo de Dallas y quería dárselo cuanto antes.

Rex se levantó de la silla para ofrecérsela a Mila. El apartamento sólo tenía dos sillas.

—¡Qué sorpresa veros aquí a los dos! —dijo como de pasada mientras aceptaba la taza de café que Lola le ofrecía.

La amiga se puso nerviosa y Rex entrecerró los ojos.

—Quería verte —le reveló Rex sosteniéndole la mirada—. Te fuiste de Bloomfield y no me dijiste nada sobre el viaje que pensabas hacer.

—He hablado con mi abogado —admitió Mila, dándole el último trago a su café.

Lola sintió que estorbaba entre los dos, pero no quería ser descortés y dejar a Milagros sola, porque quizás podría necesitarla.

Rex se quedó callado durante unos minutos. Tenía que conversar con Milagros, pero no quería hacerlo delante de la amiga porque entonces no sería una conversación privada.

—Voy a Cruz Coffee —dijo Lola de pronto—. Rodolfo quiere presentarme a sus proveedores y ya llego tarde.

Ni Mila ni Rex hicieron gesto alguno. Lola cogió su bolso, la copia de las llaves que le había facilitado Milagros y se marchó del apartamento completamente en silencio.

—¿Quieres más café? —le ofreció Milagros unos minutos después.

Rex se veía inquieto.

—Deseaba hablar contigo —confesó de pronto.

Mila se quedó observando el rostro masculino sin apartar los ojos.

—Habla, te escucho…

Capítulo 43

Cuando Milagros salió del rancho Bloomfield, no sabía dónde tenía el corazón y la cabeza, porque estaba hecha un buen lío. Sentía que tenía que salir de Santa Rosa, tomarse un tiempo para meditar los asuntos… y sólo se le ocurrió viajar a Dallas. Había necesitado día y medio para llegar, porque Mila se negaba a viajar en avión; por eso se había decidido por el tren, pero tenía que poner distancia de por medio entre Lola y Charles, entre Rex y ella.

Y fuera de la influencia de todos, pudo encontrarse a sí misma y tomar varias decisiones que pensó que serían vitales para su futuro a corto y medio plazo.

Le había quedado claro que Charles se sentía sexualmente atraído por Lola, y no le extrañó en absoluto porque su amiga era una mujer extrovertida, fuerte, sensual. En cambio, ella estaba marcada por un hecho del pasado que no había podido olvidar, y que había condicionado y restringido su existencia como mujer.

Había mantenido una conversación larga y fructífera con Charles, y los dos habían quedado como buenos amigos. Tenía otra conversación pendiente con Lola, aunque tendría que posponerla hasta concluir la que debía tener en ese momento con Rex Grey. Sentada frente a él que se mantenía de pie en la estrecha cocina, Mila respiró suave varias veces. Lo miró de frente y le sonrió.

—Vuelve a proponérmelo —le pidió de pronto.

Rex apoyó la espalda en la pared y la observó detenidamente.

—¿Por qué? —le preguntó directo.

Mila sopesó varias respuestas, pero optó por la más sincera.

—Porque ahora sí estoy en posición de darte una respuesta.

—¿Es por lo que ha pasado con Charles y tu amiga? —quiso saber.

Mila se preguntó si su cambio de opinión tenía que ver con Charles y Lola, y se dijo que sí, pero también su viaje a Dallas y su larga conversación con Thomas Buzz, su abogado. Milagros jamás haría algo que perjudicara a Melissa, eso lo tenía muy claro, por eso tuvo que

hacer averiguaciones sobre la conveniencia de aceptar o no la proposición de Rex. Desde que conocía que tenía una nieta de su amado hijo Miguel, se había vuelto muy ambiciosa, tanto que aceptaría al mismo diablo si pudiera pasar las veinticuatro horas del día con Melissa; pero Rex Grey no era el diablo…

—Tenía que conocer los riesgos de aceptar tu proposición —le dijo sincera.

Rex apretó los labios porque se tomó sus palabras de forma muy diferente a como Milagros las había expresado.

La mujer entendió perfectamente la conclusión de él.

—Melissa siempre estará por encima de mí, de ti, de todos —le trajo a colación sus mismas palabras de días atrás.

—¿De no haber pillados juntos a Charles y a tu amiga seguirías pensando en aceptar la proposición de Charles? —inquirió en voz baja.

Milagros sonrió y lo pilló desprevenido.

—Ya había hablado con Charles sobre su propuesta antes de lo ocurrido con Lola.

Rex ignoraba ese detalle.

—¿Lo rechazaste? —quiso saber.

—Sí —contestó sincera—. Pero me dijo que me lo pensara, aunque no había nada que pensar, pero opté por no discutir con él y entonces entró Lola en la ecuación.

Los ojos de Mila se abrieron de par en par sorprendida con ella misma por el amplio vocabulario que podía utilizar. Tiempo atrás habría sido imposible.

Rex soltó un suspiro largo de alivio.

—¿Qué tenías que averiguar con Buzz? —Esa cuestión le preocupaba de veras.

Rex creía en verdad que el abogado rival suyo trataría de perjudicarlo de alguna forma, y podría utilizar a Milagros para lograrlo.

—Quería saber si legalmente podría aceptar tu propuesta, dado que te considero mi familia —le expresó sincera—. El señor Buzz me ha explicado de forma paciente algo que desconocía: que los parientes de cada cónyuge no constituyen lazos familiares legales entre sí; es decir, que los concuñados y los consuegros no son familiares a efectos legales, aunque se traten como tal.

—Eso podría habértelo dicho yo —apuntó Rex—. Y no te hice una

propuesta, sino una proposición.

Milagros se sintió muy tonta.

—Desconozco muchos asuntos, y este me preocupaba mucho; también, si obtendría alguna desventaja con respecto a Melissa en caso de aceptar tu proposición.

—Me ofende que me creas tan calculador.

Milagros lo miro sin un parpadeo.

—¿Necesitas que te recuerde el juicio que mantuvimos por Melissa? —le preguntó a bocajarro.

Rex bajó la mirada durante unos segundos. Antes de que el juicio llegara a su conclusión, Milagros le hizo una propuesta relacionada con Melissa, y él aceptó. Su decisión de aceptar la propuesta fue crucial, ya que si no lo hubiera hecho, habría resultado en una desventaja para él en el juicio, y con un resultado negativo en su contra.

—De ser a la inversa, habrías actuado de la misma forma que yo.

Milagros asintió.

—¿Vas a proponérmelo o no? —le preguntó directa.

Rex se tomó unos segundos, porque presentía que Milagros no había terminado.

—Milagros Cervantes, ¿aceptas ser mi esposa? —le preguntó finalmente.

Mila le sostuvo la mirada y le sonrió abiertamente.

—Sí —aceptó en un tono humilde—. Pero ahora debo contarte algo sobre el padre de Miguel.

Rex no quería escuchar esa parte de su historia, porque presumió que no le iba a gustar en absoluto. Tenía asumido que Milagros había amado muchísimo al padre de Miguel y no estaba preparado para conocer que no podría olvidarlo, aunque se casara con él. Rex confiaba en hacerla olvidar, pero no lo tenía tan claro.

—¿Estás preparado? —le preguntó.

—No, pero aquí estoy…

Milagros comenzó su historia sin dejar de mirarlo. Y no se guardó nada. Le abrió su alma por completo. Mientras la escuchaba, el rostro de Rex palideció, pero se quedó quieto y sin decir nada mientras ella desgranaba una aterradora historia. Cuando Milagros concluyó, los ojos de Rex se humedecieron. Salvó la distancia que la separaba de ella y la encerró entre sus brazos como si con ese gesto pudiera protegerla de sus monstruos del pasado.

Era la primera vez que Milagros sentía verdadero alivio de contar su horror. Sacó de su corazón el hierro candente que todavía la martirizaba. Y encontró entre los brazos de Rex el único consuelo que necesitaba.

No sentía la necesidad de llorar, porque contarle su historia había sido como purificar su alma, y Rex supo qué palabras decir para consolarla.

Capítulo 44

La boda se celebró una semana después.

Gracias a la influencia de Rex Grey como antiguo fiscal, Milagros había obtenido los documentos que necesitaba para poder convertirse en la señora Grey.

Lola fue la madrina de Milagros, y Charles lo fue de Rex. La boda fue íntima y discreta, a pesar de que Rex había pretendido lo contrario. Se casaron en el rancho Bloomfield acompañados de la hermana de Rex y su esposo. Asistió también Rodolfo Cuarón y su familia, y fue Glory la que elaboró el almuerzo posterior para tan especial evento.

El vestido de novia de Milagros fue un sencillo traje de chaqueta elaborado en lana anillada con doble abotonadura. El traje, de color champán y cuello de encaje, tenía como complemento un sombrero muy femenino, redondo y de bordes altos, sin alas y plano en la parte superior. Era del mismo color que el vestido. Milagros también llevaba guantes de seda en color champán. Había sido el regalo de la familia Cuarón y de sus compañeras de trabajo en el Cruz Coffee.

El traje gris oscuro de Rex le sentaba como un guante y despertó varios comentarios de Lola y de la esposa de Rodolfo.

Tras la sencilla ceremonia, Milagros y Rex aceptaron las felicitaciones de los invitados e interactuaron con cada uno de ellos. La hermana de Rex la abrazó de forma efusiva sin parar de sonreír. Estaba claro que le gustaba la elección de su hermano.

La pequeña Melissa disfrutaba de las atenciones de todos y pasaba de unas manos a otras sin mostrar timidez, y sin extrañar a nadie. Mila no podía ser más feliz.

—Estás preciosa, señora Grey —le susurró Rex al oído de la que ya era su esposa.

Milagros alzó el rostro y le sonrió.

—Tú también estás impresionante —le correspondió.

La carpa que cubría la mesa del banquete se había colocado en la

parte trasera del rancho, junto a los frutales.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Lola llevándose a Mila a un rincón apartado.

Milagros sabía perfectamente a qué se refería Lola: a su noche de bodas, pero ella había dejado atrás, o eso creía, a todos sus monstruos del pasado. Los había vencido gracias al amor de Rex.

—Debería estarlo —reconoció sincera—. Rex me mira y se me olvida todo.

Lola se sintió satisfecha por su repuesta.

—Eso se llama amor, mi querida Milagros, ¿o debería decir lujuria? —bromeó.

—Dejemos la lujuria sólo para ti —contestó mordaz.

Milagros dejó de observar a Rex, que acaba de coger a la nieta de ambos en brazos para que los fotografiaran, y clavó la mirada en Lola.

—¿Qué vas a hacer con Sieroty Beach? —le preguntó—. Ahora no podré ayudarte.

Milagros había emprendido una nueva vida, después de que Lola adquiriera la casa de la playa.

—Será el albergue que he pensado —le dijo firme—. Y voy a contratar a dos sobrinas de Rodolfo, que llegarán en una semanas de Veracruz —terminó.

—¿Qué dice Charles? —quiso saber.

Lola sonrió de oreja a oreja.

—Que nuestra boda será la siguiente —le confió—. Salvo que ignora que yo no soy mujer de ataduras ni de compromisos.

—Charles se merece tener su propia familia —apuntó Mila haciéndole un gesto con la cabeza a Rex, que le pedía que fuera con él y Melissa.

—¡No me agobies, Mila! —protestó Lola—. Será lo que tenga que ser.

Milagros ya no le respondió, dejó a Lola y caminó directamente hacia Rex.

La celebración continúo durante el resto del día.

***

Mila debería de estar nerviosa, pero no lo estaba. Gracias a la escena que había visto en su apartamento, sabía lo que ocurría entre un hombre y una mujer cuando los dos están dispuestos, receptivos, y

Rex le había mostrado que junto a él podía ser diferente. Si Milagros no hubiera visto con sus propios ojos la intimidad compartida entre un hombre y una mujer gracias a Lola y Charles, ahora estaría muerta de miedo. Pero recordaba perfectamente los gemidos de Lola, las caricias de Charles, y en todo eso no había ni un atisbo de miedo o rechazo.

Rex tocó la puerta de la habitación que iban a compartir a partir de ese momento.

—¿Necesitas más tiempo? —le preguntó.

Milagros hizo un gesto negativo con la cabeza. Llevaba puesto un saltó de cama de seda y encaje que le había regalado Lola. Era la prenda íntima más sexi que había llevado nunca.

Llevaba el cabello suelto y a Rex le pareció una diosa. Se acercó lentamente a ella.

—Me siento nervioso, como si fuera tu primera vez —casi le susurró.

Milagros inspiró profundo y caminó hacia Rex.

—Es mi primera vez —le dijo queda.

Rex la tomó entre sus brazos, le alzó la barbilla y la besó suavemente. Quería que ella estuviera dispuesta, que lo necesitara, y por eso se había propuesto darle todo el tiempo del mundo.

Durante esa semana antes de la boda, Rex había leído mucho sobre las personas que habían experimentado un trauma sexual, y por eso conocía que podían tener problemas con la confianza en sí mismas, los trastornos del sueño por las pesadillas, el dolor sexual, los cambios en el deseo y otros síntomas. Rex era consciente de la importancia de la paciencia, pero se sentía tranquilo, porque Milagros no había demostrado aversión sexual hacia él. Por eso fue besándola de forma dulce, tierna, paciente, hasta que la mujer se colgó de su cuello y le pidió más.

Rex la alzó en brazos y la llevó a la cama donde la dejó de forma suave sin dejar de besarla.

Y durante la siguiente hora, la llenó de caricias, de besos profundos, de gestos galantes. La escuchó jadear, contorsionarse y separar las piernas. Rex avanzó la mano de forma suave hasta el triángulo expuesto. Y allí le dio toda una lección de entrega, de compromiso. Rex quería que alcanzara el clímax antes de intentar un segundo avance, y lo logró.

Milagros se derretía entre sus brazos como si fuera mantequilla en el fuego.

—Estás preparada para mí —le dijo de forma queda.

Ella estaba relajada, sintiendo las palpitaciones en su sexo, y por eso, cuando Rex la penetró, apenas sintió molestias.

Todo un mundo de sensaciones se abrió para Milagros, que no podía concentrarse en todo lo que Rex le despertaba en su interior. No se había repuesto del primer orgasmo cuando comenzó a enroscarse en el interior de su vientre el segundo.

Rex la llevó a la cima del placer apenas sin esfuerzo, porque ella quería darlo todo. Quería olvidar el pasado y lo había logrado.

Esa fue la noche más hermosa en la vida de Milagros después de alumbrar a su hijo Miguel. Con el corazón repleto de amor, le dijo a Rex que lo amaba, y el esposo se sintió tan complacido que volvió a llevarla a la cúspide del placer nuevamente.

Epílogo

Argüeso parecía haberse detenido en el tiempo durante los años en los que Milagros estuvo ausente. La antigua hospedería El Cruce se convirtió en un acogedor refugio para los peregrinos que recorrían el famoso Camino del Norte hacia Santiago de Compostela. Esta ruta pintoresca seguía la costa cantábrica desde el puente de Santiago en la frontera con Hendaya hasta la imponente catedral en Galicia. El Camino del Norte se había convertido en una opción cada vez más popular entre los caminantes, a pesar de sus desafíos adicionales como la orografía complicada, el clima impredecible y la falta de infraestructuras adaptadas. Sin embargo, los exuberantes bosques, las majestuosas montañas y el intenso azul del mar Cantábrico ofrecían una experiencia mágica para los viajeros. El camino cubría más de 800 km divididos en 32 etapas, atravesando las provincias de Guipúzcoa, Vizcaya, Cantabria, Asturias, Lugo y La Coruña.

Un viejo coche se detuvo al paso de ellos. El hombre bajó la ventanilla, la miró con sorpresa, y un minuto después se apeó del vehículo sin creer lo que sus ojos veían.

—Milagros, ¿pero qué haces en Argüeso? —la voz de Emilio Padilla mostró gran sorpresa.

—He venido de visita, y ahora quería ver a Tomasa y Celestina, pero ya no están.

Las dos viudas habían muerto tres años atrás. La aldea apenas tenía vecinos.

—Ha pasado mucho tiempo —le dijo el hombre.

Era cierto. Milagros Cervantes se fue de la aldea porque había perdido a su único familiar, y ahora regresaba con una familia más grande.

—Le presento a mi esposo Rex Grey. —El tío de Lola le tendió la mano al extranjero.

—Un placer —lo saludó el veterinario, que seguía siendo alcalde.

—¿Y estos niños? —quiso saber el hombre.

El rostro de Mila se iluminó.

—Esta niña es Melissa, es la hija de mi Miguel —le informó Milagros—, y este niño es el pequeño Rex Grey, se llama como el padre. —El niño debía de tener unos tres años y la niña sobre los cinco. Los dos eran muy guapos—. Disculpa a mi esposo, porque no habla español, apenas unas palabras.

—Pero yo sí hablo español —dijo la niña, que se veía muy extrovertida.

—¿Qué hacéis aquí en Argüeso? —quiso saber Emilio Padilla.

—Le estoy enseñando a mi esposo donde nací.

El rostro del hombre se ensombreció.

—Tu casa se la quedó la parroquia, la usan como albergue para algunos peregrinos.

Mila ya lo sabía, porque se lo había dicho Lola; además, era la primera visita que habían hecho en la mañana.

—¿Cómo está mi sobrina? —le preguntó el hombre.

Lola le explicó que había abierto una pensión rural en un lugar muy bonito en Santa Rosa, y que estaba haciendo arreglos para visitar España en breve. Omitió que Lola era muy feliz con un *sheriff* que bebía los vientos por ella, aunque todavía no había logrado que aceptara casarse con él.

Emilio hizo un gesto elegante con la cabeza.

—¿Dónde os hospedáis? —le preguntó.

—En Santander, y hemos alquilado un coche para visitar Argüeso y la aldea.

Emilio no podía apartar la mirada del hombre que acompañaba a Milagros.

—Dios ha sido bueno contigo —le dijo Emilio de forma confidente —. Te ha dado un nuevo hijo.

Milagros sonrió.

—Fue toda una sorpresa por mi edad —contestó animada.

—Eres una mujer valiente, Milagros, y ahora la vida te va a tratar bien.

El hombre lo decía en serio. Sólo tenía que echar un vistazo al hombre seguro de sí mismo que acompañaba a Milagros, también las elegantes ropas que vestían todos, incluida la niña de Miguel Cervantes.

—Tengo que continuar con mi trabajo —le dijo el veterinario—. Saluda a mi sobrina de mi parte cuando regreséis.

—Podría visitarnos alguna vez —le ofreció Milagros.

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza y se despidió de ellos con la mano alzada.

Milagros lo observó subirse a su auto y marcharse.

—¿Qué habéis hablado? —le preguntó Rex, que hasta ese momento se había mantenido en silencio.

Milagros lo miró con una suave sonrisa.

—Aprende español y así no te perderás ni una sola de las conversaciones que mantengo con mis paisanos. —Melissa soltó una risa cantarina y el pequeño Rex hizo una mueca—. Además, puesto que has retomado tu ingreso en la política, te recuerdo que tienes una comunidad muy buena entre los hispanos.

Rex y Milagros ya habían hablado sobre el tema.

—Quizás me decida a hacerlo —aceptó Rex, que dejó a su hijo pequeño en el suelo. El niño se agarró a la mano de su madre para caminar a la par que ella—, si tú decides montar en avión —le dijo él que no le había gustado nada el largo viaje en barco.

—¿Tratas de sobornarme? —le preguntó Mila con mirada pícara.

Rex hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ahora que ya hemos visto la aldea, ¿hacia dónde vamos? —quiso saber el esposo.

—Regresemos a Santander —sugirió Milagros—. Vamos a llevar a los niños al Palacio de la Magdalena, creo que hay una bonita exposición sobre Artes y Oficios, pienso que puede gustarles.

Milagros había creído que lo pasaría mal cuando visitara la aldea donde se crio, pero no fue así. Se sentía feliz de haber regresado con Rex y los niños, pero todo había cambiado mucho. Como ella.

—Todo esto es tan pintoresco —dijo Rex en voz baja.

Milagros sonrió. Podrían pasar cien años que Argüeso y los españoles seguirían siendo los mismos sin cambiar un ápice. Sobre todo con la dictadura y represión que soportaban.

—¿Te he dicho hoy que te amo? —le preguntó al esposo.

Rex la miró como si no hubiera nadie más en el mundo que ella, su Milagros.

Índice

Capítulo 1 7
Capítulo 2 19
Capítulo 3 29
Capítulo 4 37
Capítulo 5 45
Capítulo 6 51
Capítulo 7 57
Capítulo 8 63
Capítulo 9 69
Capítulo 10 77
Capítulo 11 87
Capítulo 12 93
Capítulo 13 101
Capítulo 14 107
Capítulo 15 113
Capítulo 16 119
Capítulo 17 125
Capítulo 18 129
Capítulo 19 137
Capítulo 20 143
Capítulo 21 149
Capítulo 22 155
Capítulo 23 161
Capítulo 24 167
Capítulo 25 173
Capítulo 26 177
Capítulo 27 183
Capítulo 28 191
Capítulo 29 195

Capítulo 30 201
Capítulo 31 205
Capítulo 32 211
Capítulo 33 217
Capitulo 34 223
Capítulo 35 227
Capítulo 36 233
Capítulo 37 239
Capítulo 38 247
Capítulo 39 253
Capítulo 40 259
Capítulo 41 265
Capítulo 42 271
Capítulo 43 277
Capítulo 44 281
Epílogo 287